

DISCURSO N° 1  
Febrero 6 de 1992  
Lanzamiento a la Alcaldía

***“...Para ustedes, guayaquileños; para ustedes, ecuatorianos; por la Patria, ACEPTO  
LA CANDIDATURA A LA ALCALDÍA DE GUAYAQUIL...”***

Ecuatorianos:

Vivimos hoy una de las realidades más dramáticas y duras de la que podamos tener memoria como nación. El país se debate en la más profunda miseria. Los padres de familia no tienen trabajo, y los pocos que lo tienen perciben sueldos paupérrimos. Las madres sufren la angustia de ver a sus hijos desnutridos. Los jóvenes tienen golpeada la esperanza. No hay servicios ni obra pública en ningún rincón del país. El Ecuador está abandonado a su suerte.

El doctor Borja, compatriotas, no ha tenido la sensibilidad social que debe caracterizar a un jefe de Estado, llamado a ser el primer servidor público. Su gobierno, todo su gobierno, es una especie de grupo de fantasmas. A lo largo de estos casi cuatro años no ha habido una política salarial coherente; los agricultores han sido olvidados y no tienen atención ni crédito, trayendo como consecuencia la escasez y la inflación; la industria sigue sin lineamientos claros para invertir, desarrollarse e integrarse al mundo; la obra pública virtualmente no existe; todo el ritmo de desarrollo del país, su pujanza, se detuvo brutalmente el día en que este gobierno asumió su función. La infraestructura hospitalaria del país está paralizada y deteriorada. Las epidemias y las infecciones han menguado la salud del pueblo. El cólera, como hace cincuenta años, ha vuelto a cobrar vidas de niños, mujeres y hombres. La delincuencia se ha apoderado del país. Los ecuatorianos vivimos en la inseguridad.

Todo esto, ecuatorianos, como si se tratase de una venganza contra el pueblo, se da en medio de un multimillonario presupuesto del Estado... Se preguntarán ustedes, compatriotas, ¿qué se hace ese dinero que es del pueblo? ¿En qué se gasta? Nadie responde, pero lo que sí sabemos es que el pueblo no es beneficiario de lo que por legítimo derecho le corresponde, pues el presupuesto se elaboró con la característica de este Gobierno, sin priorizar, sin poner en primer lugar la satisfacción de las necesidades elementales que les permitan a los ecuatorianos llevar su vida con dignidad.

Insensible es quien gobierna el país, como lo son todos aquellos políticos que han guardado cómplice silencio frente a estos hechos, traidores todos ellos de la inspiración popular. En estos días el país tiene la evidencia irrefutable del quemeimportismo oficial. En los albores del siglo XXI, cuando el mundo está regido por la alta tecnología, no hay energía eléctrica. Hemos vuelto a la vela y al candil; no por la falta de lluvia, sino por la imprevisión en el mantenimiento de la reserva termoeléctrica del país. Hemos retrocedido cincuenta años, ecuatorianos. Mientras todo esto ha venido ocurriendo, el doctor Borja se preocupa del boato y los viajes, construyendo el culto a su personalidad, paseando su vanidad por los foros internacionales e insistiendo en tesis del pasado que mantienen al país a la saga del desarrollo del mundo, tirándole la puerta en las narices a los cambios que se suscitan en el orbe. Ningún mandatario, por muy legítimo que sea el origen de su mandato, tiene derecho

de postergar a su patria, por el capricho de imponer su criterio. El país es hoy más subdesarrollado y menos integrado al mundo que hace cuatro años.

Compatriotas, nací y vivo en Guayaquil, como otros cientos miles de ecuatorianos de las restantes veinte provincias del Ecuador, y por eso la tomo a mi ciudad como el símbolo y el ejemplo de lo que ocurre en el país. Guayaquil es hoy invivable, es virtualmente un muladar. La ciudad toda se ahoga en basura, no tiene agua ni alcantarillado, menos aún salubridad, y no hay una sola autoridad que se apiade, que se amarre los pantalones y que ponga orden en este caos. Y es que este desastre ha sido propiciado directamente por el Gobierno, con la complicidad de una familia que ha usufructuado el sillón de Olmedo en beneficio personal, y de la que no se escapan los candidatos del silencio, atrapados hoy en una vergonzosa colaboración con el régimen, que ha resuelto volcarles todo su apoyo ante el escaso respaldo del candidato de sus filas.

¿Quién socorre a Guayaquil? ¿Quién socorre a las veintiuna provincias de la patria? ¿Quién salva al país? Las elecciones que se avecinan, compatriotas, son sin lugar a dudas, de las más trascendentales que hayamos vivido. Necesitamos un nuevo amanecer, un despertar de pujanza, de optimismo, de fe en nuestros hombres y mujeres.

Tengo cerca de treinta años en la vida política del país. Fui por muchos años legislador, combatí desde todos los rincones la injusticia y la miseria, aun en mis actividades privadas. Llegué a la Presidencia de la República por la voluntad soberana del pueblo, manifestada en las urnas, e hice de mi mandato una gigantesca fuerza de servicio a los humildes. En cuatro años desarrollé la más grande obra que se haya realizado jamás en el país. Desde entonces, los farsantes que antes me llamaban oligarca, me llaman ahora populista.

Como político y por mi hoja de servicios, he cumplido ya con el país. Cuando terminé mi gestión presidencial, agotadora y tenaz por la insidia de mis adversarios, busqué sumergirme en mis actividades privadas, en ese pequeño mundo al que todo hombre de lucha tiene derecho, seguro de que soy merecedor de descanso en medio de respeto, pero también dije reiteradas veces que mi vocación de servicio moriría conmigo, porque así es León Febres-Cordero, vital, con deseos de hacer, por sobre todo cuando la situación es adversa y el pueblo clama por auxilio. No puedo renunciar a mi naturaleza; no lo hice ni aun en las horas de la perversa persecución que desató este Gobierno en mi contra; no puedo desprenderme de la esencia de mi ser. El sacrificio es enorme. Por ustedes, ecuatorianos; por ustedes, guayaquileños, he resuelto aceptar el pedido de mi partido y del pueblo todo.

¡Para ustedes, guayaquileños; para ustedes, ecuatorianos; por la patria, ACEPTO LA CANDIDATURA A LA ALCALDÍA DE GUAYAQUIL!

Buenas noches, compatriotas.

DISCURSO N° 2  
Julio 14 de 1992  
Club de la Unión

***“...no trato de dramatizar, el problema va mucho más allá de lo dramático: Guayaquil tocó fondo, más bajo no pudo caer...”***

Pretendo hacer de esta exposición una radiografía absolutamente real de lo que lamentablemente es hoy día el gobierno municipal del cantón y el significado que esta tragedia ha tenido para una colectividad que gira en el orden de los dos millones y medio de ecuatorianos que viven, trabajan en nuestra circunscripción territorial.

Y debo comenzar agradeciendo a los señores directores o a sus representantes de los diversos medios de comunicación por haber aceptado con gentileza mi invitación. Algunos de ellos viniendo de otras provincias del país, de la capital de la República. Agradecimiento a nombre propio y a nombre de la ciudad, porque del trabajo conjunto del nuevo gobierno municipal, del apoyo y del trabajo de la colectividad y de la información veraz y orientadora de los medios de comunicación dependerá el tremendo desafío que la colectividad del cantón ha impuesto sobre quien habla, sobre los concejales, los miembros del gobierno municipal y sobre los hombros de quienes, dejando sus actividades privadas, se han enrolado en una especie de campaña cívica, para, en un esfuerzo mancomunado, reestructurar sus bases en lo administrativo, en lo económico y en lo político, al gobierno municipal del cantón Guayaquil.

No es desconocido para ninguno de nosotros, la desgraciada situación que acosa a nuestra ciudad y al cantón, la dramática responsabilidad que esto impone sobre el nuevo gobierno municipal.

Considero que es inoficioso, extemporáneo, tratar de explicar, por sobre todo a los medios de comunicación, que quien habla, habiendo culminado su ciclo político, irrumpe de nuevo en la actividad política candidatizándose a la Alcaldía del cantón Guayaquil, después de lo que yo llamaría una conflictiva pero triunfante vida política. En mi ciclo de vida fui Diputado, Diputado Constituyente, Senador, Representante Nacional y Presidente Constitucional de la República. Y esta interrogante tiene una sola respuesta: mi profundo sentido de responsabilidad hacia mi ciudad, la enorme presión de la opinión pública reflejada por la vía de las encuestas y la precisión por parte de mi conciencia de que hubiera sido ya por vocación servidor público al más alto nivel, mal podía virar la espalda a la historia, dándole la espalda a mi ciudad.

Y es también pertinente en esta breve presentación, hablar, aunque sea someramente, de las razones, de la multiplicidad de razones, que han conducido desde mi punto de vista muy personal, a nuestra ciudad y a nuestro cantón, al estado de descomposición en el que

actualmente vivimos. Hay un sinnúmero de razones y hablando a título personal que las más importantes son las siguientes:

El estado de subdesarrollo general que ha imperado secularmente en el Ecuador con la presencia de exclusivamente dos polos de desarrollo: Guayaquil y la capital Quito. La migración que generó la expectativa de miles de ecuatorianos que buscaron en estas dos ciudades, fundamentalmente en Guayaquil, trabajo y por la vía del trabajo mejores días. Esto creó en nuestra ciudad los cordones de miseria, que generalmente los conocemos como los suburbios; que le impusieron a nuestra comunidad un crecimiento que en algunos años sobrepasó el seis por ciento, crecimiento insólito en el desarrollo de los pueblos de la Tierra. Desarrollo que es imposible financiar para ningún gobierno municipal, salvo de tener el apoyo incondicional del Gobierno Nacional, cosa que, desgraciadamente, en Guayaquil no ha sucedido.

La presencia como resultado de esta eclosión demográfica, de un estilo político calificado como populismo, pero que, a mi criterio, va más allá de eso y se convierte en una fuerza irracional poco ilustrada, que con su demagogia y sus planteamientos fáciles crea esperanzas, fundamentalmente en los desposeídos... Falta de cultura política, falta de escogimiento ciudadano para seleccionar, dentro de lo que es la esencia de la democracia por la vía del voto, a quien debería conducir los destinos del gobierno municipal... Indolencia cívica general, indolencia cívica ciudadana en cuanto, por sobre todo, a participación política y, por sobre todo, participación por parte de los mejores, dejando lamentablemente la actuación política siempre a los peores y los resultados están a la vista... Falta de orientación ciudadana, con todo respeto a los medios de comunicación social... Atomización de las estructuras políticas gubernativas, a nivel nacional y, fundamentalmente, a nivel cantonal, por la vía de la Ley de los Partidos Políticos y la Ley de Elecciones, que no le permitió a ninguna fuerza política tener, por la vía del voto, la mayoría necesaria para imponer la Ley de Régimen Municipal dentro de los gobiernos municipales. Centralización administrativa y centralización económica, que no le ha brindado los recursos necesarios a los gobiernos municipales y que, en el caso de Guayaquil, ha tenido una singular importancia, porque si correlacionamos el crecimiento explosivo de la ciudad como resultado de la permanente migración nacional hacia Guayaquil y la falta de atención a problemas nacionales, dados los suburbios, por parte del Gobierno Nacional han acentuado, han gravitado y han destruido en sí la esencia misma del gobierno municipal... Y algunas otras razones de las que podríamos hablar, pero que, concentrados en las primeras, nos dan una visión clara del desenvolvimiento del gobierno municipal en los últimos cuarenta años y de los resultados dramáticos, negativos, que están a la vista de todos los ecuatorianos.

Resultante de esta situación: un caos absoluto municipal. Me atrevo a decir que son muy pocos los ecuatorianos que conocen la realidad del gobierno municipal de Guayaquil. Hay muy pocos. Creo que hoy día, un grupo de ciudadanos que trabajando intensamente desde el 17 de febrero del año en curso hasta este momento, comienzan a conocer la verdadera realidad municipal, a espantarse de lo que van encontrando en el camino y a imponerse el gravísimo desafío de tener que diseñar nuevos mecanismos, sean estos legislativos o administrativos, para poder rehacer lo que es hoy día el gobierno municipal cantonal guayaquileño. Más fácil hubiera sido que la ciudadanía, por la vía del voto popular, elija un cuerpo administrativo para que funde a un nuevo Municipio de Guayaquil, que pedirle a la actual administración municipal que tomara sus responsabilidades a partir del 10 de agosto del año presente, rehacer la podredumbre en la que ha caído el Municipio de Guayaquil.

En los últimos años, como resultado de una política atrofica, de la estructura del poder del gobierno municipal, los alcaldes, en su mayoría, con honrosas excepciones, se vieron obligados, consciente o inconscientemente, violaron un principio de la Ley de Régimen municipal, que clara y diáfana mente prohíbe al Concejo municipal y a los concejales, intervenir dentro del proceso administrativo municipal... Hay artículos precisos de la Ley de Régimen Municipal, que expresamente prohíben a los señores concejales intervenir dentro de la gestión administrativa municipal. Pero, ¿qué sucedió? Los alcaldes, sin suficiente poder político, se vieron obligados a pactar por captar mayorías dentro del Concejo, con diferentes grupos políticos y por la vía del pacto, como precio a ese entendimiento, entregaron cuotas de poder administrativo, autorizando a los concejales, violando por supuesto la ley, hacerse cargo de esos sectores administrativos por parte del Alcalde... Y se inicia el nacimiento de lo que hoy conocemos como pipones o enrolados... El Municipio crece burocráticamente en forma descomunal. Si se analizan los roles de pagos municipales, correspondientes a los inicios de la década de 1980, el Municipio se manejaba con un personal que bordeaba en el orden de las dos mil y dos mil quinientas personas, y en los inicios de 1990, el rol municipal llegó a casi los diez mil burócratas, habiéndose descompuesto, como es de conocimiento público, todo tipo de servicio municipal en la década de los 80, se quintuplicó casi la burocracia y desaparecieron los servicios municipales por parte del Municipio a la colectividad.... Nadie, absolutamente nadie, ha administrado el Municipio, ni siquiera los alcaldes. Se convirtió en una serie de feudos, donde los dueños de la administración eran los señores concejales. Ningún departamento coordinaba ni coordina con el otro. Se convirtió al Municipio de Guayaquil en una especie de galimatías, donde nadie se entendía. Era una especie de torre de Babel.

Hablemos por un momento sobre la obra pública en Guayaquil, de responsabilidad del Municipio, cuyo rubro presupuestario asciende a diecisiete mil millones de sucres. Dispone de mil trabajadores municipales y no hay un solo equipo municipal de OO.PP. en funcionamiento. Los pocos que por necesidad política han sido usados con fines políticos electorales, y salvo unos cuantos metros cuadrados de asfaltado, que estamos viendo en estos últimos días, mal hechos, impropia mente contratados y sobre los cuales le hemos hecho una caballerosa advertencia al señor Alcalde. En la ciudad, en los últimos cuatro años, como es de constancia de todos los guayaquileños, el Municipio no ha iniciado ninguna obra pública en el cantón. Sin embargo, los diecisiete mil millones de sucres se han gastado y los mil trabajadores municipales han cobrado religiosamente sus emolumentos.

Y el Departamento de Catastro, que se incluye dentro del Departamento de Planeamiento y Urbanismo, tiene en Guayaquil un presupuesto de cuatrocientos millones de sucres. La ciudad, como es de conocimiento público, no tiene plan regulador y mientras que hace unos pocos años existían en las arcas municipales alrededor de doscientos cuarenta mil bienes inmuebles en el perímetro urbano de la ciudad, hoy día en el Municipio de Guayaquil no existen siquiera sesenta mil tarjetas. Han desaparecido más de ciento ochenta mil y yo me he dado el trabajo de dirigir una comunicación a cada jefe departamental del Municipio - Incluso al departamento de catastro- haciéndolos responsables, civil y penalmente, por la desaparición de archivos o bienes inmuebles de los diferentes departamentos municipales.

No hablemos, distinguidos amigos, de los medios de comunicación, del Departamento de Medio Ambiente y Parques, porque después de que yo, como Presidente de la República, me preocupé a través de la Gobernación del Guayas, de remodelar todos y cada uno de los

parques de Guayaquil, nada, absolutamente nada, se ha hecho en ellos, más allá de mantenerlos abandonados, y los pocos parques que se mantienen en una relativa buena situación, se debe a la generosidad de determinadas empresas privadas que, arbitrariamente, ni siquiera con autorización municipal, se han preocupado de mantener ciertos parques de Guayaquil en condiciones relativamente aceptables. Sin embargo, el Departamento de Parques tiene un presupuesto de casi tres mil millones de sucres, tiene un rol de trabajadores de cuatrocientos, todos cobran sus emolumentos semanalmente y nadie recoge una hoja en ningún parque de Guayaquil. Mercados y abastos, algo parecido; el camal de Guayaquil es una indecencia, los mercados son impresentables.

La situación de alcantarillado, que si bien no es responsabilidad directa del Municipio de Guayaquil, porque es manejado por la Empresa Provincial de Alcantarillado o por la Empresa Municipal de Alcantarillado, esa empresa es de absoluta propiedad del Municipio. Se conoce, por informe presentado por un grupo de técnicos especializados en la materia, que han colaborado con la Junta Cívica de Guayaquil y con nosotros desde el 17 de febrero, que más o menos el cincuenta por ciento de los ciudadanos que habitan la ciudad de Guayaquil tienen, en teoría, alcantarillado, pero de ese cincuenta por ciento, el ochenta por ciento no funciona. Y como resultado de ese mal funcionamiento del ochenta por ciento de lo construido, la ciudad se inunda y descansa sobre una enorme laguna de aguas negras, en proceso de descomposición, que cualquier día puede generar epidemias de impredecibles consecuencias. El resto de la población, el otro cincuenta por ciento, no tiene absolutamente ningún alcantarillado.

¿Qué hacer? Devolverle al Municipio su prestigio y su respetabilidad, perdidos hace mucho tiempo. Reorganizar totalmente, desde abajo, la estructura administrativa. Económicamente y políticamente el Municipio de Guayaquil.... Computarizarlo para, que por la vía de la computarización y de los sistemas, implantar los controles que son imprescindibles para saber cuánto ingresa al Municipio, cuánto egresa y con qué propósito. Simplificar sus trámites, que hoy en día son internacionalmente complicadísimos y engorrosos, para someter al contribuyente a un proceso de extorsión permanente.

Organizar el pago de tasas, impuestos, contribuciones, por la vía de la banca privada... Modernizar la legislación municipal, poner al día sus ordenanzas, que son absolutamente obsoletas; planificar el desarrollo de la ciudad, ordenarla en su diario vivir... La vía pública es un desastre. Los vendedores ambulantes se han tomado toda la ciudad. Las bahías ahogan las vías de comunicación más rápidas de norte a sur, de este a oeste.

Reorganizar sus servicios municipales, privatizando lo que se pueda, basura y aseo de calles; solucionando el gravísimo problema del alcantarillado, no solamente por la vía de reorganizar la empresa, que hoy día adolece de los mismos problemas que adolece el Municipio de Guayaquil: burocratización total, inmoralidad como mecanismos de trabajo diario, ineptitud, deshonestidad... Pero, resolver el problema a fondo, porque de conversaciones que hemos tenido con los organismos internacionales, se nos ha hecho saber con claridad diáfana y meridiana, que el BID y el BM no financiarán ningún otro proyecto de alcantarillado, tanto en Guayaquil como en Quito, si no se pasa a través del congreso la legislación necesaria para que las empresas municipales de agua potable y alcantarillado, tanto en Guayaquil como en Quito se conviertan en una sola empresa. No aceptan la existencia de dos personas jurídicas, la una manejando alcantarillado y la otra manejando el servicio de agua potable, y para eso se necesita una ley que tenga que

expedir el congreso, proyecto de ley que está listo, que lo han puesto a consideración del Presidente de la República o lo van a poner a consideración del Presidente de la República la Junta Cívica, y que lo tiene listo también la nueva administración municipal para ponerlo a consideración del nuevo Presidente de la República, en el momento en que yo tenga la oportunidad de poderme entrevistar con él.

En fin, señores directores de los medios, no trato de dramatizar, el problema va mucho más allá de lo dramático: Guayaquil tocó fondo, más bajo no pudo caer...

Muchas gracias.

DISCURSO N° 3  
Agosto 30 de 1992  
Cadena de radio y televisión

***“...Guayaquil despierta a una nueva historia, una nueva historia en la que vamos a hacer del servicio público un ejemplo de honestidad y de trabajo...”***

Conciudadanos, buenas noches:

A partir del 10 de agosto he iniciado una cruzada cívica como Alcalde de Guayaquil, para sacar adelante a nuestra ciudad del estado de postración y de abandono en el que se encuentra.

A través y con la colaboración de los diferentes medios de comunicación colectiva, he venido informando sobre la caótica situación moral, jurídica, administrativa y financiera de la Municipalidad de Guayaquil.

Los ingresos del Municipio, basados en aportes gubernamentales y en impuestos, tasas y contribuciones que ustedes pagan, han servido para el beneficio particular de funcionarios municipales, empleados, concejales y toda una red puesta al servicio del chantaje, la coima y la corrupción. Han saqueado al Municipio, lo han dejado sin agua, sin teléfonos, sin servicios higiénicos; se han llevado todo, vehículos, máquinas, muebles, solamente han dejado lo inservible. Y si no han cargado con el edificio, es porque físicamente es imposible hacerlo. Pretendieron engañar a la ciudadanía, pintando la fachada del edificio, para ocultar la podredumbre física y moral que hemos encontrado. Un sepulcro blanqueado, es lo que nos han entregado. El Palacio Municipal se está cayendo, esta joya arquitectónica ha sido destruida, solamente recorriendo sus dependencias podemos dar fe de esta realidad pavorosa. La destrucción del edificio ha significado la destrucción de Guayaquil.

Son razones contundentes las que respaldan mi decisión de haber cerrado las puertas del Municipio, suspendiendo la atención al público mientras adecuamos elementalmente las áreas de trabajo y reestructuramos todos los departamentos municipales.

Lo encontrado en tres semanas de administración bien podría registrarse en los casos increíbles de Ripley. Empecemos por el presupuesto municipal de este año, que no fue aprobado por el Concejo anterior, por lo tanto, no hay partidas ni para pagar los sueldos ni para trabajar. Los ingresos que recauda el Municipio por parte de los contribuyentes no han ingresado a las arcas municipales; se han robado la plata de una manera escandalosa.

Para darles un ejemplo: el Municipio debería recaudar impuestos a los espectáculos públicos por aproximadamente dos mil quinientos millones de sucres anuales. Este año han ingresado solamente siete millones de sucres. Por pago de impuesto predial se estima que se debían haber recaudado cuatro mil quinientos millones de sucres, apenas se ha recaudado la mitad. Se han robado más de cien mil tarjetas de catastro, se ha privado al Municipio de una fuente considerable de ingresos, los avalúos se han realizado a



conveniencia de las partes, por ello los valores son menores a los que se debe cobrar. El negocio de las invasiones ha sido propiciado por los propios funcionarios municipales; un verdadero antro de corrupción constituyen las dependencias de terrenos, de servicios parroquiales y desarrollo de la comunidad. Expertos en falsificar documentos; se conoce que miles de escrituras públicas han sido otorgadas con fecha anterior a la administración, previo el pago de cien mil sucres por escritura. Me he visto obligado a clausurar la imprenta municipal que servía para la falsificación de documentos oficiales utilizados para el chantaje y la corrupción.

Ustedes conocen que al pie del Palacio Municipal, en las calles de Pichincha, Clemente Ballén y 10 de Agosto funciona un municipio paralelo; compuesto por tramitadores, falsificadores y personal experto en solicitar coimas. Fotocopiadoras, teléfonos, impresoras láser y otros equipos sofisticados son utilizados por estos individuos, que para realizar su labor se amparan en la protección que les brindan los dueños de algunos locales comerciales instalados en la zona. He dado instrucciones claras de clausurar los que sean necesarios para terminar de una vez por todas con esta mafia que tanto daño le ha hecho a la ciudad.

Se ha llegado a tal extremo de inmoralidad, que el hall de la Biblioteca Municipal habría sido cedido dentro de un contrato a una persona particular. Inaudito, conciudadanos, y hoy la pobre e ilegal arrendataria, que vive de su negocio, me pide a mí que yo le siga alquilando el hall de la biblioteca. El saqueo ha sido total y descarado, se han robado el patrimonio municipal, una muestra más es el Museo, los invito a hacer otro recorrido de miedo.

En esta línea de robarse el patrimonio municipal y de usarlo a libre conveniencia de cada cual, los vehículos constituyen otro caso insólito. Ex Concejales, ex funcionarios y empleados municipales han sido los beneficiados, se los llevaron para su uso particular, hasta los matricularon como vehículos particulares de su propiedad; ni siquiera conocemos cuál es el inventario exacto de los vehículos municipales; hicimos una primera publicación de trece vehículos desaparecidos, siete que fueron devueltos regresaron en calidad de chatarra.

Contraloría ha establecido que existen veintiocho vehículos desaparecidos. Como a los vehículos devueltos se les han cambiado los motores, se les han robado piezas, se han cambiado hasta el color de la pintura e incluso existen denuncias de que pudieran haber vehículos robados que no son los del Municipio, he dispuesto que Auditoría realice un inventario que determine cuál es el parque automotor del Municipio, para que Contraloría inicie las acciones legales y podamos proceder a la reparación de los mismos.

Y sigamos conciudadanos en este mundo tenebroso y corrupto; vamos a referirnos ahora a los contratos de obras públicas municipales. Más de mil millones de sucres están enterrados en el suburbio oeste de Guayaquil.

En el año 90 en la administración de la Srta. Elsa Bucaram, la Dirección de Obras Públicas contrató con un grupo de ingenieros la construcción del alcantarillado pluvial y sanitario. Los colectores no sirven para nada, así lo establecen las inspecciones realizadas judicialmente. En el año 92, en la administración del Arq. Harry Soria, la Empresa de Alcantarillado vuelve a contratar la misma obra; los nuevos colectores se están colocando en la actualidad. En el afán de robar se ha contratado indiscriminadamente obras de bacheo y pavimentación sin ninguna coordinación. En las calles O, P, Q, desde la 22 a la 23 del plan piloto se han

construido bordillos, pavimentación asfáltica y colocación de base por un valor aproximado de ciento sesenta millones de sucres. Estos trabajos no servirán para nada, porque será necesario romperlos para colocar las alcantarillas.

El control sobre las contrataciones efectuadas en la administración anterior no ha podido realizarse a cabalidad, porque los documentos referenciales no han sido archivados. Sin embargo, se conoce que sólo en los últimos sesenta días de la administración anterior, se firmaron aproximadamente ciento doce contratos, casi todos con anticipos del cien por ciento, para realizar principalmente trabajos de bacheo asfáltico por un monto aproximado a los cuatro mil millones de sucres. Estos contratos, cada uno de cerca de cuarenta millones de sucres, fueron firmados con ocho ingenieros, que son los mismos que siempre se llevaron todos los contratos, tanto en la administración de la Srta. Elsa Bucaram como en la administración del Arq. Harry Soria. Se ha dispuesto de esta fabulosa cantidad de dinero a pesar de que los trabajos no deben pagarse antes de que se ejecuten. Se ha perjudicado una vez más al Municipio de Guayaquil, contratando dolosamente y pagando por trabajos inexistentes, evitando de esta manera la fiscalización de las obras y la responsabilidad técnica sobre las mismas.

La Dirección de Obras Públicas municipales, de la actual administración, no ha tramitado una sola planilla, inclusive a través de la prensa, se ha dispuesto la paralización de los trabajos hasta segunda orden.

Ecuatorianos, guayaquileños, conciudadanos, nuestra querida y dolida ciudad ha sido denigrada por la corrupción. Hemos tocado fondo, más bajo no podemos caer ya, sufrimos en carne propia todos los días a falta de servicios públicos. Guayaquil está asentada sobre una bomba de tiempo, un alcantarillado obsoleto, que no presta ningún servicio y que en cualquier momento puede explotar. Las aguas negras se desbordan, el agua que tomamos está contaminada con heces fecales, las calles están destrozadas, el servicio municipal de recolección de basura desapareció. Como es de conocimiento público, funcionarios municipales y concejales, en contubernio con empleados de aseo de calles, dismantelaron los recolectores de basura para vender sus repuestos. Inspectores municipales que han festinado la vía pública utilizando la coima y el chantaje. En resumen: vivimos en una ciudad caótica y anárquica, producto de esta pavorosa realidad que he demostrado.

Capítulo aparte constituye el tema de los enrolados, una inmoralidad más implementada para ilegalmente enrolar miles y miles de servidores, para que cobren sueldos sin hacer nada y para que se consuman el presupuesto municipal.

Ante esta dramática situación de desastre, y cumpliendo con la grave obligación moral y jurídica de precautelar los bienes públicos y los intereses de la ciudadanía de Guayaquil, en mi calidad de Alcalde de la ciudad, debo sanear definitivamente, ahora o nunca, nuestro Municipio. No hacerlo sería convertirme en cómplice indolente del chantaje y del asalto a los dineros del Municipio y, por tanto, de ustedes conciudadanos.

He tomado la decisión de desenrolar a dos mil cuatrocientos noventa y nueve "pipones", por considerárselos innecesarios, y sin discrimen político o partidista alguno, se utilizarán los servicios de las cuatrocientos veintiún personas cuyos nombres están publicados por la prensa el día de hoy; quienes, debidamente evaluados, pasarán al régimen jurídico de

contrato. El enrolamiento, forma delictiva de perjudicar a la ciudad, ha terminado en el Municipio de Guayaquil.

La situación de Guayaquil es dramática y demanda de acciones urgentes; he solicitado públicamente el respaldo del Gobierno Nacional, presentando un plan emergente al Presidente de la República, Arq. Sixto Duran Ballén. El 11 de agosto, en una comunicación que es pública, solicité al Presidente los recursos que necesitamos para emprender en obras y proyectos vitales para la ciudad.

El estudio presentado por la Junta Cívica de Guayaquil demanda la entrega de cinco mil millones de sucres para llevar adelante el plan emergente de alcantarillado.

Se ha preparado un plan de trabajo que prevé el levantamiento catastral de Guayaquil con normas modernas de avalúo en un plazo de ocho meses. Y a un costo de quinientos millones de sucres.

Se elaborará en forma definitiva un plan de desarrollo urbano para la ciudad en base a factores sociales y demográficos actualizados. El estudio estará terminado en dos años, costará cuatrocientos millones de sucres y será realizado con asesoramiento nacional e internacional.

La reparación integral del Palacio Municipal demandará una cantidad superior a mil millones de sucres.

En diez meses, aproximadamente, estaremos listos para que el Municipio contrate con la empresa privada el servicio de recolección de basura, en base a un proyecto técnico que ha sido elaborado con asesoría internacional y que está sirviendo ahora para la limpieza actual de la ciudad. Solamente en una semana se ha ahorrado al Gobierno cien millones de sucres. Están por entregarse los estudios realizados por la Escuela Politécnica del Litoral para el relleno sanitario que se implementará en el sector de Las Iguanas. Vamos a eliminar definitivamente el botadero de basura actual, que constituye una vergüenza y un foco de contaminación.

Estamos trabajando en las nuevas ordenanzas municipales para reordenar la ciudad. En el mes de octubre lanzaremos un gran proyecto cívico educativo, que será el punto de partida para que nazca el nuevo Guayaquil que todos queremos.

En manos del Congreso está aprobar el proyecto de ley para fusionar la Empresa Provincial de Agua Potable con la Empresa Municipal de Alcantarillado. Esta es una condición exigida por el Banco Interamericano de Desarrollo para que la nueva empresa pueda obtener los créditos internacionales que se necesitan.

Hemos indicado la remodelación elemental del Palacio Municipal, para poder dar una buena atención al público. Automatizaremos los servicios, y el Municipio de Guayaquil será un ejemplo de organización, de eficiencia y honorabilidad.

Iniciamos una nueva era, conciudadanos: Guayaquil despierta a una nueva historia, una nueva historia en la que vamos a hacer del servicio público un ejemplo de honestidad y de trabajo, una historia en la que vamos a sentir el orgullo de representar a la ciudad, una

historia en la que vamos a sentir el orgullo de ser guayaquileños, el orgullo de vivir en Guayaquil.

He convocado a todos a fundar juntos el nuevo Guayaquil, el nuevo Guayaquil que tiene que nacer, teniendo como guía la práctica de los valores cívicos que han hecho grande a nuestra ciudad. Es la hora de trabajar juntos: Municipio y ciudadanía; vamos de la mano, con amor, con respeto por la ciudad que nos vio nacer, por la ciudad que nos ha abierto los brazos para que podamos trabajar y vivir como nos corresponde. Somos nosotros los que con nuestras acciones vamos a rescatar a Guayaquil.

DISCURSO N° 4  
Octubre 5 de 1992  
Campaña cívica de rescate de valores de Guayaquil

***“...AHORA O NUNCA, GUAYAQUIL VIVE POR TI”.***

Quiero, ante todo, agradecer a ustedes por su presencia y darles la bienvenida.

Como primera autoridad del cantón, como Alcalde de mi ciudad, he iniciado a un gran grupo de hombres y mujeres una cruzada cívica que significa el despertar a una nueva historia, que significa iniciar una nueva era. He convocado a todos a fundar el nuevo Guayaquil, el nuevo Guayaquil que todos queremos.

En octubre, en el mes nuevo de Guayaquil Independiente, en el Salón de Honor de la ciudad, nos corresponde lanzar una campaña educativa cultural del rescate del civismo guayaquileño: “¡AHORA O NUNCA, GUAYAQUIL VIVE POR TI!”.

Es hora de encender en nuestros corazones la llama del civismo, es hora de sentir el orgullo ciudadano. Guayaquil, por sus características, es una ciudad única en su historia y en su geografía, esas características están reflejadas en las acciones de hombres y mujeres que con el paso del tiempo fueron forjando la grandeza de Guayaquil.

Para rescatar el civismo, tenemos necesariamente que recordar el ayer, tenemos que recorrer la historia para encontrarnos con una ciudad gloriosa y patriota. En la casa del Cabildo Guayaquil lanzó el Primer Grito de la Independencia; fue nuestra bandera, con los colores celeste y blanco y estrellas de octubre, la que primero flameó en el Ecuador como provincia libre. Guayaquil ha escrito con letras de oro las páginas de su historia, es símbolo de valor, de arrojo, de sacrificio, de generosidad, de solidaridad.

Guayaquil se adelantó a la época, sus astilleros fueron los primeros en la costa americana; Carlos III declaró a Guayaquil “Astillero Real de las Américas”; las primeras industrias, el comercio, la banca, la prensa libre, la agricultura se iniciaron en Guayaquil, ciudad laboriosa y pujante, pulso vital del desarrollo económico del país.

Guayaquil, ciudad galante, cálida por su gente, cálida por su clima; Guayaquil, ciudad puerto, cuna de la nacionalidad, corazón de la patria ecuatoriana. La grandeza de Guayaquil está forjada en sus instituciones: el honor y la gloria en la Armada Nacional, símbolo de nuestra tradición marinera; el valor y el arrojo en el Cuerpo de Bomberos de Guayaquil; la filantropía y la solidaridad en la Junta de Beneficencia de Guayaquil, la única institución privada del país, cuya obra gigantesca de servicio social rebasa los linderos de la patria; y la Lotería de Guayaquil, generadora de los recursos que necesita la Junta para aliviar el dolor de los más desposeídos. Y nuestras mujeres, famosas por su belleza, donaire y señorío, valientes y solidarias con el dolor; el voluntariado nació en Guayaquil con la Sociedad de Beneficencia de Señoras. Y nuestro pueblo, profundamente católico, lleno de fe y de costumbres cristianas. Guayaquil es una ciudad consagrada al Corazón de Jesús.

Ese es el Guayaquil reflejado en nuestra campaña "AHORA O NUNCA, GUAYAQUIL VIVE POR TI", así es Guayaquil, cuna de libertad, para orgullo de los que somos guayaquileños, para orgullo de los que viven en esta ciudad, que son un pedazo de patria ecuatoriana.

Hoy, 5 de octubre de 1992, se inicia el rescate de Guayaquil, basado en el rescate de los valores cívicos. No se puede amar lo que no se conoce, solamente conociendo nuestra historia y nuestra geografía podemos lograr que todos amen y respeten a Guayaquil.

Se inicia hoy una hermosa tarea que nos involucra a todos, sin excepción; por ello los hemos convocado a ustedes, líderes de la comunidad, para que se conviertan en propulsores del guayaquileñismo. Ustedes, con sus propios recursos, con su infraestructura, deberán llegar con esta campaña a toda la comunidad. En el hogar con nuestros hijos, en las aulas de las escuelas, en las cátedras de los colegios y de las universidades, en las iglesias, en los recintos militares, navales y policiales, en las instituciones públicas y privadas, en las calles, en las plazas, en los barrios, deberá encenderse la llama del guayaquileñismo.

AHORA O NUNCA, GUAYAQUIL VIVE POR TI es una campaña que demanda del apoyo cívico de los medios de comunicación colectiva, para ellos mi profundo agradecimiento, porque la prensa de mi ciudad y del país ha realizado una labor trascendente en el rescate de la urbe.

AHORA O NUNCA, GUAYAQUIL VIVE POR TI, entraña el enorme compromiso que tenemos con nuestra ciudad, Guayaquil nos está esperando, tenemos que acudir a su llamado, para que Guayaquil resurja de las cenizas como el ave Fénix, grande sobre el tiempo; hoy, mañana y siempre.

Complemento de este rescate de los valores cívicos, constituye, sin lugar a dudas, el personaje símbolo de Guayaquil. Él se va a convertir en la voz de la comunidad, en el ejemplo para que con el cambio de actitud de cada uno de nosotros, con amor y respeto, fundemos el nuevo Guayaquil que todos queremos.

Hoy, 5 de octubre, en el Mes del Guayaquileñismo, después de una intensa jornada, tengo el orgullo y el honor de presentar a ustedes el personaje símbolo del nuevo Guayaquil:

JUAN PUEBLO. ¿Por qué Juan Pueblo?

Porque Juan Pueblo es la representación de los problemas de la ciudadanía, está enraizado en las costumbres y tradiciones guayaquileñas, simboliza la hidalguía, temple, valentía, solidaridad, honorabilidad, sencillez y afectuosidad del guayaquileño común; ama a su ciudad, la respeta y siente fervor al celebrar sus fiestas cívicas. En este gran rescate de los valores cívicos de Guayaquil, rescatamos también a Juan Pueblo, un auténtico guayaquileño que desde hoy es el símbolo del nuevo Guayaquil, vestido de guayabera con su sombrero característico con la estrella de octubre.

Hace 74 años, el 14 de septiembre de 1918, nace Juan Pueblo en las columnas del diario El Telégrafo, su autor, el Sr. Virgilio Jaime Salinas, famoso dibujante de la época, luego de su muerte, treinta y tres años después, El Telégrafo convoca a un concurso para rescatar a Juan Pueblo; Luis Peñaherrera es el ganador, desde entonces lo ha mantenido vivo en su columna "Flechazos", de diario El Universo.

Al iniciar hoy la gran campaña de rescate de los valores cívicos de Guayaquil, es hora de cambiar de mentalidad, es hora de pensar que servir a la ciudad es el más grande honor que podemos tener, que Guayaquil debe estar primero por sobre todas las cosas, los intereses particulares deben quedar atrás, puesto que deben primar siempre los intereses de Guayaquil.

Por eso hoy, en el mes de octubre, mes del nuevo Guayaquil Independiente, los convoco a todos a la unidad, al trabajo conjunto, al sacrificio, al renunciamento. Iniciemos juntos, Municipio y comunidad, la gran cruzada cívica que Guayaquil demanda.

Guayaquil despierta a una historia, una historia en la que vamos a sentir el orgullo de representar a la ciudad, una historia en la que vamos a sentir el orgullo de ser guayaquileños, el orgullo de vivir en Guayaquil.

Gracias.

DISCURSO N° 5  
Octubre 9 de 1992  
Salón de la Ciudad

***“...hemos tomado la firme e irreductible resolución de entregar el máximo de nuestras capacidades para sacar adelante a Guayaquil y lograr que vuelva a ser, como ayer, la ciudad procera, por mil títulos ilustres...”***

Señoras y señores:

Guayaquil, con grande y justificado alborozo, conmemora, una vez más, un nuevo aniversario de su gloriosa gesta independentista. Y el Concejo municipal, que me honro en presidir por mandato de la voluntad mayoritaria de los habitantes de este cantón, al celebrar esta solemne sesión de homenaje a tan magna efemérides, se complace con vuestra presencia, señor Presidente de la República, y con la asistencia de altos dignatarios del Estado y la de ilustres personalidades, que enaltecen esta casa del pueblo de Guayaquil.

El 9 de Octubre de 1820 constituyó un acontecimiento decisivo en las luchas por la Independencia, que con todo merecimiento permanece inscrito en el índice de los hechos más importantes de la América Hispana. Y, en el orden particular, para nuestra nación ecuatoriana, la heroica y decidida acción de los patriotas guayaquileños, que dio pábulo al triunfo definitivo en las laderas del Pichincha, en 1822; propició la consolidación de la autonomía política de la región y la creación del distrito del Sur que, iniciándose como parte integrante de la Gran Colombia, conformó después, desde 1830, la actual República del Ecuador, soberana, independiente, democrática y unitaria.

No existiría el Ecuador de hoy sin el 9 de Octubre de 1820, como no habría podido concebirse jamás la consolidación del Estado ecuatoriano ni la pervivencia eterna de la patria ni la superación y el progreso de sus hijos, sin el aporte invaluable y generoso de los hombres de esta ciudad, substancialmente identificado con todos y cada uno de los actos que conforman el largo y complejo proceso histórico nacional.

Pero, independientemente de que esta gloriosa conmemoración merezca ser siempre exaltada y de que debemos mantener inalterable nuestra vinculación con el ideal superior de nuestros antecesores, porque ellos forman parte de un pasado que nos honra, la responsabilidad de nuestro mandato nos impone dirigir nuestra mirada hacia el futuro y enfrentar sus retos en esta hora crucial de honda trascendencia para la vida de los ecuatorianos.

Por eso, este 9 de octubre, a más de fecha magna de patriótica conmemoración, es hora de grandes desafíos, en la que, extremando inquietudes y agudizando sensibilidades sociales, con plena conciencia de los deberes que nos impone la circunstancia que hemos aceptado afrontar, debemos consagrarnos a la búsqueda de medidas adecuadas y definitivas que tengan el propósito de lograr mejores días para la colectividad.



Hace muchos lustros que el gentilicio “guayaquileño” dejó de ser utilizado únicamente para identificar un conglomerado humano por el lugar de su nacimiento. En la hora actual, la población de la urbe está conformada, fundamentalmente, por ecuatorianos de todas las latitudes que han confluído hacia ella en el ansia de encontrar mejores perspectivas para la satisfacción de sus necesidades. De aquí que, ahora, guayaquileños, no somos sólo los que tuvimos la suerte de ver cerca del río Guayas por primera vez la luz del día, ni mucho menos los que sentimos el orgullo de ser hijos, nietos o biznietos de hombres de estos lares.

Ahora, el ser guayaquileño es, además, participar en una misma emoción cívica, compartir un mismo ideal de patria, enfrentar con similar entereza un mismo desafío ante la vida y confundirse en la dura, denodada e ingrata empresa de sobrevivir día a día, en lucha permanente con los problemas en que la desatención y el abandono han sumido a Guayaquil.

Guayaquil ha dejado de ser ya la gran urbe de antaño, celosa de sus glorias, preocupada del destino de la patria, con plena conciencia de su rol social en el desenvolvimiento de la nación, dedicada por entero a sus actividades creadoras, en bien del Ecuador. Guayaquil ha sido siempre ciudad con personalidad propia y características peculiares. Ciudad de hombres generosos y altivos, dispuestos a defender lo suyo y dar todo de sí. Guayaquil no ha sido sólo un lugar para vivir; pues la caracteriza, además, el orgullo de conocer sus propias virtualidades y de sentirse fuerza y motor del adelanto y forjadora de grandezas.

Pero observamos que Guayaquil, ahora, está tendiendo a convertirse en una simple plaza de trabajo; en un punto geográfico que está poniendo todos los días distancia con su antecedente de urbe cosmopolita y altiva. Por avatares del destino, de un tiempo a esta parte, viene siendo organizadamente caotizada. Con premeditada alevosía y temeridad sin límites, se ha venido coadyuvando a su cotidiano deterioro. Sus rentas han sido esquilmas; sus ingresos despilfarrados; su patrimonio destruido; sus vitales necesidades desatendidas. El abuso, la arbitrariedad, un aire de osado e insolente aventurerismo, practicado a la luz del día, ha invadido sus calles y plazas. Pareciera ser que hubiésemos merecido como draconiano castigo el que hasta las principales dignidades de la ciudad, otrora destinadas a sus mejores hijos, hubieran llegado últimamente sólo quienes han exhibido con inaudito descaro el vituperable propósito de perjudicarla en sus más importantes y vitales intereses. El Palacio Municipal está en proceso de desaparición y la más escandalosa corruptela ha clavado sus garras en el último resquicio de la administración.

Entonces, Guayaquil está obligado a resucitar. Tiene que volver a levantarse y retomar sus antiguos fueros. Así lo impone la voluntad indomeñable de sus hijos, que en esta oscura hora de su historia se han puesto de pie para exclamar: ¡Basta ya! ¡Suficiente es que haya sido víctima Guayaquil de tanta tropelía, de tanta infamia!

Y en estas circunstancias, en que se hace necesario e indispensable el acopio de todos los esfuerzos y el concurso de todas las voluntades, es preciso reiterar que los guayaquileños que conformamos este Ilustre Cabildo, incluyendo en la cuenta hasta al más modesto de sus servidores, hemos tomado la firme e irreductible resolución de entregar el máximo de nuestras capacidades para sacar adelante a Guayaquil, para derrotar la crisis, para vencer y desterrar a los depredadores y lograr que vuelva a ser, como ayer, la ciudad procerca, por mil títulos ilustre.

Hemos comenzado por afrontar el grave problema de los “enrolados”, es decir, de aquellos ciudadanos que, a título gratuito, sin que los ligue ningún vínculo laboral, han venido mermando la mayor parte de los ingresos municipales, atando y corroyendo al Municipio de Guayaquil desde hace varias décadas. El clamor de una ciudadanía desatendida en sus necesidades vitales ha impuesto la adopción de estas medidas que se hacían impostergables.

A consecuencia de la total destrucción de la infraestructura vial urbana de Guayaquil, así como de sus vías de acceso, ocasionadas por el abandono en que habían sumido a la urbe tanto el Gobierno anterior como las pasadas administraciones municipales, se ha programado un grupo de obras de emergencia, consideradas de vital importancia para iniciar la reparación de los principales ejes viales de la ciudad, cuyo monto, al 11 de agosto de 1992, ascendía a los veintidós mil seiscientos millones de sucres, ya que nos permitimos elevar a conocimiento del señor Presidente de la República.

A un costo de mil millones de sucres, hemos dispuesto el inicio de las obras de reparación del Palacio Municipal. Al señor Presidente de la República le consta su grave estado de deterioro estructural y de servicios y la necesidad urgente de emprender las obras de preservación y conservación de tan importante edificio que pertenece al inventario histórico y arquitectónico de la ciudad.

La falta de un levantamiento catastral actualizado e idóneo, es otro de los factores para la grave situación financiera de la Municipalidad de Guayaquil, provocada por lo irrisorio, anti-técnico y desactualizado de sus ingresos. Se ha preparado un plan de trabajo que prevé el levantamiento catastral de Guayaquil con normas modernas de avalúo, cuyos objetivos se habrán logrado en los próximos doce meses. Y con similar premura se ha hecho indispensable la conformación de grupos técnicos que cuenten con asesoramiento nacional e internacional para la elaboración definitiva de un Plan de Desarrollo Urbano para la ciudad, en base a factores socio-demográficos actuales.

Empero, mucho más es lo que tiene que hacerse, con un ritmo de trabajo permanente y sin desmayo, empleando todas las horas posibles del día, porque la situación de Guayaquil obliga no solamente a ello sino a la colaboración, ayuda y comprensión de todos, sin excepción. Y, en este punto, es preciso que vuelva a dirigirme a usted, señor Presidente, para insistir en la necesidad de que la plana mayor de su Gobierno debe tener presente que los problemas de Guayaquil, aunque sea que se considere sólo el tamaño de la ciudad o el hecho innegable de que se ha convertido en el albergue obligado de cuantos compatriotas, oriundos de todos los confines del país, anhelan encontrar otros horizontes para la solución de sus justas aspiraciones, son problemas del Ecuador entero, que deben ser considerados y atendidos dentro de la óptica adecuada y en el ámbito de la importancia social y trascendencia humana que poseen.

Por ejemplo, el problema de los barrios marginales de Guayaquil, es un asunto que rebasa la capacidad y competencia del Municipio. Más de un millón de ecuatorianos viven hacinados en los llamados barrios suburbanos, privados de la más elemental asistencia social, en condiciones verdaderamente infrahumanas. Esos hacinamientos, de la noche a la mañana, con vertiginosa velocidad, se establecen y se desarrollan. Muchos habitantes de la ciudad buscan instintivamente nuevos lugares de la misma, en donde aspiran a encontrar los

medios de vida de los que carecen; pero debe reconocerse que la mayor parte los creadores de esos hacinamientos humanos, la constituyen aquellos ciudadanos de otras latitudes del país, que vienen a Guayaquil buscando la tierra prometida. La falta absoluta de infraestructura urbana es de tal magnitud, que no puede ser solucionada únicamente por la Municipalidad, no sólo por la crisis que atraviesa, sino por falta de capacidad económica total, incluida la que pudiere obtener en sus mejores momentos de bonanza. La acción directa del Estado en esas áreas es imperiosa e indispensable. Se debe tener plena conciencia de la urgente necesidad de crear un plan de salvamento de los suburbios de Guayaquil para redimirlos. Ese plan debe alimentarse de fondos nacionales propios y operando mancomunadamente el Estado y la Municipalidad, canalizar una acción coherente, organizada y continua.

No debería extenderme más en esta intervención que ni constituye un recuento de actividades ni pretende convertirse en un pliego de peticiones. Sin embargo, la fecha que celebramos y la situación que padece la ciudad, me obliga a enfatizar en la esperanza que siente Guayaquil por alcanzar días mejores. Guayaquil ha tomado conciencia del esfuerzo que debe realizar para superar sus graves problemas y de la necesidad indispensable de que todos sus habitantes colaboren al logro de metas mejores. Pero Guayaquil también mantiene expectativas por la acción del Gobierno Nacional y confía que la conducción de usted, señor Presidente, devuelva a la ciudad el trato adecuado y justo del que ha carecido en el último cuatrienio.

“GUAYAQUIL POR LA PATRIA” y “GUAYAQUIL POR GUAYAQUIL” no son expresiones contradictorias ni excluyentes. Por lo contrario, constituyen manifestaciones tradicionales que conjugan rebeldía y generosidad; hidalguía y franqueza; ansias de superación y espíritu de colaboración; sentimiento nacional y amor hacia la patria chica. Guayaquil es urbe de nobles y grandes tradiciones ecuatorianas: No existe página de gloria en la historia nacional en la que no se encuentre escrito el nombre de Guayaquil. Y así va a seguir siendo para eternas memorias, porque así como los guayaquileños, con bizarra altivez, anhelamos una ciudad próspera y floreciente, igualmente soñamos con una patria grande, unida, victoriosa y justa. Porque el Ecuador es uno solo y la fraternidad de sus hijos constituye antecedente para afrontar los desafíos del presente.

Guayaquil nació luchando y ha vivido resuelta a triunfar sobre las adversidades. A lo largo de su historia, el temple indoblegable de los guayaquileños superó la voracidad de los piratas, el devastamiento de los incendios, la crueldad de la peste. Como ave Fénix que surge de sus propias cenizas, Guayaquil se levantó después de cada adversidad con mayor pujanza, con mayores deseos de superación, con una más grande decisión de encarar los retos y desafíos de la vida.

Hoy, otra vez los guayaquileños estamos de pie. Hoy, otra vez los guayaquileños estamos dispuestos a vencer. Y vamos a triunfar. Y vamos a demostrar al Ecuador que esta es una ciudad de nobles y altivos luchadores que, retomando las virtudes de un ancestro glorioso que permitió a esta patria ecuatoriana escribir las más heroicas páginas de su historia, resurgirá como antaño, para ser más grande y más altiva, heredera de sus glorias, forjadora de su propio destino.

Guayaquileños, os convoco al cumplimiento del deber. Muchas gracias.

DISCURSO N° 6  
Julio 25 de 1993  
Salón de la Ciudad

***“...Y el espíritu y el temple del hombre de Guayaquil, de esa Santiago de la Culata o Santiago de Guayaquil, vencedora de mil y un vicisitudes, fue forjándose en la lucha permanente para superar la adversidad...”***

Señoras y señores:

Tres intentos tuvieron que hacer los españoles para lograr, al fin, establecer, al margen del majestuoso río, la ciudad de Santiago de Guayaquil.

Los esfuerzos de Sebastián de Benalcázar, primero, seguidos, luego, de los realizados por el capitán Zaera, habrían de sufrir la terrible resistencia de los Huancavilcas, celosos defensores de sus indiscutibles derechos y de sus ancestrales propiedades.

Es que la ubérrima comarca hacia donde habían dirigido sus pasos los conquistadores españoles, en su afán de consolidar los triunfos alcanzados en la región de las serranías, estaba dotado de las ventajas de todo género que ofrecía el sistema fluvial de la zona, la fertilidad de su suelo y la abundancia y variedad de sus producciones.

La irreductible tribu de los Huancavilcas poseía, con ánimo de señor y dueño, una vasta extensión costanera en lo que hoy es la República del Ecuador; y su dominio era compartido con Daulis y Chonanas, Babas y Chongones, Balaos y Machalas, Punas, Chanduyes y Colonche, todas ellas agrupaciones famosas por su valor y carácter indómito. Las tribus, entre sí, eran aliadas, aunque independientes unas de otras; y lo fueron más en la defensa de sus territorios invadidos por los hombres que protagonizaban la Conquista.

Esas dos primeras funciones: la primera efectuada por Benalcázar en persona, que sentó los cimientos de la nueva ciudad en la desembocadura del Río Grande, en 1535, el día de Santiago el Mayor; y la segunda, llevada a cabo por Zaera en la desembocadura del Yaguachi, o sea en su confluencia con el Río Grande o Babahoyo, que se habían logrado en base a ingentes esfuerzos y confiando en las ventajas que les daba su caballería, por causa de los abusos y atrocidades de todo género que cometían los primeros fundadores y del abandono que debieron de hacer los segundos, que se vieron compelidos a salir en refuerzo de Pizarro, ante la sublevación de Manco-Cápac, sucumbieron arrolladas por los nativos que dieron al traste con las dos villas iniciales, destruyendo a su población y recobrando su independencia.

Fue Francisco de Orellana, pariente, amigo y paisano de Pizarro, quien, por encargo de este, viniera a reducir nuevamente a los Huancavilcas y levantar la ciudad destruida. Para ello, tuvo luego que usar medios pacíficos, parlamentar con los nativos, ganarse su voluntad y, con mañas y habilidades, reducirlos a la obediencia. La fundación de Orellana fue realizada en la falda sur de la colina Santa Ana o Cerro de la Culata.

Surgió, entonces, la ciudad de Santiago -inicialmente así denominada- como resultado de la cósmica fusión de la aguerrida tenacidad de los españoles con la heroica e indomeñable rebeldía Huancavilca. Y así nació la ciudad de Santiago o Santiago de la Culata, a la que, a poco, se le añadió el apelativo de Guayaquil, con sus casas construidas con maderas del país, sus calles angostas y asimétricas, permanentemente amenazada por los incendios, abrazada por la manigua, que la obligó a una transformación constante y progresiva, en base del esfuerzo de sus hijos, para cada día ir sobreponiéndose a los avatares y conquistando el alto sitio que la historia le ha asignado para honra y gloria de la patria toda.

Y el espíritu y el temple del hombre de Guayaquil, de esa Santiago de la Culata o Santiago de Guayaquil, vencedora de mil y un vicisitudes, fue forjándose en la lucha permanente para superar la adversidad y fue adquiriendo en esa lucha sin tregua, que sirvió de crisol para la fragua de una toma de decisión irreductible ante las acechanzas de sus naturales adversarios, el carácter y la firmeza que lo identifica; la resolución con que adopta sus decisiones y la determinación con la que está dispuesto siempre a defender sus derechos. Ese es el hombre de Guayaquil; aquel que habita esta ínclita ciudad; aquel que lucha por alcanzar su progreso; aquel que no trepida en defender sus derechos; aquel que no escatima su ayuda en pro de los demás; aquel que se siente orgulloso de su ancestro; aquel que sueña con alcanzar sus aspiraciones de grandeza.

A diferencia del 9 de Octubre, esta es, ilustre y distinguida concurrencia, una fecha de eminente y exclusiva recordación cívica. En aquella, se conmemora el heroico fervor patriótico con el que un grupo de notables ciudadanos se entregaron a la noble tarea de consagrar las libertades públicas y lograr la autonomía política de la región. Independizándola del régimen español. Esta constituye data de magna reminiscencia porque un día como hoy, hace 458 años, se sentaron las bases para la creación de una urbe cosmopolita que, con el tiempo transcurrido hasta hoy, se convertiría en emporio de progreso y baluarte de las más grandes y sentidas causas nacionales.

Este 25 de Julio encuentra a Guayaquil con su espíritu remozado; pareciera ser que tras prolongado lapso de apesadumbrada penumbra, en el horizonte cercano de las aspiraciones guayaquileñas ha comenzado a destellar la luz de un amanecer promisorio. La desesperanza está quedando atrás. Hoy, no solamente es, pues, que la ciudad está cobrando un nuevo brío. Hoy, el optimismo está reapareciendo en el espíritu del hombre de Guayaquil; renace su fe en el advenimiento de días mejores; reverdece su confianza en la progresiva solución de sus agobiantes problemas. Y con el optimismo, la confianza y la fe de los hombres y mujeres que habitan esta generosa y pujante ciudad, estamos asegurando, a corto plazo, el inicio de una nueva, larga e indetenible marcha hacia la conquista de un anhelado progreso.

No se queda atrás la Municipalidad de Guayaquil; la irreductible determinación de la gran mayoría de los ciudadanos que conformamos este Ilustre Concejo, respaldada por la patriótica colaboración de los guayaquileños, imbuidos todos, de este espíritu de lucha, de esa decisión de vencer, de esta resolución para superar las adversidades, permitirá que juntos conquistemos un porvenir pleno de esperanzas y satisfacciones.

Por lo pronto, en lo que va de estos primeros once meses de gestiones, luego de vencer la endémica inercia de los mecanismos estatales, hemos iniciado los planes de adecuación de las calles de la ciudad, largamente olvidadas, con un programa de trabajos de bacheo que,

con la inversión de fondos propios de la Municipalidad y del Gobierno Nacional, que alcanzará la extraordinaria suma de cerca de doce mil quinientos millones de sucres, muy pronto Guayaquil mostrará otra cara, acorde con el tradicional señorío de la ciudad.

Con la inversión de sesenta y dos mil millones de sucres, provenientes de asignaciones gubernamentales especiales, en obras de relleno, pavimentación y repavimentación de calles; la construcción y remodelación de parques; el proyecto piloto para las parroquias urbanas; la construcción de un complejo recreacional y deportivo de uso popular masivo; y la construcción de obras de infraestructura sanitaria, todas ellas realizadas en los barrios marginales de Guayaquil, iniciaremos el rescate de una inmensa masa ciudadana que se hallaba sumida en el abandono por parte de los poderes públicos.

El programa de obras es de impostergable requerimiento ciudadano, que ha sido precedido por las tareas de reposición de bienes municipales y de adecuación y reorganización de los sistemas administrativos y de control, que habían prácticamente desaparecido a causa de la dolosa irresponsabilidad de administraciones anteriores, a la que se suma una decidida acción de moralización que abarca todos los ámbitos del quehacer municipal, son el resultado de la firme convicción de un grupo de ciudadanos que en 1990 y 1992, hemos sido designados por el voto popular para retomar la acción vindicadora de la dignidad guayaquileña que, estamos seguros, cuenta con el patriótico respaldo y la cívica comprensión de la inmensa mayoría de habitantes de esta, por mil títulos, ilustre ciudad de Santiago de Guayaquil.

El capitán Francisco de Orellana fundó Guayaquil con la colaboración de sus leales compañeros Juan de Jaén, Lope de Azevedo, Juan Fernández, Cristóbal de Villalta, Manuel de Estacio, Francisco de Valverde y Diego Martín. Desde la fundación hasta 1541, Orellana ejerció el cargo de Teniente Gobernador de Guayaquil, dejando conformado su primer cabildo en el que figuraban: Rodrigo de Vargas, Gómez de Estacio, Francisco de Chávez, Pedro de Gobralon, Alonso Casco, Juan de la Puente, Cristóbal de Luna y Francisco Hernández. Aquellos ilustres fundadores cumplieron con la ínclita tarea de establecer los inicios de esta urbe de arrollador crecimiento, que estaba llamada a ocupar los primeros puestos entre aquellas que se sitúan en la costa del Pacífico Sur.

El vigor de los indómitos e irreductibles Huancavilcas, personificados en el régulo Guayas, su último cacique, se aunó al aventurado temperamento español y de ahí surgió la amalgama que explica las notables virtualidades del alma guayaquileña.

Esa alma guayaquileña, ese espíritu invencible de los hombres y mujeres de la ciudad, esa irreductible decisión de superar los obstáculos, está llamada a triunfar, derrotando las adversidades.

Que este 25 de Julio de 1993, día de Santiago el Mayor, en que se conmemora un aniversario más de la fundación de la ciudad, sea la continuación de una etapa de constante superación que, enterrando un reciente y aborrecible pasado de ignominia, sólo encuentre su meta en la justa y cumplida aspiración de los guayaquileños.

Muchas gracias.

DISCURSO N° 7  
Octubre 9 de 1993  
Salón de la Ciudad

***“...El lema “Por Guayaquil Independiente”, que inspiró la acción de sus héroes libertarios, a poco se transformó en “Guayaquil por la Patria”, para acudir a los campos del Pichincha a consagrar la Independencia...”***

Señoras y señores:

Nos congrega hoy, en este histórico recinto, cuya tradicional respetabilidad ha sido rescatada, la conmemoración de un aniversario más de la magna fecha de la Guayaquileñidad.

Hace escasas semanas, en un acto de similar connotación, en este mismo salón, me permití manifestar que, a diferencia del 25 de Julio, de eminente y exclusiva recordación cívica, el 9 de Octubre se conmemora el heroico fervor patriótico con que los guayaquileños se entregaron a la noble tarea de consagrar las libertades públicas y lograr la autonomía política de la patria, emancipándola del dominio español. En aquella fecha, recordamos la fundación de la ciudad; en esta, está presente en nuestros corazones el indoblegable esfuerzo de sus hijos por la conquista de sus derechos políticos.

Para el inicio del siglo XIX, la idea de libertad había cundido en nuestra patria, y se hallaba fincada en el alma de los guayaquileños, como anhelo fundamental que caracteriza la aspiración de todos.

Si es verdad que el deseo de independencia es innato en el ser humano, para los hombres que habitan Guayaquil, fundamentalmente a partir de la revolución de agosto de 1809, que conmovió los sentimientos libertarios de América, ya no cabía otra aspiración, que aquella de plasmar en realidad los sueños de emancipación, que habíanse forjado como consecuencia de la proclamación de los derechos del hombre, exaltados por la Revolución Francesa.

La gran revolución influyó poderosamente para alimentar la llama del patriotismo en los corazones americanos, y para dar una mayor expansión a la idea de la Independencia. Sin embargo, no puede hacerse depender de esa una única causa, lo que tuvo origen en otras, que crearon la necesidad imperiosa de nacionalidad, que se dejaba sentir en los pueblos de estas comarcas.

La revolución quiteña de 1809 constituyó el primer esfuerzo del patriotismo, que creyó contar con el apoyo decidido de los pueblos, en realidad, aún no preparados para esa gran transformación, los patriotas de Quito hicieron portentos de heroísmo; inmortalizaron sus nombres a fuerza de abnegación; derramaron su sangre en holocausto a la libertad; proporcionaron páginas brillantes a la historia de la patria con su lucha desigual y sangrienta; pero todos sus nobles esfuerzos, todo su heroísmo y abnegación, fueron infructuosos, y la revolución tuvo el triste desenlace de la dispersión de Ibarra, en 1812.

Los hombres de Guayaquil habían participado de los anhelos y los esfuerzos que culminaron el 10 de Agosto: los nombres de Jacinto Bejarano, Joaquín Pareja y Francisco Campuzano, que estuvieron en plena connivencia con los revolucionarios de Quito, y que fueron, luego, entre otros muchos, perseguidos por las autoridades españolas, dan la tónica de la identificación de Guayaquil con los ideales de Independencia.

Espejo, el precursor, sobresalió por su talento e instrucción; al punto que, ya para 1765, era escritor de prestigio, renombrado, además, por sus ideas avanzadas, que le valieron la persecución de las autoridades coloniales. Esos nobles ideales de Espejo, que despertaron la conciencia americana, complementados por la lucha heroica de Rocafuerte, que esparció el afán de libertad, a los que hay que sumar la acción protagonizada por los integrantes de la llamada Escuela de la Concordia; fueron los que impulsaron, en definitiva, la eclosión del movimiento libertario de agosto y constituyeron los antecedentes inmediatos para que la acción que emprendieran los apóstoles de la libertad, de nuestra patria, cobrara el vigor, el tesón, la tenacidad y el heroísmo, que culminó en los campos del Pichincha el 24 de Mayo de 1822, acción militar definitiva, decisoria, para la iniciación de nuestra vida política autónoma.

Después del 10 de Agosto, de 1809, ahogado en el Real de Lima, con la sangre de los mártires del 2 de Agosto de 1810, Guayaquil toma la bandera de la libertad. Desde esa magna fecha, para los patriotas de Guayaquil, no hubo otra meta que la emancipación de la patria; no hubo otro afán que el ideal de libertad.

No es imprescindible que dediquemos esta intervención a precisar nombres, acciones y fechas, para exaltar la importancia y trascendencia histórica, del movimiento libertario de octubre. Basta recordar, únicamente, como homenaje a la acción de nuestros héroes, los nombres inolvidables de Olmedo y Villamil, de Roca y Antepara, de Illingworth y de Vivero; de Escobedo, de los jóvenes oficiales del Batallón Numancia! Febres-Cordero, Letamendi y Urdaneta; de la acción decidida de Juan Francisco y Antonio Elizalde, de Francisco de Paula Lavayen, de José Rivas, José Correa y Manuel J. Fajardo, entre otros jóvenes notables; de la goleta Alcance y de la Rosa de los Andes, así como del trascendental evento denominado la "Fragua de Vulcano"; como debemos recordar, también a las familias perseguidas por el gobernador Mendiburu, a causa de su adhesión a las ideas libertarias: la del coronel Bejarano, la de don Martín Icaza, las de los Vítores, Ordeñanas, Anzoátegui, Rodríguez, Morán, Avilés, Aguirre, Franco Rocafuerte, Decimavilla, Samaniego, Antepara, Villamil, Urvina, Vallejo, Farías, Santiesteban, García, Gómez, Coello, Maldonado, Elizalde, Merino, Lavayen, Boderó, Valverde y muchas otras.

Con la toma de los cuarteles españoles, la revolución triunfó y Guayaquil se cubrió de gloria ese 9 de Octubre de 1820: ¡Teníamos finalmente patria libre y habíamos conquistado la anhelada emancipación!

Olmedo fue designado Jefe Político para hacerse cargo de los negocios civiles; el coronel Escobedo, como Jefe Militar; y Urdaneta, presidía la Junta de Guerra.

Luego, se conformó el ayuntamiento; y, a consecuencia de la renuncia de Olmedo, nació la primera Junta Provisoria de Gobierno, presidida por el coronel Escobedo y conformada por



José Vicente Espantoso y por Rafael María Jimena. Como secretario fue elegido el doctor Luis de Vivero.

Constituido ese primer Gobierno Independiente, la atención fundamental recayó en la organización del ejército, para iniciar la campaña sobre el interior del país que se hallaba en poder de los realistas. Se conformaron, entonces, el cuerpo de artillería; los cuerpos primero y segundo del batallón "Libertadores"; el escuadrón "Daule"; el cuerpo de "Vengadores"; el batallón de infantería "Voluntarios de la Patria"; y otro cuerpo de la misma rama, denominado "Defensores".

La Junta de Gobierno designó, como comandante en jefe de la división, al coronel Luis Urdaneta; y, como segundo comandante, al coronel León Febres-Cordero. La división se denominó "Protectora de Quito" y su preciado cometido fue el de llevar la acción revolucionaria, nacida de Guayaquil, hacia el interior, el rescate de las regiones oprimidas, para consolidar la independencia de la patria.

Era necesario velar por la purificación de la integración de los ejércitos, con hombres de insospechada lealtad, para lo cual fue preciso apelar al patriotismo de los jóvenes voluntarios guayaquileños; y así podemos citar, entre los primeros que se apresuraron a presentarse, a los capitanes Diego Manrique e Isidro Viteri; a los tenientes Juan Antepara, José de La Peña, Cristóbal Alarcón, Carlos de Acevedo, Agustín Lavayen, Rafael Merino, Fulgencio Rocha, José Manuel Quevedo, Antonio Salazar y Antolin Butinza; y a los subtenientes Abdón Calderón Garaycoa, Manuel Salcedo, Mariano Soto, Manuel Avilés y Pacheco, Juan Florencia, José Ariza, Manuel de Lara, Miguel Lavayen, José López y Francisco Tejada; todos los cuales asistieron a las acciones de camino real, primer Huachi, Tanizahua, Cone, Segundo Huachi, Riobamba y Pichincha, y derramaron muchos su sangre, y ofrendaron otros la vida, en aras de la libertad.

Y para el mantenimiento del ejército libertador, así como para el desarrollo de la guerra, fueron los hombres de Guayaquil, los que con sus contribuciones económicas, producto de una proverbial generosidad, que alcanzaron la suma total de dieciséis mil pesos, los que sentaron un precedente, que habría de observarse hasta estos días, como características de una ciudad que ha estado presta siempre a concurrir, con filantropía y largueza, en ayuda de sus hermanos de todas las regiones de la patria.

Lo anterior, distinguidas damas y apreciables caballeros, cuya conmemoración motiva la celebración de este solemne acto, constituye la esencia de lo que es Guayaquil: la gesta octubrina reúne, en un solo acto, la decisión heroica que caracteriza a su pueblo, manifestada en esa inolvidable ocasión, en la acción de conquistar su libertad, en base al esfuerzo de sus propios hijos y la munificencia con la que Guayaquil, como siempre, sin esperar recompensas, ofrendó la vida y el caudal de sus hombres, en beneficio de los demás.

A lo largo de la historia de la patria, no solamente la acción del 9 de Octubre de 1820 ha patentizado el espíritu que prima en esta ciudad. Sus anales recogen, en cada ocasión que la circunstancia lo ha previsto, la identificación de los guayaquileños con las más sentidas causas del Ecuador.

El lema, por ejemplo, de “Por Guayaquil Independiente”, que inspiró la acción de sus héroes libertarios, a poco se transformó en “Guayaquil por la Patria”, para acudir a los campos del Pichincha a consagrar la Independencia. Sin embargo, la general circunstancia de incompreensión que vive la ciudad, señor Presidente de la República, hace pensar, cada día con mayor razón y fuerza, que se torna indispensable revitalizar el lema: “Guayaquil por Guayaquil”, que comprende la bizarría de sus hijos, para lograr una rápida, concreta y eficaz solución a los graves problemas que la agobian.

En circunstancias similares a las de hoy, en el acto de conmemoración del aniversario de Fundación de Guayaquil, me permití manifestar que esta ciudad había sido asolada, en los años inmediatos anteriores, por administraciones municipales caracterizadas por la más palmaria incapacidad, o por la más degradante impudicia. Sus más apremiantes necesidades no habían sido satisfechas. Sus servicios básicos yacían en criminal abandono. Sus ingresos constituían el botín que servía de recompensa para sus depredadores.

Sin embargo, el dramático problema de la ciudad, que puede haberse ahondado en años de mala racha, ni nace, ni se origina por esas desafortunadas circunstancias. Guayaquil viene, salvo muy honrosas excepciones, sufriendo un inveterado abandono por parte del Estado, que parece irresponsablemente satisfecho con la circunstancia que, a última hora y en los momentos de mayor apremio, Guayaquil surge por sí sola, por sus propios fueros, en busca de la solución de sus más agobiantes problemas.

Y de merecer duda alguna esta palmaria afirmación del Alcalde de la ciudad, a dónde, entonces, la explicación para entender la centenaria existencia de su Junta de Beneficencia, sino en el endémico desdén con que los poderes centrales desatendieron sus servicios básicos de salud, que hubieron de superarse, hasta constituir el más notable ejemplo de sensibilidad social, con la generosa y espontánea contribución de los guayaquileños en pro de asegurar salud y asistencia de propios y extraños, a donde la razón del funcionamiento de la Benemérita Sociedad Filantrópica del Guayas, que llena un importante vacío en la formación profesional técnica de sus educandos; a dónde la necesidad de la creación de entidades como el Comité Ejecutivo de Vialidad del Guayas o de la Comisión de Tránsito del Guayas, que se fundaron, funcionaron y atendieron sus objetivos con rentas originadas en la generosa contribución de los habitantes de esta provincia.

El hecho de que Guayaquil y la provincia toda generen, según estadística de ILDIS, el cuarenta y cuatro por ciento de los ingresos nacionales, no petroleros, y de que el Estado devuelva únicamente el ocho por ciento como aporte a la solución de sus necesidades, evidencia la grave circunstancia que padecemos, y que se constata en la catastrófica situación de estrechez que padecen todas sus instituciones vitales, tales como, por ejemplo, la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, convertido prácticamente en un simple mimbrote, o la Orquesta Sinfónica de Guayaquil, en franca vía de desaparición.

En la actualidad, Guayaquil ha tenido que recurrir al arbitrio de incrementar todas sus propias fuentes de ingresos, incluso las catastrales, para financiar la atención de sus necesidades primordiales; pero contrasta la actitud personal de usted, señor Presidente de la República, en lo que se refiere a su preocupación por la entrega oportuna de los fondos debidos a esta Ilustre Municipalidad, por ejemplo, o a la provisión de un flujo financiero para atender parcialmente sus servicios básicos, con las peyorativas manifestaciones que hace un alto personero del régimen, cuando imputa al rubro de contribuciones gubernamentales

generosas, los créditos con los que financiaría el Banco Ecuatoriano de Desarrollo, que tienen que ser servidos y satisfechos con intereses acordes con la inflación que sufre el país, los proyectos que esta Municipalidad ha tenido a bien consultarle. Los créditos que proporciona esa entidad financiera derivan del cumplimiento de sus finalidades propias, y dependen de la factibilidad de dichos proyectos y, en ningún caso, pueden considerarse otorgados a título gratuito, como graciosa dádiva de nadie.

Cuando mi ejercicio de la Presidencia Constitucional de la República, me correspondió la honra de financiar, con fondos provenientes de toda la nación, el Proyecto Municipal Papallacta, que soluciona, para los próximos veinte años, el problema del agua potable en la ciudad de Quito. El agua potable y el alcantarillado de Guayaquil, que no han recibido trato similar, constituyen bienespreciados, más por lo escasos, que por lo necesarios. Ingentes esfuerzos ha habido que desplegar para lograr que se entienda la urgencia del indispensable abastecimiento de agua de la ciudad; sin embargo, el aumento de caudal ocasionará un, aún, más grave problema, si no se guarda relación con los adecuados trabajos de alcantarillado, que permitirá la evacuación de las aguas servidas y para los cuales no hay un centavo, ni financiamiento posible, en términos sociales aceptables.

Habida cuenta que Guayaquil padece de una indetenible explosión demográfica, por el flujo permanente e inconmensurable de habitantes de otras regiones de la patria, que llegan en busca no solamente de los servicios que, a medias, la ciudad presta, sino de las oportunidades que ofrece, se hace obligatorio repetir que en esta urbe confluyen y se multiplican los problemas sociales de la República. Entonces, es preciso que, por alguna vez en la historia, con honrosas excepciones, repito, Guayaquil reciba el trato comprensivo y considerado que merece.

El Ecuador es uno solo. Las necesidades de la patria, sus circunstancias de cualquier género que sean, y sus avatares, así como sus glorias, constituyen denominador común que aglutina el espíritu nacional. El anhelo de Guayaquil siempre ha estado identificado con el anhelo nacional. Guayaquil jamás ha escatimado esfuerzo alguno en pro del beneficio nacional. Es hora, entonces, que con honda y sentida solidaridad, el Ecuador reconozca y comprenda sus apremiantes necesidades. Así lo justifica su antecedente de entrega; así lo impone la noción de la justicia.

Luego del 9 de Octubre de 1820, en Guayaquil se forjó, se organizó y se financió la campaña libertaria que culminó el 24 de Mayo de 1822, en las faldas del Pichincha, y consolidó la emancipación de la patria, hagamos votos porque este nuevo aniversario de tan magna fecha constituya el punto de partida para un renovado entendimiento en el que los hombres de la patria toda, orientados por la acción justiciera del Estado, coadyuven al fortalecimiento del imprescindible espíritu de solidaridad nacional.

Muchas gracias.

DISCURSO N° 8  
Noviembre 10 de 1993  
Infantería de Marina

***“...Hagamos votos porque en el Ecuador, los soldados de la patria, aquellos a quienes se ha confiado sus armas, sean los garantes de una nación que está llamada a reivindicar sus ancestrales glorias...”***

Debo comenzar por manifestar, ante tan importante y respetable audiencia, mis más especiales y cumplidos agradecimientos por el alto honor que se me ha conferido, al invitarme a intervenir en este trascendental evento de honda connotación patriótica.

Siempre he sido un admirador de las Fuerzas Armadas nacionales: su inquebrantable decisión de entrega hacia las más nobles causas de la nación; el espíritu de sacrificio del soldado ecuatoriano, que lo lleva a aceptar, en silenciosa y disciplinada entrega, las privaciones que le impone su abnegado destino; su elevado concepto del cumplimiento del deber; su patriótico sometimiento al orden constitucional, en aras de lograr el robustecimiento de sus principales instituciones, despertaron en mí, como en la inmensa mayoría de los ciudadanos, el respeto y la consideración hacia una profesión de cuyo ejercicio depende la existencia misma de la patria.

El desempeño de la Presidencia Constitucional de la República, que me impuso la decisión mayoritaria del pueblo ecuatoriano, me proporcionó la adecuada óptica para comprobar la irrefragable vigencia de estos conceptos, y la indispensable cercanía para participar de sus diarias contingencias, compenetrándome del heroico espíritu que anima su indeclinable decisión de servicio.

Curiosa paradoja: Al contrario de lo que ocurre con el ciudadano civil, que dedica su vida a la consecución de su bienestar personal y el de su colectividad; el ciudadano armado, dentro del marco de su delicada actividad, nace destinado al sacrificio. El civil triunfa cuando ha logrado el éxito. El militar alcanza la gloria con la muerte. Y esa es su consagración definitiva, porque su inmolación está destinada a la supervivencia de la patria.

Rindo, pues, en esta nueva ocasión, mi homenaje de admiración al soldado ecuatoriano y hacia los institutos profesionales que lo forman, inculcándoles el concepto de cumplimiento del deber, el ideal del sacrificio, la decisión de su patriótica entrega, soldados e institutos que se encuentran fidedignamente representados en el cuerpo de Infantería de Marina de la Armada Nacional, a cuyo desempeño, los anales de la patria deben notables páginas de gloria.

Estimo que en la hora actual, como nunca, los pueblos buscan el pleno ejercicio de sus libertades individuales como vía para alcanzar el progreso. Pero, igualmente, estimo que, así como no puede haber libertad, sin que prime un cabal concepto de la igualdad ciudadana, traducida en el hecho de establecer una similitud de oportunidades, ese concepto de la igualdad debe proliferar y fortalecerse dentro de un marco de acatamiento a un orden establecido. El marco jurídico que promueve el imperio de la ley, fortalece el concepto de la

igualdad social, y ese afán de la humanidad, que nace del respeto al derecho de los demás, promueve el ideal de la libertad e incita al hombre a la búsqueda del bienestar. No puede haber, pues, bienestar sin libertad, ni libertad sin orden.

El Estado está llamado a establecer el marco jurídico, para garantizar la supervivencia de la colectividad, con la vigencia plena de todos sus derechos y libertades individuales; pero sin dejar de percibir a la nación como un todo orgánico, en el que debe contemplarse su seguridad, tanto interna como externa, como medio para preservar la defensa de su patrimonio.

Dentro de los límites de este concepto elemental se encuentra enmarcada la tesis que fundamenta la existencia de una fuerza armada que garantice existencia del Estado como expresión jurídica de la nación.

Así como en el plano particular no puede concebirse la existencia de la persona humana sin la vigencia de sus derechos individuales, en el plano internacional no puede considerarse la actividad del Estado sin respeto a su soberanía.

El Ecuador está obligado a perfeccionar los medios para convertirse, cada día más, en una nación que cuente en el orden interno con una población cohesionada, cívica, moral e intelectualmente, y orientada a salvaguardar y enaltecer sus propios valores, propiciando su mejoramiento cultural, biológico y social. Y en el orden externo, a robustecer constantemente la situación política internacional del Ecuador, protegiendo los intereses del Estado en el campo internacional, defendiendo sus derechos territoriales y su prestigio frente a las demás naciones, y coadyuvando al desarrollo socioeconómico del país.

Con la prudencia con que a todo ecuatoriano le corresponde actuar dentro del campo de los derechos internacionales del Ecuador, pero con la patriótica entereza a que me obliga mi irrenunciable calidad de ex Presidente Constitucional de la República, debo aprovechar la oportunidad de encontrarme ante tan respetable y calificada audiencia, para referirme, dentro del concepto de la seguridad nacional, a aspectos que guardan relación con nuestros inalienables derechos territoriales, en concordancia con las tesis y puntos de vista que hubo de observar el Gobierno ecuatoriano, durante el lapso que me tocó presidirlo.

Durante la campaña electoral de 1983–1984, en mi calidad de candidato presidencial, sostuve el criterio que los delicados asuntos relativos a nuestro centenario diferendo territorial con el Perú, por elementales conceptos de respetabilidad nacional, no podían constituir tema del debate político. Estimé que era imperioso que sobre un asunto que reviste tan delicada trascendencia, sobre el cual no existen diferencias de fondo entre ecuatorianos, se debía exteriorizar un criterio unificado, manifestado oficialmente a través de los organismos competentes de la Cancillería. Así lo observé e impuse como tónica de mi campaña presidencial.

Sin embargo, concluida la primera vuelta electoral y concretada la elección a las dos candidaturas que habían alcanzado el mayor número de votos, los representantes de la prensa nacional estimaron pertinente que los ciudadanos debían estar informados acerca de la opinión de los candidatos, sobre las políticas que irían a llevarse a cabo desde el Gobierno, con respecto al problema territorial, en caso de triunfo electoral de cualesquiera de los dos participantes.

En lo que a mí corresponde, en una entrevista llevada a cabo en un canal nacional de televisión, consultada mi posición al respecto, tuve a bien manifestar que el Gobierno que yo presidiría sería celoso guardián de los derechos soberanos del Ecuador. Que sin apartarse de la validez y vigencia de las tesis jurídicas expuestas oficialmente por la Cancillería ecuatoriana durante muchos años, era indispensable que el Ecuador continúe empeñándose en buscar una vía de solución honorable que, contemplando aspectos de irrenunciable valor para los ecuatorianos, encuentre una fórmula de solución definitiva a un problema que conspira contra el espíritu de la paz, armonía y solidaridad, que debe primar en las relaciones entre los estados latinoamericanos. Confirmé que el Ecuador, partiendo de la tesis del no reconocimiento de la fuerza como medio de expansión territorial, estimaba las vías pacíficas como única fórmula de solución de los problemas entre las naciones.

A una pregunta concreta, respondí que, dentro de la línea anteriormente anotada, y hasta lograr que el Perú comprenda la necesidad de avenirse al encuentro de una fórmula equitativa, honrosa, digna, que contemple los conceptos contenidos en el derecho territorial, el Ecuador, sin precipitar el advenimiento de soluciones forzadas, manteniendo su tradición pacifista, debía continuar buscando esa fórmula, propiciando sus logros por los medios diplomáticos idóneos. Añadí que, dentro de esa línea de búsqueda de mejores soluciones, la constante evolución de los problemas políticos e internacionales de la humanidad, al igual que lo ocurrido en otras latitudes, hacía prever la posibilidad de que llegue pronto la oportunidad que propicie un arreglo definitivo de nuestro secular litigio. Graficando la aseveración con el ejemplo del cuidado, la asepsia y dedicación con que debería mantenerse una herida latente, en el camino y propósito de encontrar una fórmula que definitivamente la cicatrice, pero la cicatrice con dignidad y con honor, la he mencionado como la tesis de la "herida abierta" y algunos desaprensivos críticos, de los que nunca faltan, por el prurito de politizar hasta los asuntos de la más honda trascendencia nacional, con irresponsable superficialidad, se encargaron de interpretar como el supuesto afán de mi Gobierno de mantener ab eterno, sin fórmula de solución, un impedimento dilatorio al planteamiento de una solución territorial definitiva. No fue ni es esa mi posición, ni cabría abrir un debate nacional, en el que aquellos que han hecho del odio irrazonado un componente permanente, escandalicen temerariamente sobre aspectos que merecen un trato prudente, patriótico y razonado.

El Perú, tradicionalmente, ha mantenido la tesis de que no existen problemas territoriales pendientes con el Ecuador y cualquier anterior situación quedó zanjada, según ellos, con la suscripción del llamado Protocolo de Amistad de Río de Janeiro de 1942, así lo ha alegado en cada ocasión que le ha sido pertinente.

El Ecuador, por su parte, ha rechazado esa tesis y ha entregado repetidas e irrefutables pruebas de su vocación pacifista. La guerra ha sido abolida definitivamente como fórmula de solución a los problemas entre naciones. Cuando menos, ese es el espíritu que prima entre la mayoría de los países del ámbito latinoamericano. Así lo consagran los principios del derecho internacional americano.

No es aceptable que el Perú persevere en su aspiración de encontrar la solución a tan grave y delicado problema en la señalización de los setenta y ocho kilómetros de la línea de frontera de la Cordillera del Cóndor que falta demarcar, de conformidad con un instrumento internacional, cuya pretendida vigencia ahonda una diferencia que debe ser pronta y

equitativamente solucionada. Tengo la convicción de que el pueblo del Ecuador jamás admitirá, como solución amistosa, honrosa y definitiva, la confirmación de una situación impuesta con la fuerza de las armas.

El mantenimiento de una apertura que sirva de incentivo para el diálogo directo y permanente entre los representantes de ambas naciones, que evidencia la sincera y franca convicción de un esfuerzo mutuo por el encuentro de una solución equitativa y honorable, que comience por contemplar a favor del Ecuador una salida territorial directa y soberana al Amazonas; la voluntad de reconocer y someterse a la competencia de la Organización de las Naciones Unidas, para que sirva de árbitro en la solución del conflicto; una política de desarme general, circunscrita por lo menos a la región; la eliminación total de la utilización política del tema territorial, son aspectos y constituyen pasos que deben formar parte de un gran objetivo nacional.

Ese debería ser el camino a seguir en un proceso de búsqueda de una solución real y definitiva. Y a ese proceso, que tiene ese franco y claro objetivo, yo admití que se lo denomine como la tesis de la herida abierta. Y en eso me ratifico, porque creo sinceramente que al Ecuador le es imperativo arribar al encuentro de fórmulas definitivas que, sin menoscabo de la honra nacional, logren una solución firme, definitiva, que le permita dedicar la suma de sus esfuerzos al adelanto y bienestar de sus hijos.

Sólo a la diplomacia ecuatoriana le corresponde el deber de, partiendo de los preceptos contenidos en nuestras tesis internacionales, que se asientan en reconocidos principios jurídicos, interpretar el sentimiento nacional como base para continuar con la gravísima responsabilidad de una negociación, que deberá ser incrementada en el tiempo, y con la oportunidad que las conveniencias nacionales impongan.

Por otra parte, y finalmente, la fuerza armada, que por la naturaleza de sus fines no debería ser involucrada ni comprometida en procesos de negociación diplomática, debe continuar como principal instrumento de acción, destinado a la conservación de la Soberanía Nacional, a la defensa de la integridad e independencia del Estado y a garantizar permanencia de su ordenamiento jurídico.

No puedo concluir sin exteriorizar antes la satisfacción que me proporciona el haber compartido estos momentos con los soldados de la patria. A la preparación de ustedes, a su ideal de sacrificio, a su decisión por garantizar los destinos del Ecuador, debemos todos la esperanza de días mejores.

Estamos a las puertas del inicio de un nuevo milenio. A lo largo y ancho del globo terráqueo, los hombres no cejan en su afán de luchar por la conquista de nuevos logros, que afiancen su libertad, que confirmen sus derechos y aspiraciones vitales. La humanidad, asombrada, ha visto desaparecer viejos y aborrecidos sistemas, en los que la fuerza de la concupiscencia bregaba por imponerse a la fuerza del ideal.

Han caído los mecanismos de la opresión, ante el poder de una corriente humanista que tiende a hacer prevalecer la vigencia y validez de valores superiores. Han desaparecido las fronteras del odio y de la esclavitud, y día a día se van imponiendo los sentimientos de la solidaridad humana. Imperios que se estimaron invencibles, ceden su poder bajo la presión

del ideal de los hombres que buscan su libertad y que claman por la posibilidad de desarrollar sus iniciativas propias.

Armas que sirvieron para oprimir, ahora están destinadas a garantizar. Estatutos jurídicos que se crearon para acallar conciencias, se truecan en la actualidad en herramientas para obtener el progreso.

Pueblos que estuvieron enfrentados por la injusticia y el odio, en la actualidad se estrechan para superar frustraciones milenarias.

Hemos nacido y vivimos en un continente joven, del que la humanidad espera la luz que alumbre el mañana promisorio. Empeñémonos en ser dignos de nuestro destino. Impongamos la fuerza de la razón sobre la razón de la fuerza. Y cada uno, desde nuestras respectivas ubicaciones, aportemos nuestro esfuerzo para asegurar a nuestra descendencia un mundo en el que sea digno vivir.

Empeñémonos en perfeccionar un ordenamiento general en el que los derechos individuales sean vínculo que fortifique, en el que las aspiraciones colectivas constituyan aliciente que supere; en el que el mandato de la ley se convierta en razón que equipare.

Un solo concepto del derecho se convertirá en imperecedero: el concepto de la dignidad, el concepto de la justicia, el derecho a morir con honra. Hagamos votos porque en el Ecuador, los soldados de la patria, aquellos a quienes se ha confiado sus armas, sean los garantes de una nación que está llamada a reivindicar sus ancestrales glorias.

Gracias.



DISCURSO N° 9  
Julio 25 de 1994  
Salón de la Ciudad

***“...Los barrios de Guayaquil hedían... desechos putrefactos cundían por doquier y la peste había comenzado a asolar a los habitantes...”***

Señoras y señores:

Un aniversario más de la fundación de Guayaquil, constituye una nueva razón para robustecer el temple vencedor que ha caracterizado, desde siempre, el alma indómita de este pueblo, pueblo curtido en la lucha por alcanzar su libertad, su independencia, su progreso, la mejora y el adelanto de sus hijos.

Ya nos ha tocado manifestar, señor Presidente de la República, en ocasión similar a la que hoy nos convoca, nuevamente, a comparecer en este respetado salón, que la existencia de Guayaquil, su trayectoria histórica, su desenvolvimiento cotidiano, están aparejados, como si formaran un todo indisoluble, a una constante acción de lucha para lograr obtener, hasta aquellas cosas ínfimas, que el mandato de un elemental sentido común permitiría suponer que, de suyo, pertenecen a la ciudad, porque corresponden a su derecho; a aquel legítimo derecho adquirido por la circunstancia de ser Guayaquil lo que es en la historia de la República.

Empero, nada hay en esta libérrima urbe, nada ha sido obtenido para su progreso, nada ha sido logrado en pos de su adelanto, a título gratuito, como graciosa dádiva que se prodiga en acción espontánea y generosa. De aquí que este insólito antecedente constituye la impronta que identifica el espíritu de los guayaquileños, acostumbrados, hasta en el orden individual, a una lucha constante y sin fronteras por hacer realidad sus muy justas aspiraciones.

Hay varias versiones sobre la fundación de la ciudad. El aporte científico de la historia se mezcla con el dato romántico de la leyenda. Pero ni la historia ni la leyenda recogen una sola acción, que no corrobore los antecedentes que aquí me estoy permitiendo resaltar; un solo dato que contradiga de la resolución que singulariza el ánimo de los guayaquileños. Historia, leyenda, resolución, sacrificio, esfuerzo, decisión de lucha que, como don de Dios, se unimisman para identificarnos, sin dejar la menor, la más mínima duda, de la actitud que Guayaquil y los guayaquileños estamos dispuestos a asumir, para derrotar las más egoístas incomprensiones con las que a cada paso se intenta detener nuestra marcha hacia el progreso.

Es evidente, de toda evidencia, que este Concejo Cantonal que a mí me ha tocado la honra de presidir, porque así lo ha impuesto la multitudinaria y libérrima decisión de este pueblo, se ha visto obligado a afrontar, desde el momento mismo de su instalación, la conjuración de los más graves y acuciantes problemas, que tenían sumida a la urbe en una pavorosa crisis total, que hacía presagiar el naufragio de todas sus instituciones. Guayaquil ha vivido sus últimos lustros en verdadero, real y patético estado de emergencia. Como a usted, señor

Presidente de la República, le consta, nos ha tocado desde reparar las más elementales instalaciones físicas de esta histórica casa, hasta proceder a la creación y ordenamiento de pautas administrativas elementales, que nos permitan iniciar, como corresponde, una acción municipal organizada y coherente.

He venido sosteniendo, en cada oportunidad que se ha presentado, que Guayaquil, así como todo lo ha entregado en beneficio de los demás, sin hacer cálculos ni esperar recompensas, asimismo, todo lo que posee lo ha obtenido a título oneroso. Y no es necesario retrotraer, sin medida, el tiempo, ni remontarse hasta los confines de la historia, para probar lo que manifiesto: La gesta sublime del 9 de Octubre de 1820, por ejemplo, que consagró nuestra emancipación, fue resultado del esfuerzo y heroísmo único, propio, individual de los hombres de esta ínclita ciudad. Y lo que, poco tiempo después, el Gobierno independiente y autónomo del Estado de Guayaquil tuvo que realizar, organizar y financiar, para que se consiga el glorioso triunfo en el Pichincha, el 24 de Mayo de 1822, está inscrito con caracteres de oro, en los anales del patriotismo y la filantropía. ¿Y acaso el 6 de Marzo de 1845 no fueron los hombres de Guayaquil los que gestaron, a riesgo de sus vidas, la terminación de la influencia extranjera en el manejo de los destinos de la nación?

Así ha sido, es y seguirá siendo Guayaquil, señor Presidente; usted lo sabe; y ese innegable antecedente constituye la razón de nuestro legítimo orgullo. Llenas están las calles y las plazas de Guayaquil de compatriotas de otras latitudes, que llegan hasta esta ciudad, convencidos y seguros de recibir el óbolo solidario de los guayaquileños.

Con todo lo anteriormente manifestado, señor Presidente de la República, respetables autoridades, distinguidas damas y caballeros, se entiende el porqué los guayaquileños nacemos acostumbrados a luchar, a desplegar esfuerzos, a compartir vicisitudes, a vencer obstáculos, para obtener todo lo que anhelamos y nos es indispensable.

Guayaquil ha vivido inundada de basura. Pocas ciudades han padecido una crisis similar. Pocas colectividades se han encontrado expuestas a riesgo asaz, inhumano y criminal. Los barrios de Guayaquil hedían, señor Presidente; desechos putrefactos cundían por doquier y la peste había comenzado a asolar a los habitantes, iniciando su fatídica embestida por los niños desposeídos, que ya padecían los efectos de la criminal incuria.

Quienes me escuchan y habitan en esta ciudad, conocen que no hay atisbo de exageración en lo que manifiesto. Teníamos que sofocar de inmediato la emergencia; y se hizo de manera similar a lo que el Ilustre Municipio de Quito había tenido que implementar para superar la crisis, evidentemente de menores proporciones. ¡Quién lo iba a imaginar, distinguidos concurrentes!, que en esta tarea estaríamos expuestos a enfrentar la acción de la soberbia y la codicia de los máximos personeros de una empresa industrial, que han pretendido que los desmesurados intereses que precautelan, debían ser mantenidos, aun a costa de la salud y del bienestar de los integrantes de una colectividad que, precisamente, como irónica demostración de lo que el espíritu de sus hijos, ha acogido con su peculiar y acostumbrada generosidad a esos dirigentes, ninguno de ellos ni nacidos, ni crecidos, ni curtidos en el crisol que ha forjado el alma de una urbe irreductible.

Señor Presidente de la República: todo lo anterior ha sido manifestado, únicamente, a modo de ejemplo de lo que significan las ingratas circunstancias, que a diario tienen que ser

vencidas por el tesón de los guayaquileños, y lo expreso con eminente espíritu cívico, con ausencia total de toda intención política, como homenaje, como justo y merecido tributo, ofrendado en la fecha de fundación de esta ínclita ciudad.

Conocido es, por todos, que en sus venas corre sangre de guayaquileños; entonces, señor Presidente, ha nacido usted únicamente preparado para interpretar y comprender nuestra sinceridad y franqueza, y justificar la tradicional rebeldía que nos identifica.

Las circunstancias en que le toca realizar a usted la ardua tarea de gobernar al Ecuador, en horas que no son las más propicias para soslayar la existencia de desgarradoras realidades, le permiten intuir que las responsabilidades que los pueblos imponen a sus mandatarios, aunque sea en el orden seccional, tienen que ser cumplidas con profunda sensibilidad social y afrontadas con inexcusable decisión patriótica, no dependientes de sentimientos particulares de ninguna índole. Usted, de conformidad con sus elevadas y reconocidas convicciones éticas, está cumpliendo con los mandatos de su conciencia. Por otra parte, nosotros, la mayoría de los ciudadanos que conformamos este ilustre Concejo Cantonal, asistidos por las mismas convicciones, estamos decididos a cumplir con nuestros deberes y las responsabilidades que nos han confiado. La suerte que siempre ha amparado a la República, va a deparar, una vez más, que, desbrozando escollos, las legítimas aspiraciones de Guayaquil, como ha sido costumbre en el decurso de su historia, guarden íntima y estricta relación con los sagrados intereses de la nación. El Ecuador es uno solo.

Sus elevados postulados guardan armónica identificación en todos los confines de la República. Y su sensibilidad de gobernante le impone identificar las necesidades de cada localidad, como aspiración sentida del pueblo ecuatoriano.

Guayaquil, muy pronto, va a ver cumplidas sus aspiraciones y satisfechas sus prioritarias necesidades. Espera contar con su patriótica comprensión y está convencida de nuestra irreductible decisión para obtenerlas.

Es público que he padecido un serio quebranto de mi salud, y que he debido someterme a constante atención y rigurosas prescripciones de los especialistas. Tengo la satisfacción de proclamar que, con la gracia de Dios, se ha comenzado a conjurar mis padecimientos. Casi podría ufanarme de haber vencido a la enfermedad, y que, repuesto, sin limitaciones, estoy dedicado por entero, con los mismos bríos de siempre, a cumplir con el mandato con que mis conciudadanos me han honrado. ¡No tengo programado morirme todavía! Lo que sí debo declarar, sin eufemismos ni reticencias, con profundo y sincero convencimiento, es que Guayaquil, inclusive sobre mis achaques personales, como siempre, va a triunfar, va a ver consagradas sus aspiraciones y, fiel y orgullosa de sus antecedentes, va a seguir bregando por conquistar las vías de adelanto y de progreso, que permitan el anhelado bienestar de sus hijos.

Muchas gracias, señor Presidente de la República; muchas gracias, distinguidas autoridades; muchas gracias, ilustres conciudadanos, por coadyuvar con vuestra presencia a la merecida exaltación de esta histórica efeméride.

¡VIVA GUAYAQUIL!

DISCURSO N° 10  
Octubre 9 de 1994  
Salón de la Ciudad

***“...con la ayuda de Dios y de este pueblo guayaquileño, por mil ancestros valiente, pujante y decidido, vamos a convertir a la señorial Guayaquil en la nueva Perla del Pacífico, emporio de progreso, cuna de indómitos guerreros...”***

Señoras y señores:

Han transcurrido ciento setenta y cuatro años, desde aquel día en que un glorioso repicar de campanas, anunciaba, para júbilo de este valeroso pueblo, la libertad de la grande, noble e ínclita ¡Guayaquil!

La trascendencia histórica del evento merece un relato sencillo y breve de aquellos acontecimientos, que hoy, con especial júbilo de ecuatorianidad, están despertando nuestro espíritu cívico, para grandeza de la amada patria.

Los postulados y principios que inspiraron la Revolución Francesa, con su proclama de libertad, igualdad y fraternidad, que terminó con el absolutismo que expiró en la Bastilla; así como la revolución libertaria de los Estados Unidos de América, habían encontrado fértiles surcos en la América Hispana.

Muchos fueron los fervores e intentonas independistas que, aunque fracasadas, dejaron indeleble huella en valerosos patriotas de nuestras naciones. El alma del pueblo cada vez se volvía con mayor rebeldía, frente a sus opresores; se sentía más cerca el ocaso del servilismo.

En nuestra Real Audiencia, el cultivado Espejo fue uno de los primeros quien, a través de sus “Primicias de la Cultura de Quito”, defendía el derecho a la libertad de nuestro pueblo, y arengaba esta corriente para América toda.

Siguió en el tiempo Mejía, quien, con fluida oratoria, encendía las ansias libertarias, condenando el Estado opresor e injusto de la monarquía española.

Finalmente, llegaría el genio de la revolución de octubre, el inalcanzable Olmedo, quien desde sus pasos por las cortes de Cádiz, defendiendo a nuestros expoliados indios, ya decía: “Es admirable que haya habido en algún tiempo razones que aconsejen esta práctica de servilismo y muerte; pero es más admirable que haya habido leyes que la manden, reyes que la protejan y pueblos que la sufran”; y, parafraseando a Homero, sostenía: “Quien pierde la libertad, pierde la mitad de su alma. Yo digo que quien pierde la libertad para hacerse siervo, pierde su alma entera”.

Se muestra así una América propicia, por mil razones, para integrarse a la épica causa de la emancipación. Surgen las figuras imponentes de Bolívar y Sucre en el norte, y San Martín y

otros al sur; nacen los ejércitos libertadores, la paz de los opresores y el infierno de los oprimidos se ven alterados por el estruendo de cañones y el relampaguear de las espadas libertarias.

Nuestro puerto de Guayaquil érase, desde aquellos tiempos, considerado como estratégico, tanto por sus laboriosos y creativos habitantes, como por sus fértiles tierras, renombrados astilleros y privilegiada ubicación geopolítica; una economía pujante, hacia la colonia predilecta de España.

Sin embargo, las raíces huancavilcas, el alma rebelde e indómita de los guayaquileños, habían madurado, cual vendimia, la idea de la libertad, el anhelo de ser dueños de sus propios destinos y forjadores de sus caros ideales.

Es cuando arriban al puerto tres oficiales venezolanos, pertenecientes al glorioso Batallón Numancia: el sargento mayor Miguel Letamendi, y los capitanes León de Febres-Cordero y Luis Urdaneta. Sus vivencias y sabiduría calan pronto con los sentimientos patrióticos de nuestros criollos, difundándose más todavía la proclama de liberarse del yugo español.

Fue José de Villamil el dirigente de la conspiración, junto a patriotas como José de Antepara, Luis Fernando Vivero, Juan Francisco y Antonio Elizalde, Francisco de Paula Lavayen, José Rivas, José Correa, Manuel Fajardo, entre muchos otros jóvenes notables, igualmente patriotas.

El 1 de octubre, en casa de don Pedro Morlás, en la histórica Junta denominada por Antepara la “Fragua de Vulcano”, habrían de jurar nuestros libertadores: “Vencer o morir defendiendo la patria”.

El 8 de octubre, en casa de Villamil, se perfeccionan los planes, y se toma la histórica decisión de ejecutar su acción, en la madrugada del día siguiente, esto, el 9 de Octubre de 1820.

Tomados los cuarteles, desde los albores de aquel día, con un mínimo derramamiento de sangre, la aurora del 9 de Octubre encontró para los guayaquileños un nuevo despertar, la libertad hallábase consagrada.

Casi inmediatamente, José Joaquín de Olmedo asumiría la jefatura en lo civil, y el coronel Escobedo en lo militar, y Urdaneta presidiría la Junta de Guerra.

El 11 de octubre se adopta como insignia la portentosa bandera celeste y blanco, que hoy abraza a esta ciudad y enaltece, junto al pabellón patrio, este magno salón.

El juramento de ser independientes, fieles a la patria, defenderla con todas las fuerzas a sus alcances, y coadyuvar con todo lo concerniente a su prosperidad, leído en el acta de la Independencia, nunca perderá vigencia en este indómito pueblo, señor Presidente. Sin el 9 de Octubre de 1820, sin la revolución de Guayaquil, seguro estoy, Bolívar no hubiera podido llegar a Junín; ni Sucre a Ayacucho.

Hoy, como ayer en la historia, y como será siempre, a sus ciento setenta y cuatro años de emancipación, Guayaquil aspira a erigirse, una vez más, en la aurora gloriosa, de luz

amable, que conquiste una nueva libertad: la libertad del progreso y de la paz, que con la férrea e inquebrantable voluntad y tenacidad de sus hijos, habrá de conquistarse para beneficio de la patria toda.

Sin embargo, pareciera una antinomia que, mientras nuestra proa libertaria navega iluminada por el sol de octubre, hacia el nuevo Guayaquil, sigamos contemplando, impertérritos, nuestros suburbios; los cinturones de pobreza de esta urbe huancavilca, que se ven alimentados diariamente por el constante emigrar de la gente pobre de nuestra patria, en búsqueda desesperada de mejores días, que piensan encontrarlos en esta generosa ciudad.

Ahí están los tugurios, señor Presidente, los niños sin infancia abandonados a su suerte, víctimas inocentes de la violencia, del abuso sexual, de las drogas.

El hambre, la miseria, la insalubridad, la pobreza se enseñorea como una dura y descarnada realidad de estos sectores marginales, que han sido voraz bocado de mercaderes políticos, que no hicieron otra cosa que saciar sus apetitos, disfrazados de falsos profetas, cual bíblica narración.

Ha sido preocupación constante en mí, atender esta dolorosa realidad, pero, es obvio, no es mucho lo que hemos podido lograr, sin contar con los medios suficientes y la colaboración y sensibilidad del Gobierno Central.

Esta ilustre corporación cumple, con las limitaciones propias de nuestro sistema legal y capacidad presupuestaria, con los fines esenciales y funciones primordiales de servicio comunitario, más que por exigencias de la ley, por mi conciencia y principios morales, comprometidos con el pueblo guayaquileño que me ha elegido.

Pero necesitamos, además, la decisión política de su Gobierno, señor Presidente, para enfrentar con dureza y éxito terribles males que se suman a lo indicado; que pretenden hacer invivible esta pacífica comunidad; en resurgir del terrorismo y la delincuencia, tiene que ser aplastado, y en eso, sin ser inmodesto, cuando ejerciera quien habla la más alta magistratura que otorga la voluntad soberana del pueblo, hube de declarar como crímenes de lesa humanidad estos flagelos, y con firmeza, con voluntad patriótica, tuve que detenerlos.

Con esa amarga experiencia, pública y reiteradamente solicité y avizoraba la urgente necesidad de colaboración por parte de nuestras Fuerzas Armadas; la Policía Nacional, con una capacidad disminuida por extraños caprichos del mandante que me sucediera, no podía solo asumir esa responsabilidad, aun a costa de su propio sacrificio.

Hubieron de transcurrir más de dos meses para ser oído; cuánta sangre y paz ha costado este titubeo, y aún debo de reclamar, a nombre de Guayaquil, que se asignen recursos económicos y materiales suficientes para evitar el fracaso de esta franca y valiente acción, y aún debo requerir que se preste la colaboración para resolver el gravísimo problema de los vendedores informales que inundan las calles y veredas del centro de la ciudad. Son muchas las otras cosas en las que el Gobierno Nacional, con buen criterio, pudiera socorrernos.

Parecería así, señor Presidente, que se torna imprescindible acuñar nuevamente el lema "Guayaquil por Guayaquil". No cabe admitir que la más grande urbe del país, la que más

rentas no petroleras produce, la pujante y laboriosa, la altruista y afectuosa, tenga que vivir la constante humillación de mendigar, del poder central, la atención de sus rentas y solución de problemas de orden estatal.

La injusta distribución de la renta nacional, el centralismo burocrático enemigo de la modernización; las poses regionalistas, minan criminalmente nuestras justas aspiraciones de desarrollo, sin percatarse de que el bien afectado no es local, porque contra lo que están atentando son los objetivos nacionales permanentes.

No comprenden, acaso, que somos capaces de administrar debidamente nuestras propias rentas y manejar libremente nuestra estructura funcional. Urgen severas reformas, ora en la Ley de Contratación Pública, ora en la Ley de Régimen Municipal, en la Ley Orgánica de Administración Financiera y Control, y otras leyes más.

Exhorto, entonces, en esta oportunidad, a los honorables legisladores y a usted, señor Presidente, para que esta hora de hacer patria, con las reformas constitucionales, se interprete la voluntad popular, que clama, entre otras cosas, por una real y efectiva descentralización económica y administrativa en el país, por una desconcentración del poder central, por la privatización y optimización de ineficientes empresas estatales, por una verdadera seguridad social, por un nuevo contexto legal, más equitativo y justo, que integre verdaderamente a todos los ecuatorianos.

Es, sin duda, Guayaquil una metrópoli por el esfuerzo de sus hijos. En solo dos años de la actual administración municipal se ha mejorado la situación caótica en que estaba sumida la urbe huancavilca, esta Alcaldía ha comprendido que la mejor muestra de amor que puede profesar a su ciudad es con la entrega y atención de obras y servicios fundamentales.

Son la contratación del nuevo servicio de recolección de basura y manejo del relleno sanitario, por siete años, un logro más; junto a la rehabilitación y construcción de los sistemas de alcantarillado pluvial y sanitario, defendemos sin alardes, la salud de nuestra colectividad.

Gracias al aporte del pueblo guayaquileño, su comprensión y colaboración en el pago de sus impuestos y demás contribuciones tributarias; con un manejo honesto y técnico de las arcas municipales, muy a diferencia de administraciones pasadas y lejos del mal que agobia a muchas entidades del sector público, la corrupción administrativa, hemos previsto, para el presupuesto del año 95, invertir no más de un diez por ciento en gastos de personal, y lo restante, en adquisiciones, servicios y obras públicas en beneficio exclusivo de la comunidad del cantón.

No obstante, señor Presidente, distinguida concurrencia, hemos tenido que defender ante propios y extraños, ante grandes y pequeños, ante poderosos grupos económicos, que han pretendido, con un egoísmo aberrante, impedir que renazca Guayaquil; que impere el orden, normatividad jurídica, la ética, las buenas costumbres, el respeto al derecho ajeno, y, por sobre todo, el amor a nuestra libérrima ciudad; hemos tenido que defender, digo, la autonomía funcional, económica y administrativa de la Municipalidad, y evitar que se haga tabla rasa de sus legítimos intereses o se deteriore su actual estructura.

Con vehemencia hemos reclamado del poder central que se respeten los derechos que le asisten a la corporación municipal, para poder satisfacer a nuestra población la más mínima de sus necesidades.

Aunque considerando que tenemos un sistema judicial, que amerita urgentes cambios y profundas reformas; confiando en la majestad de la justicia, y en defensa del patrimonio municipal, hemos debido comparecer a duros juicios, asumiendo, como públicamente lo hemos sostenido, las obligaciones que por ley le corresponden a los organismos de control; distrayéndosenos parte del valioso tiempo, que abnegadamente entregamos, a costa de nuestra propia salud, al servicio de la ciudad.

Ya lo he dicho antes, no es de autoría mía, y lo repito: “¡La voz del pueblo es la voz de Dios!”; y con la ayuda de Dios y de este pueblo guayaquileño, por mil ancestros valiente, pujante y decidido, vamos a convertir a la señorial Guayaquil en la nueva Perla del Pacífico, emporio de progreso, cuna de indómitos guerreros.

Muchas gracias.



DISCURSO N° 11  
Julio 25 de 1995  
Salón de la Ciudad

**“...los hombres de esta ciudad nos ufanamos en proclamar que ¡A GUAYAQUIL NO LA DETIENE NADA!...”**

Señoras y señores:

En ocasiones similares a la que hoy conmemoramos, y que constituyen trascendentales circunstancias para que los hombres de Guayaquil podamos sentirnos ufanos de reafirmar el espíritu indomeñable que caracteriza a la urbe, he tenido a bien manifestar que el orgullo huancavilca radica en el hecho de saber, a conciencia plena, que lo que es hoy esta libérrima ciudad, ha sido logrado con el diario, permanente e indeclinable esfuerzo de sus hijos.

Guayaquil es un conglomerado que responde históricamente a una tradición de esfuerzo permanente; y ese esfuerzo, que fundamentalmente ha estado dirigido a vencer los avatares que con cierta frecuencia nos han perturbado y a conseguir que la ciudad fragüe bases firmes y sólidas en donde asentar su adelanto, también ha significado que los hombres de Guayaquil, desde el día mismo en que se asentaron en el Cerro de la Culata, hayan consagrado sus desvelos, empeñados por el bien de la patria.

Guayaquil, desde siempre, se ha hallado íntimamente vinculada con las causas de la nación: la urbe se debe por entero al Ecuador y se entrega generosa y patrióticamente en la resolución de sus grandes causas, como cientos de ejemplos perviven en su historia, sin cálculos ni egoísmos. De igual manera que, para la resolución de sus fundamentales problemas, se basta por sí sola.

Por todo esto, señor Presidente, los hombres de esta ciudad nos ufanamos en proclamar que ¡A GUAYAQUIL NO LA DETIENE NADA!

En esta vasta comarca, que se extiende al pie del río, su progreso ha gestado entre el fuego y el fango: entre el fuego incandescente que viene fraguando, desde siempre, el espíritu de sus hijos y que identifica con singulares caracteres las peculiaridades de un espíritu superior, que ha orientado, orienta e impulsa las grandes causas de la patria; y el fango que ha tenido que superar y vencer, para sentar los sólidos cimientos de su progreso, desde donde se alza insuperada como ejemplo del tesón de sus hijos.

Fuego y fango, singular paradoja, que señala, encumbra e inmortaliza el alma guayaquileña. Fuego y fango, aparente antítesis de una heroica, convertida en peculiar simbiosis de la cual surge y se levanta por sobre los horizontes de la patria una actitud, una resolución, un afán de vencer, que nacidos en las faldas de aquel Cerrito Verde, en 1535, se proyecta perdurable hacia los confines de la posteridad, como símbolo de una prosapia que ha nacido para vencer. Fango y fuego, fuego y fango, que como dos polos circundantes, abarcan la acción de hombres cuyas peculiaridades se mantienen inextinguibles a través de siglos de existencia. En fin, fuego y fango, en polarizada acción, señor Presidente de la República,

que han templado el alma de los guayaquileños y que se subsumen en la acción de vencer guiados por la fulgurante decisión de un espíritu indomable.

Es digno de ser anotado lo que Guayaquil constituye para los ecuatorianos: desde todos los confines de la patria recibimos el inexhausto peregrinaje de hombres que transitan en pos de la esperanza. Guayaquil los acoge fraternalmente, con la generosidad que la caracteriza y, a poco, esos hombres y mujeres de otros lares, contagiados por el espíritu de la urbe, se convierten en recalcitrantes guayaquileños que asumen como cosa propia las justas causas de la ciudad. La migración no está conformada por extraños con ánimo de tránsito temporal. Está conformada por seres humanos que responden, casi instintivamente, a la necesidad de supervivir; y lo logran y, al hacerlo, se confunden y unimisman con las características del espíritu de los guayaquileños.

Guayaquil es un emporio de trabajo. Es una fuente de riqueza. Es una suma de ideales. Es una conjunción de voluntades. Es una atalaya que avizora. Es una trinchera de lucha. Es un abrazo que confraterniza. Es una mano extendida que ayuda. Es una voz que alerta. Es una admonición que previene. Es un guardián listo a empeñarse en la defensa de los más altos valores.

Y cosa curiosa, que Guayaquil, así como se halla ubicada a la cabeza de las actividades productivas creadoras de riqueza, jamás se ha encontrado rezagada en la acción reivindicadora que salva a la patria en sus peores momentos. Por lo contrario, su destello alumbra e ilumina, señala rutas, endereza entuertos y constituye luz incandescente que descubre metas.

Durante décadas, señor Presidente de la República, los hombres de Guayaquil tuvimos que darnos por satisfechos, en actitud casi contemplativa, admirando la obra municipal de otros lugares de la patria. Ahora, Guayaquil y sus hijos se ufanan de su propia acción que conquista su progreso y adelanto. Guayaquil está cambiando. La urbe siempre preterida, ya no es más la ciudad que no posee medios para autoabastecerse. Ahora, con sus propias rentas, producto de una denodada acción de depuración y ordenamiento de sus finanzas, ha comenzado a plasmar su propio desarrollo; y, con la asistencia de los exiguos aportes extrapresupuestarios del Estado, está logrando vencer endémicos males que, así como la afectan, afectan a la nación toda que confluye a Guayaquil.

Porque en Guayaquil, cuando se rellena un pantano o se ilumina un barrio o se pavimenta una calle o se construye un distribuidor de tráfico, así como se está solucionando un problema local de vital importancia así, también, se está proporcionando medios de vida a la República entera, pues, hombres de toda la República, sin distingo de provincias, han encontrado medios de subsistencia, están poblando y multiplicándose en Guayaquil para adquirir el pan que alimenta a sus hijos.

Sería extraordinariamente largo que, en esta solemne ocasión, me dedique a realizar el inventario de lo que ha constituido la acción municipal de este solo año. Empero, esta respetabilísima audiencia tendrá que coincidir conmigo que, a manera de parcial rendición de cuentas, en el plano de las realizaciones materiales, me permita enumerar unos tantos ejemplos.

La labor legislativa que le corresponde al Concejo Municipal ha sido vasta y fructífera, así como a la fecha gozan de plena vigencia las ordenanzas municipales que ciñen la labor de construcción de edificaciones, a las normas que corresponden a un desarrollo ordenado de la ciudad, asimismo, la Ordenanza de Gasolineras y Estaciones de Servicio está llamada a regular el establecimiento de un servicio público indispensable, acorde con las necesidades del ornato y de la técnica moderna. Y en este ramo de la actividad municipal, debo aclarar que nos llena de satisfacción el haber podido legislar, por primera vez en la historia de la ciudad, dictando normas que benefician, asistan y promuevan la necesaria actividad cultural de esta urbe que nunca descuidó las actividades del intelecto.

Dadas las características del alma guayaquileña, a la comunidad no le pasa desapercibido el ambiente de preocupante intranquilidad que en estas precisas horas agobia el país. Es como que si los vientos de disolución que azotan lejanas latitudes del orbe estuvieran encaminando sus rumbos con intenciones de socavar los cimientos mismos de la República. Por eso, y sin abandonar el optimismo con que debemos afrontar el futuro, es preciso que mantengamos en nuestra mente la sentencia de Ignacio Ramonet que, desarrollada como para que tenga plena vigencia entre los ecuatorianos de hoy, reza así: “La democracia es esencialmente un proyecto ético, fundado sobre un sistema de valores sociales y morales que dan sentido al ejercicio del poder, y cuando el mercantilismo se extiende, y cuando aumentan la codicia y el cinismo y se generaliza la corrupción, el Estado sucumbe”.

El Ecuador, que es un país con una tradición de honor, señor Presidente de la República, no ha abandonado ni abandonará jamás la prevalencia de los conceptos éticos que rigen desde siempre la República. Los vientos de disolución tendrán que apartarse de nuestros lares y desvanecerse en el espacio infinito, así como fracasa el aparentemente invencible impulso del mar cuando tropieza la monolítica entereza de la roca. Lo garantizan los limpios antecedentes de su propia integridad de Mandatario y la ineludible decisión de Guayaquil, que jamás ha dejado de estar presta para enseñarse, a la hora precisa, en la defensa de las más nobles causas de la patria.

En los días anteriores a la celebración de esta magna fecha, he debido necesariamente dedicarme a recorrer los confines de esta ciudad, para comprobar la marcha acelerada de las obras que nos hemos propuesto y que estamos llevando a cabo con la mayor responsabilidad y patriotismo. Mi paso por los barrios y las calles de mi ciudad, tanto en las zonas centrales como en las alejadas, ha sido entusiastamente saludado con el afecto y entusiasmo de mis conciudadanos, que con la ilimitada generosidad que los caracteriza, han vuelto a repetir aquella frase coreada en la oportunidad de un pasado cercano, que tradujo y sintetizó la esperanza popular: “Con León sí se puede”, han manifestado los habitantes de la ciudad, para aplaudir la obra municipal. Esas expresiones de magnánimo reconocimiento, han permitido que, de mi parte, en acto de emocionada, sincera y profunda renovación de fe en los auténticos valores de la ecuatorianidad, en mi espíritu compenetrado por los anhelos populares, se eleve la voz de “Con Guayaquil sí se puede”, que con plena validez y vigencia, reafirma, en un día como hoy, la invencible decisión de una nación convencida, que con su lucha alcanzará la cumplida culminación de sus más caros y legítimos anhelos.

Muchas gracias.

DISCURSO N° 12  
Octubre 9 de 1995  
Salón de la Ciudad

***“...gracias por vuestra generosidad.... con que correspondéis a lo que, de mi parte, no representa sino el deber de un guayaquileño, que se siente orgulloso de ser conciudadano de aquellos que en mil batallas han probado tener madera de guerrero...”***

¡Os saludo, guayaquileños!

El celeste y blanco de octubre, nuestra gran divisa de honor y gloria, se ha vuelto a enarbolar en lo más alto de nuestra identidad ciudadana.

Los próceres de nuestra libertad pueden sentirse ufanos: hay una “Fragua de Vulcano” ardiendo en cada casa guayaquileña; el sol de octubre se sigue levantando en la ría y se sigue durmiendo en el estero; la obra de hierro y cemento lleva dentro el invencible corazón de esta pléyade humana, a la que le hemos entregado los mayores esfuerzos y los mejores alientos, en el afán de servirla y engrandecerla.

Ayer no más aceptamos un reto que algunos no se explicaban. La alta cumbre de poder constitucional a la que nos llevó la voluntad del pueblo, parecía obstáculo que podría detener mi vocación de ciudadano y de servicio, y no lo fue porque comprendimos que el corazón de la patria, este Guayaquil de nuestros ensueños, estaba en peligro de sucumbir y que bien valía la pena jugárselo todo, todo, hasta la vida, y darse por entero a la fatigosa, pero inexcusable tarea de volver a liberar a la ciudad que en 1820 recibió las luces y el valor de sus mejores hijos.

Si entonces se luchó por la consecución de la libertad política de Guayaquil, hoy lo hemos hecho para sacarla definitivamente de la postración a la que la sometieron desventurados opresores que conspiraron, con ruindad sin límites, enajenando su presente y su futuro.

Una vez más hemos demostrado de lo que somos capaces cuando escuchamos el clarín que nos convoca a la lucha; y si ayer subimos hasta el gran Pichincha al grito de “Guayaquil por la patria” y triunfamos, hoy hemos ido del norte al sur y del este al oeste de nuestra urbe reconstruyendo, construyendo, liberándonos de la basura y del subdesarrollo, del desorden y del quemeimportismo, para demostrarnos y demostrarle al país y al mundo que aquí hay un pueblo que no soporta cadenas, que hace respetar sus derechos y que cumple hasta el sacrificio con sus obligaciones.

Sin embargo, nada pudiera haber hecho sin vuestro contingente, nada sin vuestro apoyo, nada sin vuestra comprensión.

Este es el último 9 de octubre que, cumpliendo con el mandato con el que me habéis ungido, me toca la oportunidad de hablaros, conciudadanos, como vuestro Alcalde; y quiero

aprovecharla para entrar a cada uno de los corazones de todos vosotros, para decir de guayaquileño a guayaquileño, la gran angustia que siento por el presente y futuro de nuestra patria. La diatriba insolente y procaz se está usando para ofender y faltar a la verdad. Se está intentando calumniar y enlodarlo todo, sin prueba alguna. Traidores y cobardes, prevalidos de posiciones a las que llegaron engañando a los ecuatorianos, no titubean en presentarse como reformadores y, en el colmo del cinismo, se toman el nombre de Dios, para, faltando a la verdad, tratar de confundir a un pueblo noble, al que lo tienen sometido a los más terribles impuestos, a los peores servicios y a la mayor e inmisericorde desocupación y hambre, cuando se sienten descubiertos, por la aplastante mayoría de los ecuatorianos, en sus viles e inicuos proceder de irrespeto a los dineros del pueblo, con actos que afectan, por sus altas magistraturas, al honor nacional.

Vivimos la hora de la confabulación de los cuervos. De los cuervos que alimenté con generosidad y de los que ahora resisto su acometida con desprecio.

Son esos cuervos los que han cometido los delitos, son ellos los que han revoloteado, agoreros, sobre los dineros sagrados de la patria, mientras que los sectores mayoritarios de ecuatorianos, que comprenden a los más importantes núcleos del país, solidarizándose con la inmolación de sus soldados, estaban prestos a entregar lo mejor de sus vidas en la defensa de la patria; como prestos estuvieron para cumplir con las exigencias de contribuciones extraordinarias que con ese propósito se les hizo. Y me angustia, guayaquileños, el ver cómo unos cuantos votos, conseguidos con el mismo dinero que vosotros aportáis con sacrificio, han puesto en riesgo la suerte de castigo que merecen los que tanto daño le han hecho al honor y dignidad de la República.

Pareciera que todos los principios van a ser sepultados, aunque tengo la esperanza de que en toda sociedad quede un Diógenes que haga que la luz de la verdad y el peso de la ley rescaten la dignidad de la nación, y por supuesto que tengo fe en vosotros, a quienes no van engañar ni van a poder acallar.

En este ambiente, donde la antipatria parece entronizarse, temo por la obra en la que hemos avanzado, que debéis defender con todas vuestras fuerzas, porque os ha costado a vosotros, guayaquileños, temo por los pasos a desnivel, las avenidas, los parques, el relleno y los servicios con que hoy contamos, porque son producto de vuestra gran contribución. Temo por los dineros de las arcas municipales, sacrificadamente obtenidos y mantenidos con desvelo. Temo por el futuro de las obras proyectadas, concebidas para afianzar el futuro desarrollo de la ciudad. Temo por los habitantes de esta ciudad, que habían retomado la confianza en sus autoridades seccionales. Temo por Guayaquil, convertido otra vez en víctima de sus más voraces depredadores. Sí, guayaquileños, nos ha costado mucho romper esquemas de ignominia y de retardo; nos ha costado mucho vencer las incomprendiones, los prejuicios, las confabulaciones, que hasta ayer no más mantuvieron a Guayaquil postergada.

Confío en vosotros, por supuesto; y os convoco, desde ya, a la resistencia para, precautelando los más altos valores e intereses de Guayaquil, librar la gran batalla que se avecina en la que nuevamente estarán en juego los principios por los que vosotros tomasteis la decisión de apoyarme y que aseguran el futuro de vuestros hijos.

Nos toca vivir horas difíciles y debemos estar preparados para dar el gran combate contra los que intentan quitarnos hasta la dignidad, cuando ya quitaron y se repartieron el pan de los ecuatorianos.

Por ello, al abrazaros desde este sillón de Olmedo, Pedro Carbo y Estrada, os digo gracias por vuestra generosidad y por las tantas demostraciones de afecto con que correspondéis a lo que, de mi parte, no representa sino el deber de un guayaquileño, que se siente orgulloso de ser conciudadano de aquellos que en mil batallas han probado tener madera de guerrero.

No hay momento más propicio que este, el 9 de Octubre, el día de la libertad; que este, el día del valor, para rendir homenaje en forma pública y como Alcalde de mi ciudad y en nombre de ella, a las Fuerzas Armadas del Ecuador, a los hombres que en lo alto del Cenepa murieron heroicamente haciendo respetar nuestra heredad y nuestros derechos, a sus hogares en todas las latitudes del país, a sus viudas y a sus hijos, a sus compañeros de lucha y sacrificio, a todos los que jamás arriarán la enseña del honor nacional.

Momento propicio también para que la Ilustre Municipalidad rinda tributo a un gran luchador por Guayaquil, don Julio Estrada Ycaza, incansable y legendario de la defensa de los legítimos intereses de la ciudad de octubre, cuya trayectoria de ciudadano emérito debe servir de ejemplo de lo que representa el amar a Guayaquil, el defender sus tradiciones, el preservar el honor y la dignidad de la ínclita Guayaquil.

En julio os hablé de ese fatalismo que, al enfrentarlo, ha ceñido de laureles a los habitantes de esta urbe, triunfadores de la lucha contra el fango y el fuego. Permítaseme hoy, cuando celebramos un año más de la gesta de Octubre, rendir homenaje a vuestra vocación libertadora, que no puede amilanarse ni dar paso a los incapaces que, encaramándose en las más altas posiciones políticas del país, lo mantienen en la oscuridad y carestía, vocación que no puede desmayar porque, para que la patria no se derrumbe ante la corrupción, para vencer esta actual e ignominiosa nueva forma de esclavitud, va a ser necesario siempre la presencia valerosa del honrado pueblo guayaquileño, diciéndole que no a los que pretenden envilecer nuestra historia y avergonzarnos ante la generación de hoy y de mañana.

Seguid, guayaquileños, seguid creyendo en vuestro Dios; seguid sirviendo a vuestra patria; seguid inculcando a vuestros hijos los principios del honor y la dignidad; seguid reconociendo y rechazando a los enemigos de vuestro progreso; seguid defendiendo vuestras conquistas; seguid amando vuestros amores y dejad que, unido a vosotros, yo siga honrado de la suerte de sentirme un buen guayaquileño.

Hagamos que cada minuto de nuestras vidas sean sesenta segundos de esfuerzo supremo para seguir luchando por los ideales que nos legaron nuestros padres; mirando con respeto el pasado y recorriendo nuestros barrios y nuestras calles, cuyos nombres van a inspirarnos siempre, fortaleciendo nuestro espíritu y levantando nuestro corazón.

Colmad las avenidas y los parques de vuestro entusiasmo y decisión, y seguid llevando el pan honesto con vuestro trabajo a vuestros hogares, allí donde os esperan vuestras mujeres y vuestros hijos, a los que hoy convoco a exclamar en gran demostración de unidad y de fe: VIVA EL 9 DE OCTUBRE, VIVA GUAYAQUIL, LIBÉRRIMA Y LIBERTADORA.

DISCURSO N° 13  
Diciembre 9 de 1995  
Plaza de San Francisco

***“...Lo que hemos logrado en Guayaquil, no lo vamos a dejar perder; es vuestro triunfo; defendedlo, como lo he hecho yo, aun a riesgo de la vida...”***

Hace sólo 12 años, en esta misma plaza, tañeron las campanas uniéndose al grito: “La esperanza está de pie”, que lanzaron miles de ecuatorianos, que respaldaron mi propuesta de reconstrucción nacional.

Antes y después, os he servido ecuatorianos, os he servido guayaquileños, con la fuerza de mi vida, con el coraje y la estirpe que caracterizan a quienes nacimos en esta tierra de rebeldía y trabajo. Y hoy, aquí está una vez más la ciudad de Octubre, esta noble y gran ciudad de Guayaquil, con una nueva cara, limpia, orgullosa y digna; aquí está vuestra indomable decisión de respaldar nuestra causa, convencidos de que, con decisión y fe, se puede reencauzar la República, que hoy zozobra entre la inmoralidad y la ineptitud.

Sí, compatriotas, yo comprendo vuestra angustia. ¡Cuánto daño se os ha hecho en estos años de desgobierno! ¡Cuánto se retrocedió en la búsqueda de vuestro bienestar!

Os han empobrecido, os han engañado, os han avergonzado, pero podéis estar seguros de que vosotros, no sois dignos de esta suerte.

El pueblo ecuatoriano, que llenó de sangre y gloria las márgenes del Cenepa, es un pueblo al que no se puede vencer jamás.

Hoy, no hemos venido a señalar culpables; hoy no vamos a dejar que la indignación nos confunda y divida; porque para salir del profundo abismo al que nos han conducido, hará falta la unión de todas las voluntades no comprometidas con el desastre que han provocado la soberbia de un deshonesto y la indecisión de un abúlico.

Hace pocos días, vosotros, guayaquileños, habéis dado una muestra de madurez cívica, sin precedentes, que os viene caracterizando, al no haberse dejado arrastrar por la natural indignación que ha producido en la República la ineficacia y la inmoralidad de un Gobierno indolente, que está liquidando al Ecuador. Claro que provoca votar NO, rechazando al Gobierno Nacional; claro que se confundió al país con campañas tendenciosas, pero estoy convencido de que en otras circunstancias, la gran mayoría de ustedes, de ecuatorianos, hubieran contestado Sí, porque todos queremos la descentralización administrativa, que no se paralicen los servicios públicos, que se despolitice la justicia.

El que vosotros, guayaquileños votarais Sí, tampoco representa que estéis con el Gobierno, sino que vosotros sabéis que, por encima de los Gobiernos, malos o buenos, está el futuro de la patria, que es el que nos debe importar, porque de ello depende el mañana de nuestros hijos.

Nadie tiene derecho a sentirse triunfador por este acto de protesta política, como tampoco nos sentimos nosotros dueños de vuestra decisión por el Sí.

Ya vendrán horas mejores y el pueblo ecuatoriano, con vosotros a la cabeza, votará por los cambios profundos que el país necesita, si quiere enfrentar el desafío de los tiempos.

Nuestro ánimo buscará siempre la conciliación, porque no existe mejor forma de vivir que la paz, y esta solamente se logra con el acuerdo de voluntades, deponiendo actitudes de violencia y de enfrentamientos inútiles; sin embargo, que no se confundan, aquellos sectarios y extremistas, creyendo que hemos perdido el vigor y la capacidad de respuesta.

Debéis manteneros en vigilia, para rechazar a quienes, sin respaldo del favor popular, anden buscando cómo poner obstáculos, cómo levantar calumnias, cómo engañar y confundir al país, en el afán de derrotar la voluntad popular que, abrumadoramente, está respaldando nuestros enunciados.

Bien me conocéis y sabéis que mi lucha ha sido y será en favor de las justas aspiraciones del pueblo ecuatoriano, y en esa línea estaré mientras me quede aliento.

Lo que hemos logrado en Guayaquil no lo vamos a dejar perder; es vuestro triunfo; defendedlo, como lo he hecho yo, aun a riesgo de la vida.

Yo puedo asegurar que todo será posible, si vosotros no desmayáis, si cada uno de nosotros se entrega a la causa de la nación.

Depongamos egoísmos y odios; restañemos heridas con el sudor del trabajo que enorgullece y construye; hagamos una profunda propuesta de enmendar lo que por acción hayamos hecho mal; o por omisión no hayamos hecho, y avancemos, compatriotas; avancemos, guayaquileños, envueltos en el tricolor nacional, en búsqueda de un Ecuador mejor, para vosotros y vuestros hijos.

Que la Providencia nos ilumine, ecuatorianos.



DISCURSO N° 14  
Julio 25 de 1996  
Salón de la Ciudad

***“...A vosotros, guayaquileños, voy a rendir siempre cuentas y no habrá poder en el mundo, mientras tenga vida, que me desvíe, desde cualquier posición en que me encuentre, de estar a vuestro servicio...”***

Señoras y señores:

Así como la familia es la célula primigenia de la sociedad, la ciudad es el gran soporte de la estructuración territorial y política de esa sociedad.

La ciudad es la villa que ha logrado su más alta expresión, es el marco referencial en donde existen los elementos que permiten al hombre, a la familia, conjugarse en sus mejores vivencias y afianzarse en sus derechos, al tiempo que implica una fragua en la que se afirma permanentemente la identidad nacional.

Por ello, justamente, porque estas condiciones se reúnen en este Guayaquil nuestro, es que orgullosamente podemos sentirnos parte de una ciudad, a la que estamos obligados a convertir en una gran ciudad, que pese a absorber problemas migratorios del resto del país, dada la terrible tragedia que vive el campo ecuatoriano, que pese también a tener que ser víctima de políticas centralistas, que crean situaciones de desequilibrio e injusticia, está saliendo adelante, para bien de la nación y para orgullo de quienes en ella habitan.

Bien se puede identificar al Guayaquil, cuyo aniversario de fundación hoy celebramos alborozados, con una vista del Malecón que bordea nuestra ría, o tal vez con nuestro legionario Cerro del Carmen o con los brazos del Salado, el Reloj Público, las torres de la Catedral, pero sin duda que nadie puede representar mejor a Guayaquil, que el corazón valiente y generoso de los guayaquileños, del hombre y la mujer de esta ciudad pujante, a los que hoy una vez más rindo homenaje de admiración y gratitud.

De admiración, porque son seres a quienes nada los arredra, porque han sabido, a través de la historia, desafiar la adversidad, sobreponerse al pantano y luchar contra el incendio, poner en fuga los piratas, fundar y refundar sobre los escombros y ser una y otra vez gran bandera de los más altos intereses de la patria. De gratitud, porque a vosotros debo, conciudadanos, el privilegio de poder servir desde este alto y honroso sitio en que vuestra voluntad y confianza me han colocado.

A vosotros, guayaquileños, voy a rendir siempre cuentas y no habrá poder en el mundo, mientras tenga vida, que me desvíe, desde cualquier posición en que me encuentre, de estar a vuestro servicio.

Tened la seguridad, guayaquileños, de que vosotros y yo estaremos siempre por encima del querer o malquerer político, de las pasiones justas o injustas y no permitiremos jamás que nuestro esfuerzo y nuestro sacrificio, que todo aquello que hemos logrado reconstruir y construir, sea objeto y menos aun botín de enfrentamientos políticos o de pírricas victorias.

Guayaquil está por encima de todo eso, por encima de los que han perdido una batalla, o de los que han ganado muchas; Guayaquil nos exige a todos y todos estamos obligados a poner lo mejor de nosotros, sin interponer, incluso, irreconciliables posiciones personales y diferencias ideológicas insalvables, para lograr el bienestar y la grandeza de esta ciudad enamorada de la libertad, a la que tanto le debemos y a la que jamás nos cansaremos de agradecerle el habernos permitido ser niños, jugando en sus parques y en sus plazas, y hacernos hombres en el franco y tropical calor de sus portales de sombra, y de sus calles de sol y de trabajo.

A Guayaquil la vamos a seguir representando y administrando con honradez y eficacia; vamos a seguir llegando con la obra redentora a los sectores marginales, donde hay un pueblo ansioso de bienestar, clamando por la satisfacción de necesidades impostergables; vamos a intentar darle una fisonomía diferente a los mercados, vamos a trabajar en todos los frentes y vamos a poner a consideración de los organismos del Estado los grandes proyectos que requiere Guayaquil, para incorporarse al progreso acelerado que los tiempos y las circunstancias exigen.

Podéis estar seguros de que, tratándose de Guayaquil, y de las obras fundamentales e indispensables para su desarrollo, y para plasmar el bienestar de sus ciudadanos, de esas obras que forman parte del anhelo y la esperanza que por décadas hemos tenido sus habitantes, no existe razón para pensar en una división de criterios entre guayaquileños, ya que las naturales, conocidas y hasta justificadas divergencias políticas, tendrán que estar por debajo de lo que más le conviene a nuestra ciudad y de lo que más necesita su población.

Permítaseme aquí, en acto de estricta justicia, agradecer al señor Presidente Constitucional de la República, Arq. Sixto Durán Ballén, por haber atendido los indispensables requerimientos de esta Municipalidad, dentro de los señalamientos que la ley dispone; igual gesto en nombre de la ciudad extendiendo a los funcionarios del Gobierno, que, sensibles a los lacerantes problemas que a Guayaquil acosan, actuaron diligentemente haciendo posible un acelerado proceso de obras y servicios para la ciudad.

Quiero resaltar también la cooperación del cuerpo edilicio, de los dignatarios y funcionarios municipales y todos los que laboran con sentido de responsabilidad y civismo dentro de la institución municipal.

Esta administración municipal, que ha recibido a través de mi reelección el multitudinario respaldo de los guayaquileños, se ha ganado el derecho a ser respetada, no sólo por el hecho de la existencia de la autonomía, inserta en la norma constitucional, sino fundamentalmente porque hemos trabajado con seriedad y porque hemos rechazado, y al igual que rechazaremos, todo lo que pueda atentar contra la dignidad de esta ciudad altiva, abierta y generosa, pero valiente y rebelde, cuando de preservar sus derechos se trata.

Quiero en esta oportunidad, tan propicia como que se trata de la fiesta de fundación de la ciudad, pedir a todos los guayaquileños mantener en alto su fe y su optimismo por días mejores para la patria ecuatoriana; seguid siendo atalayas y visionarios de un futuro promisorio para nuestros hijos y, fundamentalmente, no desmayar jamás en la defensa de sus conquistas ciudadanas.

Vamos a respetar y hacernos respetar, vamos a seguir luchando por elevar el nivel de vida de nuestra gente, y vamos a seguir admirando desde lo más alto del cerro de nuestra fundación, la belleza de nuestro río y nuestro mar, la gracia y las virtudes de nuestras mujeres, el pundonor y el espíritu de trabajo de nuestros hombres.

Dejadme que cierre mi intervención rindiendo homenaje a Guayaquil de mis amores repitiendo en alta voz las décimas con que nuestro gran vate, el padre Aguirre, exaltó a la ciudad de nuestro corazón:

Guayaquil, tierra preciosa,  
de la América guirnalda,  
de tierra bella y esmeralda,  
y del mar perla preciosa,  
cuya costa poderosa  
encierra en tesoros tanto  
que con suavísimo encanto,  
entre nácares divisa,  
congelada en bella risa,  
lo que el alba vierte en llanto.

Gracias.

DISCURSO N° 15  
Octubre 9 de 1996  
Salón de la Ciudad

***“... ¿Quién os ha ganado a vosotros en filantropía, guayaquileños? ¿Quién ha sabido ser solidario, mejor que las mujeres y hombres de esta ciudad?...”***

¿Qué os puedo decir, guayaquileños, que no os haya dicho ya? Cuántas veces hemos invocado a nuestro río Guayas, espejo donde cada mañana se domicilia el sol de nuestras esperanzas y nuestras energías, y en donde cada noche ríe la luna enamorada de nuestros sueños.

Cuántas veces nos hemos referido a nuestro cerro fundador y sus cañones de gloria y su presencia de gradas y techos que parecen brotar de las pinturas de algún cuadro de nuestros artistas, este cerro nuestro, cargado de historias y de glorias; a nuestras calles a las que hemos dado ornato y obras como jamás antes en la historia de la ciudad se lo había hecho; a nuestros sectores suburbanos en donde una gran parte de Guayaquil se va incorporando, con dificultad, pero sostenidamente, a la ciudadana tarea de ver llegar junto al relleno, el pavimento, los servicios y la limpieza.

Sí, guayaquileños, hemos hablado en cada oportunidad que hemos tenido de los problemas de la ciudad, de sus anécdotas llenas de color y alegría, de la permanente postergación a la que hemos sido sometidos por un centralismo que atenta contra la unidad nacional, y que tiene que ser modificado para que todas las regiones de la patria se sientan satisfechas de formar parte de una acción política conjunta en la que todos colaboremos para el engrandecimiento del Ecuador y su desarrollo.

Os he dicho también que Guayaquil estaría por encima de los intereses, las rivalidades, los compromisos de partidos y las rencillas viejas o nuevas, cuando estas no atañen al destino de la ciudad y justamente aquí, estoy demostrándolo.

Debemos decirle sí a los requerimientos de Guayaquil, a sus necesidades más vitales, a sus obras más urgentes, para que, realizando sus fiestas de emancipación, busquemos y encontremos solución a los graves problemas que aún quedan por solucionar, si queremos realmente entrar al nuevo siglo con prestancia y dignidad.

A Guayaquil, y con mayor razón a su Alcalde, sólo le atemoriza y preocupa el no poder cumplir con las aspiraciones, que nacen de su crecimiento sin límites de los recursos y los servicios.

El Gobierno Nacional, señor Presidente, tiene obligaciones de atención para con todas las regiones de la patria y, fundamentalmente, para con Guayaquil, que tanto aporta al erario nacional. Aceptarlo, como ecuatoriano y guayaquileño, y encontrar las fórmulas que permitan su mejor implementación, abona en favor de la alta y delicada misión que recae sobre sus hombros.

Guayaquil está anhelante de que se comprendan sus imprescindibles necesidades y se le proporcionen los medios para poder seguir construyendo su presente y su futuro.

La gran historia de libertad y dignidad en la que se ha fraguado Guayaquil, le permite estar siempre por encima de los partidos y de los hombres. El pabellón de Octubre no tiene más colores que el azul y el blanco, que desde siempre han representado la hidalguía y el espíritu de los guayaquileños y sus estrellas brillan por el esfuerzo propio de quienes le han servido con la lealtad que exige su inmenso corazón, volcado al mar y al mundo, a través de nuestro río y de los canales del Salado.

Es a ese corazón grande de guayaquileños al que quiero hablarle esta tarde, en que celebramos con profunda emoción las efemérides de nuestra fecha libertaria, porque si a la obra de cemento y hierro, si al relleno y al asfalto, si a los servicios y a los parques, si a los mercados y a los monumentos, si a lo social, no se le pone preocupación y amor ciudadano, de nada habrá servido el esfuerzo, y habríamos trabajado en vano.

Yo tengo fe en ustedes, guayaquileños, porque habéis sido y seguiréis siendo expresión de rebeldía, de justicia, caldero de sentimientos donde se han encendido las grandes gestas de la nación.

¿Quién os ha ganado a vosotros en filantropía, guayaquileños? ¿Quién ha sabido ser solidario, mejor que las mujeres y hombres de esta ciudad? ¿Dónde mejor que en Guayaquil, se rinde honor a la sinceridad y a la amistad?, vosotros, guayaquileños, habéis sido elegidos para las más nobles y las más graves y difíciles tareas, y por ello tengo confianza en que el gran esfuerzo municipal va a perdurar, porque mi compromiso lo estoy trasladando a ustedes, para que sea el de todos, para que cada habitante asuma con responsabilidad el importante rol de ser protagonista de un Guayaquil renovado, de un orgulloso y pujante Guayaquil.

Podéis estar seguros, guayaquileños, que vuestro Alcalde no desmayará, que vamos a seguir transformando la ciudad con la sobriedad y la austeridad que han sido características de esta administración municipal; con la firmeza y energía que he mantenido y de la que he dado prueba, a lo largo de mi ya extensa vida de servicio a la República.

Guayaquil representa a la nación entera; aquí vienen, y el Gobierno Nacional lo sabe, hombres y mujeres de todas las latitudes del país, en busca del ingreso que les permitía sobrevivir. El éxodo del campo a la ciudad ha sido un factor gravitante en la presencia de esos cinturones marginales, en donde las necesidades y la miseria son un drama de incalculables proporciones.

Por ello lo que se haga por Guayaquil, se lo hace por el país entero, porque quienes reciben los servicios y se benefician de las mejoras son los millares de ecuatorianos, que no pudiendo encontrar trabajos y techo en otras latitudes de la patria, acuden a Guayaquil, que generosa y hospitalaria los alberga.

A los múltiples problemas que a Guayaquil agobian, se suma el de la inseguridad, producto del auge de la delincuencia, que ha llegado a niveles alarmantes en los últimos tiempos,

haciendo sumamente difícil y hasta peligrosa, la vida de nuestros conciudadanos, la seguridad de sus negocios, la tranquilidad de sus hogares y la conservación de sus bienes.

He sostenido, y sostendré siempre, que el mejor beneficio que se le puede proporcionar a la ciudad, es el de la seguridad, y sea esta la oportunidad de rendir tributo a la actitud heroica y esforzada de la Policía Nacional y de las Fuerzas Armadas, cuando estas han sido llamadas a velar por el orden interno del país, a luchar contra el crimen organizado, provenga de donde provenga, cumpliendo no sólo con los mandatos constitucionales, sino también con los derechos humanos, que lo son antes que de nadie, de los ciudadanos que viven bajo el imperio de la ley, buscan la paz, y contribuyen con su trabajo y sus desvelos al desarrollo justo de nuestras comunidades.

Cuando acepté la candidatura a la Alcaldía de Guayaquil, luego de un primer período de sacrificios, en el que puse en riesgo hasta la vida, lo hice diciendo que: "Aún tenemos mucho por hacer"; esa es la verdad, guayaquileños, y os puedo asegurar también que, cuando termine este segundo mandato, habrá mucho por hacer todavía, y que otros, que con probidad y espíritu de servicio tendrán que continuar la obra, por lo que yo os pido de corazón que inculquéis a vuestros hijos ese amor por la ciudad, sin el cual no se podrá acometer la gran empresa de llevar adelante la ciudad de Octubre, adelante, libre y soberana, como la quiso el prócer León de Febres-Cordero, como la quiso José Joaquín de Olmedo, su primer Alcalde; como lo soñó Rocafuerte, adelante; digna y valerosa, como la ha sentido su Alcalde de hoy, León Febres-Cordero; airosa y gentil, como la han cantado sus poetas; ardiente y cariñosa, como sus guayaquileñas bonitas; brava y altiva, con su madera de guerrero, comprometida con la lucha y la victoria.

Hace pocos minutos resaltábamos la labor filantrópica y altruista de la Honorable Junta de Beneficencia de Guayaquil, por su invaluable contribución a la ciudad y por haber iniciado la construcción del Hospital del Niño, y condecoramos al mérito cívico su noble estandarte; ahora, queremos invitar a todos los que vivimos en este Guayaquil de prosa y de leyenda, a que, empujados en lo más alto de la Columna de Octubre, sigamos defendiendo por siempre y para siempre nuestras libertades.

¡Viva Guayaquil, viva el Ecuador!

DISCURSO N° 16  
Enero 30 de 1997  
Presentación Proyecto Malecón 2000

***“...hoy vamos a empezar a realizar el gran sueño de los guayaquileños, la obra cumbre de Guayaquil de hoy, el Malecón 2000...”***

Conciudadanos y amigos:

Yo quiero creer que vuestra presencia en este salón responde, no sólo a mi llamado, sino a la gran voz de nuestro río, con el que hoy nos vamos a reencontrar, para darle el marco que merece, su eterna presencia como principal animador de la trayectoria histórica de Guayaquil.

Sí, señores, hoy vamos a empezar a realizar el gran sueño de los guayaquileños, la obra cumbre de Guayaquil de hoy, el Malecón 2000, y este momento podría asimilarse a aquel otro en que guayaquileños, como ustedes, se reunían veinte años antes del Centenario de su Independencia para resolver la construcción del monumento a los próceres de Octubre en homenaje a los primeros cien años de Guayaquil Independiente; pues bien, la Fundación Malecón 2000 inicia hoy la gigantesca cruzada que culminará a comienzo del próximo siglo, para rendir homenaje al segundo centenario de la fecha gloriosa de nuestra libertad.

Cuando personeros del sector privado presentaron a nuestra consideración el maravilloso proyecto, que hoy ustedes conocerán, el mismo que ellos lo habían logrado de la Facultad de Arquitectura y Planificación del Oxford Brookes University, nuestra ilusión y nuestra imaginación se pusieron en marcha.

La Municipalidad de Guayaquil resolvió dar en comodato a la Fundación, por noventa y nueve años, las áreas que se requieren para implementar el proyecto, para todo lo que signifique contratación de lugares de comercio y otros fines se empleará el sistema de alquiler o concesión.

Hoy mismo, en presencia de ustedes, procederemos a firmar el Convenio de Comodato entre la Municipalidad de Guayaquil y la Fundación Malecón 2000.

La Fundación es ya una realidad y ha sido unánime el gesto de los socios fundadores de designarme Presidente de la misma y Vicepresidente al Gobernador del Guayas.

Vosotros, señores, vosotros todos formáis parte de esta Fundación, de vuestro apoyo generoso y total vamos a requerir para ver pronto, muy pronto, un Malecón que no le pedirá favor a aquellos que se han realizado en grandes urbes.

El proyecto contempla ganarle al río quince metros, aproximadamente, construyendo, en medio de jardines, fuentes y lugares de esparcimiento, locales que abriguen todas las facetas de nuestra cultura y modernos comercios y restaurantes que brindarán a Guayaquil un Malecón de luz y de color que como encaje vestirá la ribera de nuestro maravilloso río.

Todo lo que se construya no tendrá sino la altura suficiente para permitir que quienes viven en el Malecón sigan gozando de la vista que hoy tienen.

El proyecto, por ahora, va desde el barrio Las Peñas hasta el actual Mercado del Sur, que será totalmente reacondicionado, debiendo en el futuro extenderse aún más por el norte y por el sur.

Se ha contemplado tres grandes sectores: el del sur, que tendrá mayor presencia comercial; el del centro que será de carácter cívico, y el del norte, que cubrirá eminentemente aspectos culturales, salas de exposición, bibliotecas, todos rodeados de jardines y hermosos paseos.

Siempre he sostenido que Guayaquil se distingue en la República porque aquí hay una empresa privada gestora de su progreso, capaz de haber aportado con filantropía a las grandes causas de la ciudad.

Pues bien, señores, este proyecto es de ustedes, es proyecto del sector privado que se realizará con el esfuerzo privado, que dará trabajo a muchos guayaquileños, que permitirá, una vez más, que todos nos sintamos identificados en una causa común de la que podremos sentirnos orgullosos y seguramente satisfechos.

La obra demanda una inversión que sobrepasa los setenta millones de dólares y estamos convencidos de que la banca guayaquileña, de que los sectores empresariales, de que el comercio y la industria de esta ciudad aquí representados, aportarán en la medida de su posibilidad, lo que junto a lo que se logre por las concesiones y alquileres de los locales comerciales permitirá su financiación.

La Fundación garantiza la transparencia de cada uno de los actos y contratos que tengan que ejecutarse, por ello hemos iniciado la búsqueda de una empresa auditora internacional, que con su prestigio y capacidad asegure que la idoneidad y eficacia caractericen al desarrollo de esta monumental obra.

Permítanme ahora agradecer a todos los que están haciendo posible este, el gran sueño de Guayaquil; a ustedes, que están aquí para apoyarnos, al tiempo que hago un llamado a la ciudad, en todos sus niveles, a los medios de comunicación colectiva, a todos los que se sienten identificados con el presente y futuro de Guayaquil para que, unidos todos, podamos cristalizar esta aspiración que desde hoy empieza a ser una realidad.

Muchas gracias.



DISCURSO N° 17  
Julio 25 de 1997  
Salón de la Ciudad

***“... Que este 25 de julio hagamos un alto, no sólo para entonar el himno de nuestra ciudad, sino para fortalecer nuestra decisión de no volver a las negras horas que tanto y tanto nos castigaron...”***

Cuántas veces en estos años nos ha tocado el honor de rendirle tributo a nuestra fecha de fundación, a la gran proeza que empezó entre el cerro y el río y se ha ido haciendo grande, como grande es el espíritu que alienta a Guayaquil.

Conmemorando el natalicio de la ciudad, alguna vez hemos hablado del barro con que se modeló los orígenes de Guayaquil, el mismo que sigue formando parte de nosotros, allá en el crecimiento de nuestro inmenso suburbio; y os he hablado, también, del fuego que devoró la ilusión guayaquileña y templó su carácter, para reconstruir sobre cenizas y seguir saludando gozosa al sol de calor y luz en las mañanas, y despidiendo romántica a la luna, de cuentos y sueños, que ríela embelesada en nuestro Guayas. Hoy quiero hablarles de la fuerza irresistible del espíritu guayaquileño, no del que venció los piratas, dominó al barro y se enfrentó sin temor a los grandes flagelos, sino a este espíritu, de hoy y siempre, que irrumpe cada mañana a cumplir en los puestos de trabajo, que sale a los mercados, que se recuesta en los parques, que llena de color nuestras calles, que cruza puentes y resuena con bullicio, tropical y alegre, esas esquinas nuestras, donde hombres y mujeres, ancianos y niños, oriundos y afuereños, ricos y pobres, fuertes y débiles, se cruzan, se saludan y van día a día labrando su presente y soñando en su futuro y en el de sus hijos.

Este es el Guayaquil con el que estamos llegando al siglo XXI, este es el Guayaquil que rescatamos de la gran hecatombe que luego, pese a nuestras serias y permanentes advertencias, asoló también al Ecuador y que, por fortuna, hoy debería haber quedado atrás en forma definitiva.

De esto se trata, guayaquileños, de impedir que al gran esfuerzo que vosotros habéis hecho, que está permitiendo hacer el Guayaquil del que nos sentimos hoy orgullosos y esperanzados, lo derrumbe la desmemoria de la que, con mucha frecuencia, lamentablemente somos víctimas, tal vez por esa natural necesidad de olvidarnos de lo que nos ha causado mucho dolor y mucho daño. Cuidado, guayaquileños, los enemigos de Guayaquil, dentro y fuera, acechan e intrigan; cuidado con los que hoy encuentran pretextos para la crítica sin fundamento, para la calumnia y el escándalo y que son los mismos que, casualmente, nunca tuvieron valor para denunciar frontalmente por y para servir a Guayaquil, y lo que han logrado, permanentemente, es servirse de su generosidad y de su nobleza.

Que este 25 de julio hagamos un alto, no sólo para entonar el himno de nuestra ciudad, sino para fortalecer nuestra decisión de no volver a las negras horas que tanto y tanto nos castigaron.

Yo tengo fe en vosotros, guayaquileños; lo digo aquí en el más solemne lugar de la ciudad; aquí donde late vibrante el corazón de la patria. Por ello, lo que el Gobierno Nacional, señor

Presidente de la República, haga por Guayaquil, lo está haciendo por todos los ecuatorianos, porque esta es la ciudad de todos, porque aquí hay gente del oriente y de lo más alto de nuestras cordilleras; porque los grandes problemas de Guayaquil, son problemas de la nación, y porque el cumplimiento del Gobierno, en sus obligaciones retributivas para la ciudad más grande del país, es una causa de responsabilidad y de patria.

Ustedes son testigos, guayaquileños, que pese a la honda crisis política, económica y social que está viviendo la República, la obra municipal no ha desmayado. En cada sector de la ciudad hay frentes de trabajo: obras que se hacen realidad, puentes que acortan distancias, soluciones de tráfico, etc., que empiezan a darnos la imagen de una ciudad acorde con los tiempos.

Ya viene la obra de los mercados; el proyecto Malecón 2000 camina con paso firme y será de incalculable beneficio y de singular perspectiva en la vida ciudadana.

Hemos adjudicado todos los estudios para la auditoría ambiental del cantón y la ciudad, que incluyen el plan de evaluación, prevención y control de la contaminación industrial y de otras fuentes; el estudio de prefactibilidad, factibilidad y diseños definitivos del cierre del botadero San Eduardo; el estudio de prefactibilidad y factibilidad del Plan Integral de la Recuperación del Salado y, finalmente, el estudio del proyecto de reciclaje en la fuente, y en el sitio, de los desechos sólidos. Seguimos afrontando y buscando apropiadas soluciones al descongestionamiento y reubicación de las bahías; estamos juntando esfuerzos con el Ministerio de Vivienda para resolver problemas habitacionales en áreas rurales del cantón; seguimos legalizando títulos de propiedad en los terrenos correspondientes a los sectores marginales; se embellecen los parques y se les da seguridad y vigilancia.

Rellenamos, construimos, volvemos a rellenar; así es Guayaquil y así vamos creciendo con esfuerzo, con amor, con limitados recursos, pero con la tenacidad y el coraje que son ya tradición y lema en la vida de los guayaquileños.

Hay muchas obras por hacer; los problemas crecen día a día y por ello, la voluntad del Gobierno Nacional y su contribución, a tiempo, es fundamental e imprescindible.

Sabemos a lo que tenemos derecho, pero aún mayores son nuestras necesidades, y postergarnos es atrasar al país, cuyo termómetro frente al futuro está situado aquí, en este gran enclave de trabajo y vida, en donde se fincan las esperanzas de millones de ecuatorianos, que han escogido el celeste y blanco guayaquileño para, con amor regional, rendir permanentemente tributo a la identidad nacional y al tricolor sagrado ecuatoriano.

Vamos a seguir andando, uniéndonos en un gran abrazo, tratando de optimizar los servicios que hemos podido brindar, pidiendo y exigiendo la cooperación ciudadana, buscando las rentas imprescindibles para nuestro desarrollo y defendiendo, con decisión y carácter, aquello que creemos de nuestra obligación y responsabilidad.

Los males que al Ecuador aquejan nos conciernen a todos y, por supuesto, a Guayaquil también; creemos que la firmeza y la decisión son ingredientes indispensables para enfrentar situaciones que, de no ser controladas a tiempo, podrían caotizar la República.

Hay que llamar a la cordura y a la reflexión, a todos los que conforman la dirigencia nacional, fundamentalmente a quienes, a través de la información, están en la capacidad de aportar algún juicio, y de no avivar un caldero de resentimientos y frustraciones, de suspicacias, que

desmoronan los conceptos sobre los que se debe afirmar la República, justamente en momentos como este, en donde todas las energías son necesarias para buscar un pan más justo para nuestro pueblo; para enfrentar con dignidad y sensatez el compromiso de la defensa de nuestra heredad territorial; y para hacer frente a los descontroles de la naturaleza, que estamos advertidos, pueden venir sobre nosotros, y causarnos gravísimos daños.

Es lamentable decirlo, pero muchas veces da la impresión de que hay sectores que parecen haber enfermado su alma; que aquello de arar en vano es sentimiento que, por desgracia, se repite; que el inmenso sacrificio que estamos haciendo, aun en contra de nuestra propia vida, ya muchas veces afectada, no es suficiente para impedir la crítica malsana, o el aguijón ruin, de sembrar dudas y magnificar los naturales y razonables errores que los complejos servicios municipales a veces producen.

De nosotros depende, de los que tenemos buena voluntad, de los que podemos empinarnos por encima de los odios y las pequeñeces, el buscar las grandes metas y avizorar los grandes horizontes.

Al terminar, señor Presidente, os agradezco, y hago extensiva mi gratitud, a todos los que os habéis dado cita a esta sesión solemne, en la que hemos honrado la legendaria fecha de recordación de nuestra fundación; a vosotros, guayaquileños, debo deciros gracias por vuestro respaldo, por las múltiples e incansables demostraciones de confianza con que me estáis honrando; por vuestra cooperación, que tendrá que ser mayor cada día; por dejarme sentir unido a vuestra angustia y por hacerme permanentemente anfitrión de vuestra generosa adhesión.

A todos, nuestro reconocimiento en nombre de Guayaquil, de este Guayaquil que hace cuatrocientos sesenta y dos años se fundó, bajo el amparo de Dios y de Santiago, y que mañana va a volver a trabajar, y va a seguir las grandes huellas de sus ancestros, en la búsqueda de su gran destino.

Gracias.

DISCURSO N° 18  
Octubre 9 de 1997  
Salón de la Ciudad

***“...Nos sentimos seguros de haber avanzado; satisfechos de empinarnos sobre las dificultades; y, sabedores de que tenemos que seguir en la trinchera, que nos engrandece y nos libera...”***

Con profunda unión cívica, orgulloso de ser Alcalde de Guayaquil, saludo junto a ustedes, una vez más, a esa gloriosa aurora que el 9 de Octubre de 1820 nos anunció que la hora de la libertad había llegado, que la conquista y la colonia habían terminado y que Guayaquil se unía, plétórica de entusiasmo, radiante de optimismo y alegría, a la América que se libertaba, tras cruentas y valientes luchas.

La Fragua de Vulcano se agiganta en el recuerdo de la temeraria y valerosa actitud de nuestros próceres, y la gran aventura de la libertad, que ha venido conduciendo al hombre, a través de sus avances evolutivos, hacia su realización, se había producido una vez más, aquí, en este pedazo de tierra verde, junto a un río confidente, cómplice permanente de nuestra historia, bajo un cielo azul y generoso, que iba a dar color a la bandera que esa mañana se izaría, en lo más alto de nuestro cerro fundador, para anunciar a América y al mundo que Guayaquil había alcanzado su libertad.

No nos bastó nuestra propia libertad. Guayaquil siempre estuvo y estará por la patria, y la misma bandera que anunció la epopeya de octubre, iba a flamear más tarde en la gran atalaya de nuestra emancipación, nuestro Pichincha inmortal.

Largo ha sido el camino que desde entonces hemos recorrido, tiempo suficiente para aprender que la libertad no se alcanza con una sola lucha, que la esclavitud esté acechando a cada paso y que, para poder ser libres, no hay otro camino que el esfuerzo permanente, que el de la lucha sin cuartel, que el de subir y seguir subiendo y que sólo detrás de cada sacrificio se abre un nuevo horizonte de libertad y de vida.

Por ello, la Ilustre Municipalidad de Guayaquil, unida al libérrimo pueblo guayaquileño, quiere rendir homenaje hoy, no sólo a los próceres a cuyo patriotismo y valor debemos nuestra libertad, sino al espíritu de Guayaquil, a su esencia misma, a su hidalguía, que le ha permitido mantenerse siempre en la avanzada de la lucha por la reafirmación de sus valores y, por esa obsesión, por la búsqueda y la defensa de la libertad, que lo agranda, y que lo ennoblece.

Para poder seguir siendo libres, es imprescindible luchar contra la pobreza y la injusticia, sacar a nuestros pueblos del subdesarrollo y del atraso, defender con firmeza la dignidad nacional y sus bienes patrimoniales, actuar con honradez en el manejo de la cosa pública, construir los caminos y los puentes que nos desarrollan y nos unen.

Para que la libertad jamás sea empañada, para que la honra de las personas no pueda estar al arbitrio de quienes confunden el hacer justicia con lo que les dictan sus torcidas y protervas

frustraciones, debemos exigirnos el respeto a una justicia independiente y docta, responsable, altamente confiable y recta, para bien y felicidad de la República.

Conscientes estamos de que los problemas de Guayaquil y del país en general son complejos; vemos con satisfacción el esfuerzo que hace el señor Gobernador de la provincia por detener la ola de delincuencia, que ha llegado a límites insoportables, que amenaza los hogares y a la gente de bien, que no respeta vidas y bienes, y que, en su barbarie depredadora, mantiene angustiada a Guayaquil y al país.

Tenemos que encontrar fórmulas para enfrentar la delincuencia; hay que dar trabajo para que el hambre no sea mal consejera y proveer a la Policía del equipo necesario para prevenir y reprimir, porque por sobre todo está la vida de nuestro pueblo, que estamos obligados a hacerla respetar y defender, si queremos ser libres de verdad.

Para ser libres es necesario darle techo a la familia ecuatoriana, es necesario educar y dar salud. Ser libre es producir para que todos vivan mejor y, ser libre es, fundamentalmente, el hacer respetar los derechos de todos los ecuatorianos y hacer cumplir, sin distinciones ni privilegios, las normas y los códigos que dan marco a nuestra vida, como parte que somos de un ente social, que está obligado a preservar su destino histórico, respetando la ley y teniendo como meta los altos objetivos nacionales

Ayer no más, cuando rendíamos tributo a la fecha de fundación de la ínclita Guayaquil, hablábamos de la cooperación del Gobierno Nacional, a la realización de trascendentales obras, que nos permitirán entrar al nuevo siglo y estar listos para afrontar los nuevos desafíos. Decíamos que todo lo que haga por Guayaquil se hace por la patria y debo reconocer que siempre he encontrado en su actitud un alto grado de cooperación y comprensión frente a los problemas que la más grande ciudad de la República afronta y debe superar. El Municipio, señor Presidente, no ha parado un solo instante en servir a la ciudad.

Proyectos como aquel de la recuperación del Estero Salado avanzan en sus estudios y se harán realidad, para que las familias guayaquileñas vuelvan a disfrutar de sus hermosos caudales de agua que, a través de canales y brazos, se introducen en importantes sectores, que forman parte del acervo ecológico que debemos proteger y recuperar.

Se continúan obras de importantes pasos a desnivel como los que hemos inaugurado en estos días; se está dotando de parques a cada sector de la ciudad, los mismos que deberán tener como elementos de sustentación la cooperación de los grupos que integran la sociedad guayaquileña.

El gran parque, en donde se hallaba el antiguo botadero de basura San Eduardo, también está dentro de los proyectos a favor de los sectores populares de la ciudad, con los cuales se ha identificado permanentemente la acción municipal.

La sensibilidad social de esta administración ha hecho que nos preocupemos, en estos cinco años que hemos ejercido el Gobierno Municipal, de encontrarle una real y definitiva solución al gravísimo problema de la falta de legalización de la tierra, de miles de ecuatorianos, que empujados por la angustia y falta de suelo donde levantar un techo para vivir, vinieron a Guayaquil, en los últimos veinticinco años, y se asentaron informalmente, incluso anárquicamente, en terrenos de propiedad privada o de instituciones del Estado, construyendo en la absoluta marginalidad, con esfuerzo y sacrificio, sus modestos hogares, involucrando

sectores conocidos como Guasmo Este y Guasmo Oeste, de propiedad de los herederos de don Juan X. Marcos y Aguirre; Guasmo Norte, Guasmo Sur, Guasmo Este y Guasmo Oeste, de propiedad del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, y de otras personas jurídicas y naturales; en la parroquia Tarqui, el sector de Prosperina, incluido Pascuales; en plan piloto y en áreas aledañas a la vía Perimetral de Guayaquil, etc.

Este proyecto de ley, nacido de nuestra iniciativa, expropia en favor de la Municipalidad, con finalidad social, los terrenos en donde se hallan los asentamientos poblacionales que hemos referido, dándonos la oportunidad de entregar el título de propiedad de la tierra a cerca de ciento sesenta mil humildes familias, que hoy son guayaquileñas, y de indemnizar a los anteriores propietarios. Así, y sólo así, el negocio de los traficantes de tierra, que viven del chantaje y la extorsión a este angustiado pueblo, terminará finalmente, avizorándose mejores días en su futuro.

Graves compromisos afronta el Ecuador de nuestros días. Guayaquil y su pueblo no están exentos de la angustia que producen evidentes signos de descomposición y desorden, que afectan al ente nacional, acosado por demandas que, vestidas de justas, exceden en forma ilimitada las posibilidades de una caja fiscal, que si no prioriza sus egresos, evitando lo superfluo e innecesario, privilegiando lo básico y esencial, nada podrá hacer para ordenar las finanzas del Estado, para permitir que se cumpla con las justas aspiraciones de nuestras comunidades, que ven a cada instante postergarse sus legítimas aspiraciones.

Nos hallamos inmersos en un devastador fenómeno natural, que agrava la ya durísima situación de vida de los ecuatorianos; la obra emergente se reclama a cada paso; los recursos no alcanzan; la obra se atrasa, y será necesario, una vez más, acudir a la heroicidad de nuestro pueblo, para enfrentar y superar esta dura prueba de la que Guayaquil no está libre, ya que, como usted sabe, somos víctimas de un alcantarillado ineficiente y obsoleto, y estamos rodeados de cauces de agua que, por encima de nuestras fuerzas, se desbordan por la inclemencia natural.

Nos hemos propuesto darnos una nueva Constitución y, en las próximas semanas, la manifestación popular va a pronunciarse en la búsqueda de asambleístas que ojala, capaces y responsables, patriotas y honorables, actúen acorde al importante encargo, de darnos una Constitución moderna, que permita al Ecuador niveles de gobernabilidad, que nos conduzcan hacia el desarrollo sostenido, única forma de crecer, para poder satisfacer las grandes demandas de justicia social, que la postración económica está fermentando a niveles altamente explosivos.

Qué difícil resulta, conciudadanos, el poner por encima de los intereses personales, o de grupos, a aquellos que promueven el bienestar de la ciudad. A nadie, más que a mí, le angustia el tener que tomar medidas, con el más exacto apego a la ley, que en una u otra forma afectan intereses de conciudadanos; pero tenemos que entender que el bienestar se logra con el orden y con el respeto a las leyes; y, en nuestro caso, a las ordenanzas que rigen los intereses generales y de bienestar de la ciudad.

Los guayaquileños son testigos del gran esfuerzo que se realiza, de lo duro que resulta enfrentar los intereses contrapuestos, la inmadurez de unos, la prepotencia de otros, y, todo esto, en una permanente lucha contra un ambiente en el que unas veces la inmoralidad y en otras la incompetencia ponen en peligro la obra que, con la ayuda del pueblo guayaquileño, estamos logrando llevar adelante.

Los hombres, finitos en nuestra realidad existencial, tenemos como destino fatalista el pasar, y lo que va quedando es nuestra huella. Y esta es, justamente, mi aspiración; que mi huella de amor por la ciudad a la que estoy dedicando algo más allá que mis propias fuerzas, se confunda con la de ustedes, en ese abrazo permanente de entrega por Guayaquil, con el que sí se puede luchar, sin temor por la libertad, para que las generaciones venideras tengan un ejemplo que seguir, y una ciudad de la que se sientan orgullosamente dueños, siempre dispuestos a servirla.

A las obras que se van sumando, deberán agregarse, en estos próximos años, aquellas que cambiarán en forma sorprendente la imagen de la ciudad, dándole la presencia de gran urbe que siempre hemos ambicionado.

Los avizoro ya, guayaquileños, recorriendo las grandes vías, que han programado construir; atravesando los túneles en nuestros cerros del norte; solazándose con sus familias en ese Malecón de sueño, que se levantará a lo largo de nuestra ría; recuperando el Salado, y creciendo con orden, bajo verdes espacios, en donde nuestros niños respiren salud y nuestros jóvenes hagan deporte y mantengan el cuerpo sano y la mente activa.

Para ello estamos aquí, guayaquileños, para ello seguiremos superando obstáculos, señor Presidente, y por ello, estamos dispuestos a enfrentar a todo lo que se oponga al bienestar y a la felicidad de nuestra gente. Nos sentimos seguros de haber avanzado; satisfechos de empinarnos sobre las dificultades; y, sabedores de que tenemos que seguir en la trinchera, que nos engrandece y nos libera.

Gracias.

DISCURSO N° 19  
Junio 19 de 1998  
Malecón de la Ciudad

***“...Sobre este primer pilote pronto se levantará un Malecón mágico, lleno de color, que como encaje engalanará la ribera del río fundador...”***

Distinguidos amigos, conciudadanos de Guayaquil.

La sabia naturaleza humana, obedeciendo las eternas leyes del creador, ha aprendido a resistir y a sobrellevar las cargas y los obstáculos, las injusticias y las incomprensiones, la pequeñez de los críticos mendaces, envidias y egoísmos, nutriéndose y fortaleciéndose con los logros, con las bellas ilusiones, con la generosidad y capacidad de los que quieren superarse y avanzar, con actos como este, en el que sembramos el futuro del nuevo Guayaquil.

Sobre este primer pilote pronto se levantará un Malecón mágico, lleno de color, que como encaje engalanará la ribera del río fundador, de este Guayas caudaloso, testigo silencioso de nuestra historia, iluminado por nuestro sol tropical y bañado en luz y en misterio por la luna de sus románticos amores.

Que Malecón 2000 nos permita demostrarnos que sí somos capaces de unir la iniciativa empresarial y el bienestar público, para alcanzar metas cimeras a las que también tienen derecho los guayaquileños.

Este colosal proyecto, que pronto será realidad, tiene para mí dos connotaciones de enorme trascendencia: la una, robustecerá la personalidad de la ciudad de Octubre en su mejor y más tradicional enclave, al tiempo que promoverá, rescatando el centro de la ciudad, una serie de actividades de alto contenido social y de enorme importancia para el convivir de los guayaquileños; la otra, el hecho de ser la primera vez en la historia del país que el sector empresarial invierte sus recursos y se une en un esfuerzo común con el Municipio guayaquileño, para realizar una obra en la que su inversión no tendrá otro rédito ni utilidad que no sea la del servicio social y el aporte a la comunidad, actitud esta que merece mis mejores elogios y la gratitud del pueblo guayaquileño.

Que todos los que han hecho posible el llegar hasta este punto desde el que arranca la construcción del más importante y monumental proyecto urbanístico se sientan ufanos, han cumplido con su deber y todos merecen el reconocimiento de la ciudad, que yo, en mi calidad de Alcalde de Guayaquil, lo hago público.

Quiero también seguir exhortando a la generosa actitud de contribución de los sectores empresariales, de las personas naturales y entre ellos los trabajadores, que, acogidos a la disposición legal, brindan su contribución a esta obra que no sólo es de Guayaquil, sino que es presencia pujante de un Ecuador que debe ir al encuentro de un mejor y nuevo destino.



Que esta maravillosa obra, junto a las que hemos construido y seguimos proyectando y construyendo en todos los sectores de la ciudad y del cantón, justifique una entrega que ha ido más allá de los propios límites que la preservación de la vida impone.

Gracias.

DISCURSO N° 20  
Julio 25 de 1998  
Salón de la Ciudad

***“..., y vamos a seguir haciendo un gran Guayaquil, una ciudad que sienta que su noble origen, afirmado en el cerro fundador, desde el que se atalaya su río y su mar, le permitirá coronar sus mejores sueños y sus más altas ilusiones...”***

Cada 25 de julio, guayaquileños, nos reunimos solemnemente para celebrar las fiestas de nuestra fundación española, para encontrarnos en este salón, que ha cobijado nuestras más trascendentales horas y rendir tributo al ancestro de nuestra ínclita Santiago de Guayaquil.

Una vez más hemos dado una gran batalla; una vez más garantizo que vamos a salir airoso; esta vez tuvimos que luchar contra la naturaleza, que nos agredió en forma inclemente y puedo decirles, lleno de satisfacción, que la gigante obra, que hemos realizado en estos seis años de entrega y de servicio a la ciudad, permitió soportar los rigores del fenómeno de El Niño y estar acometiendo ya la reparación y rehabilitación de las calles de la ciudad, lo que nos brindará la oportunidad, en pocos meses más, de poder tener a Guayaquil igual o mejor que antes, e iniciando y avanzando en las grandes obras que la transformarán definitivamente.

Debo asegurarles que todo esto es fruto de la planificación y el trabajo serio, de la disciplina, de la entereza con que se asumió, desde el primer momento, el gran compromiso de rescatar a Guayaquil de sus negras horas, sacándola de las manos que la habían ofendido, que la ultrajaron y la postraron y que, aún hoy, se ciernen amenazantes, cabalgando con apocalíptica presencia sobre la desventura de la marginalidad desesperanzada y angustiada, que es cada día mayor y a la que debemos acometer, si queremos realmente lograr un Ecuador mejor.

Nuestra patria, conciudadanos, se debate en los lacerantes problemas de miseria, de falta de producción, de carestía de la vida, de impunidad y de creciente inseguridad, pero hay, por fortuna, la firme decisión de salir delante de quienes sí nos sentimos guayaquileños, responsables de defender un legado, al que no podemos defraudar, para poderlo transmitir a las nuevas generaciones que en mucho dependen de lo que nosotros podamos hacer y, en especial, del cumplimiento de las promesas electorales, que han creado expectativas que, de no cumplirse, caerán sobre quienes, en su afán de lograr poder, no han meditado sobre las consecuencias de una oferta desmesurada, que da paso a frustraciones que, en el corto plazo, son razón de insatisfacción y reclamo.

No estoy ajeno al señalamiento de los problemas que han existido en la conducción del país durante los últimos meses, fundamentalmente, cuando era imprescindible tomar distancia con el terrible antecedente que sumió al país en la más vergonzosa orgía de inmoralidad e incapacidad, sin que eso signifique que no tenga la entereza, en nombre de esta nobilísima ciudad, de reconocerle al Gobierno saliente los esfuerzos y la voluntad que ha demostrado, cuando Guayaquil ha demandado atención.

La vida de la República no se detiene, los procesos democráticos continúan y le tocará al nuevo gobernante la inmensa responsabilidad de encontrar al sector de la costa ecuatoriana y al país, en todos sus órdenes, en la más grave y profunda crisis de su historia; aquí estaremos para exigir un tratamiento justo y equitativo y para respaldar lo que signifique bienestar para los ecuatorianos y para los guayaquileños en particular, sin otro espíritu o interés que no sea el de encontrar los caminos para que el Ecuador se enrumbe y para que nuestra ciudad obtenga aquello por lo que siempre han luchado sus buenos hijos.

Los procesos electorales han concluido, dejándonos experiencias que deben obligarnos a todos a enmendar errores y, fundamentalmente, a reflexionar sobre la necesidad, de que quienes conforman las diferentes instituciones y entes que, en una u otra forma conducen y orientan la opinión nacional, asuman con responsabilidad una postura ética y libre de parcialidad, para no poner en riesgo, incluso, la legitimidad de los más importantes pronunciamientos populares y dando pábulo a que ambiciones desmedidas den rienda suelta a suspicacias y a reacciones que afectan a la paz ciudadana y desprestigian nuestra ya bastante venida a menos situación e imagen frente al concierto de los pueblos civilizados y que desde esta alta tribuna ciudadana rechazamos con energía.

En este clima de funestas consecuencias para el convivir y el bienestar nacional, se ha venido desarrollando la República en estos últimos años, y en más de una oportunidad hemos reclamado frente a actitudes de incompreensión y de egoísmo de ciertos sectores que, usando la más alta tribuna, como es la de comunicación colectiva, han dado rienda suelta a pequeñas y miopes odiosidades, conspirando contra una labor alcaldicia y una labor municipal que, sin ser perfecta, por fortuna, ha recibido el gigantesco respaldo de los guayaquileños, a los que debo agradecer por haber elegido a todos los concejales que podían elegir de la lista que mi partido propuso a consideración del pueblo del cantón.

Por ello, vamos a continuar defendiendo los mejores intereses de Guayaquil y rechazando minúsculas actitudes, que pretenden poner obstáculos sin razón ni fundamento alguno, intentando desnaturalizar una acción que, por fortuna, ha merecido el absoluto y mayoritario respaldo de nuestros conciudadanos.

Se han culminado también las etapas previas y se ha comenzado ya a trabajar en el trascendental proyecto Malecón 2000, sin duda un esfuerzo revolucionario de regeneración urbana, que cambiará la cara de la ciudad y que permitirá que el centro se convierta en el lugar más atractivo de la urbe, engalanando nuestro río, que en su ir y venir de historia y de riqueza, de belleza y de nostalgia, se merecía este delantal de ensueño, en donde junto a jardines llenos de luz y de color, haya espacio donde el comercio fluya, la cultura renazca y el civismo tenga plazas, en donde manifestarse al más alto nivel.

Nunca dejará de ser oportuno el repetir nuestro agradecimiento al Gobierno y al Congreso Nacional y a quienes hacen posible esta gran comunión de desinterés y civismo entre la Municipalidad de Guayaquil y los sectores privados, que alientan esta extraordinaria inversión, sin otro rédito que no sea el del beneficio para la ciudad, sin costo alguno para ella.

Nos hemos preocupado también por realizar los estudios necesarios, a través de una consultora alemana, en relación al estado de contaminación en el que se halla nuestro Estero Salado y estamos en capacidad de afirmar que su recuperación puede ser efectuada en un plazo de cuatro años, con un costo aproximado de sesenta millones de dólares, con el que se lograría

descontaminar al Estero Salado en un 95%, devolviéndole a Guayaquil una de sus más importantes áreas de recreación y esparcimiento.

Para estos fines y con estos objetivos se ha creado la Dirección del Medio Ambiente dentro de la administración municipal, en una demostración de nuestra preocupación por el entorno de vida de los guayaquileños.

Es necesario hacer hincapié en lo que es seguramente el más trascendente e importante logro que hemos conseguido: el haber recuperado la dignidad, y con ello, el respeto de los guayaquileños para con su Municipio, en haberle dado forma a una administración ágil y eficaz dotada de la más acelerada tecnología que le está brindando a Guayaquil una importante serie de servicios que le permitirá tener identidad, afirmar su presente y enfrentar el futuro.

Nos sentimos orgullosos del respaldo que nos brindan los ciudadanos, contribuyendo y pagando con puntualidad sus contribuciones de ley, en clara demostración de confianza, que nosotros retribuimos con transparencia, obras y servicios.

Nuestra mayor acción, sin duda, está sembrada en los sectores marginales de Guayaquil, allí donde seguimos llegando con vías de penetración, con obras de infraestructura, con relleno, en un diario e inalcanzable hacer y rehacer en sectores, donde la ciudad crece explosivamente, como producto de la desolación de nuestros campos que El Niño asoló con brutalidad y crudeza y que ha permitido que Guayaquil aumente su población marginal en centenares de miles de compatriotas desamparados, que crean nuevos y graves problemas a los ya existentes, que convierten a la ciudad en un gran mercado irregular en donde vendedores, mendicantes y niños desvalidos y expuestos, complican aún más nuestra labor, impidiendo o postergando resultados satisfactorios, en clara muestra de la aguda realidad social y económica que afrontamos.

Tenemos que unirnos, compatriotas; tenemos que avanzar abrazados, guayaquileños; nos toca enfrentar horas difíciles; tengan confianza en este Municipio, ya que bien saben ustedes que eligieron un Alcalde que luchará mientras tenga fuerzas; vamos a continuar, y vamos a seguir haciendo un gran Guayaquil, una ciudad que sienta que su noble origen, afirmado en el cerro fundador, desde el que se atalaya su río y su mar, le permitirá coronar sus mejores sueños y sus más altas ilusiones.

Gracias.

DISCURSO N° 21  
Octubre 9 de 1998  
Salón de la Ciudad

***“...vayamos al encuentro de los nuevos desafíos para superar obstáculos, armados de la fuerza que nos da el ser herederos de un legado de libertad y de honor...”***

La saga de valientes que, a pocos metros de aquí, que en esa singular y heroica Fragua de Vulcano, soñó mil noches con la emancipación libertadora de Guayaquil, traía en sus venas la sangre de los hijos de esta ciudad, que había desafiado, desde su fundación, las grandes vicisitudes a las que la expuso su enclave tropical, haciéndola fácil presa de las terribles pestes, incendios y de las duras plagas, a las que combatió y venció.

Ciudad legendaria en su lucha contra el fuego, valiente en no dejarse rendir por los piratas, había acumulado méritos y fortaleza suficientes para que, en aquel amanecer de Octubre, el arrojado de un valeroso capitán de la patria de nuestros libertadores, guiara a esta estirpe de inmortales a poner al tope de su mástil el azul y blanco, que flamea desde entonces como símbolo de nuestro más caro bien, de nuestro mejor ideal: nuestra hermosa e imperecedera libertad.

El resto es epopeya y es historia, que nuestros viejos campanarios lanzaron al aire en sus repiques de victoria y júbilo, para que el laurel de la gloria ciña las frentes de Febres-Cordero, Antepara, Ximena, Olmedo, Letamendi, Villamil, y todos los que, junto a ellos, arriesgaron su vida y fortuna, para lograr la ansiada emancipación que nos unió a la gran gesta libertadora que iba a remontar los Andes, para rubricar en Pichincha la libertad de nuestra patria ecuatoriana. ¡Llor por siempre al 9 de Octubre de 1820!

Somos todos herederos de tan importante patrimonio, responsables de continuar escribiendo las páginas de una historia que, al acercarse al fin de estos veinte siglos, debe ratificarse con una actitud que honre nuestro pasado y que nos dé la satisfacción de poder convertir a Guayaquil en una ciudad hospitalaria y generosa, grande y moderna, digna de albergar tan rica herencia.

De inmensa trascendencia son las horas que vive la República, al punto que están en juego sus más delicados temas, su identidad y hasta su heredad territorial y será necesario grandes dosis de realismo, que no debería ir, naturalmente, más allá de los límites que imponen nuestra decencia, decoro, honor, pulcritud, respeto. Aceptaciones todas del concepto absoluto de dignidad, y el valor de nuestras ancestrales tesis, ligadas histórica y emocionalmente a una clara presencia de territorios amazónicos marcados con sangre heroica y donde hemos hecho prevalecer la razón y la justicia de nuestros derechos, que en más de una oportunidad han sido conculcados por el imperio brutal de la fuerza; o en homenaje a la preservación de una paz que, mientras no sea justa y digna, no sólo que no asegura el fin de las confrontaciones externas, sino que corremos el inmenso riesgo de enfrentarnos entre nosotros mismos, cavando trincheras en el corazón mismo de un pueblo, de cuya decisión soberana no podemos, ni debemos, prescindir jamás.

Las medidas económicas que tanto impacto han causado, fundamentalmente en los sectores más desprotegidos de nuestra población, no pueden ser analizadas en el contexto aislado en que se han producido.

Muchas veces hemos clamado por la eliminación de los subsidios, y todos conocemos que existe un déficit fiscal del que no podemos culpar al Gobierno actual, el mismo que debe ser solucionado cuanto antes, si queremos evitar que la paralización del país se produzca y que una inflación galopante e imparable destruya aún más la ya desesperante situación de los ecuatorianos.

Pero también hemos exigido, y lo vamos a seguir haciendo, sacrificios del ente burocrático, reportes del aparato estatal, que estén en relación al tamaño y a la inmediatez con que se le está exigiendo los sacrificios al pueblo ecuatoriano.

De otra manera, ninguna medida resolverá el problema; no existe otro camino que gastar menos de lo que se produce, o algo más importante aún, producir más de lo que se gasta.

Ello no será posible mientras nuestra economía no rompa las asfixiantes trabas a las que tiene sometido un centralismo ineficiente e injusto y políticas fiscalistas, que se ponen de espaldas a la necesidad de alentar al aparato productivo nacional, dando claridad y transparencia al manejo de los asuntos del Estado, fortaleciendo y saneando nuestra institucionalidad jurídica, elevando nuestra productividad y el empleo, creando ambientes de seguridad social, a través del impulso de proyectos que mejoren aún más la ocupación, propugnando leyes modernas que conduzcan el ahorro interno a la rentable inversión de hacer producir nuestros campos, creando con imaginación y mirando con ojos de experiencia y no con los de teóricos fríos y sofisticados, apegados a tecnicismos, que no terminan de entender que los parámetros y los índices tienen un valor relativo cuando se trata de poner en marcha la voluntad de superación de un país.

Cuando hemos sostenido que los pobres de la patria no resisten nuevas medidas impositivas, hemos expresado una irrefutable verdad que no intenta justificar ni violencias ni desórdenes, a los que nos hemos opuesto, denunciando a los infelices que, aprovechándose de la angustia y de la pobreza, pretenden caotizar la República, que hoy más que nunca necesita de paz constructiva y trabajo creador.

Que nadie se llame a engaño; vivimos horas muy difíciles y va a depender de todos: del Gobierno y de los gobernados, de los legisladores y de los sectores de la producción, de los ricos y de los pobres, cumpliendo cada uno con su deber, haciendo cada uno lo que corresponde, dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, y entregándonos con mística y hasta con renunciamento y sacrificio, a la gran tarea de reencontrarnos con una trayectoria definida, camino del que en algún momento nos desviamos, para que, retomando los cauces de la cordura y el patriotismo, de la perseverancia y del trabajo, de la honradez y del orden, podamos ir al encuentro de nuestras legítimas aspiraciones.

Un capítulo especial merece la preocupación que a todos nos embarga por la inseguridad en que vivimos frente a las olas desatadas de delincuencia y de violencia criminal, que están perturbando a la sociedad ecuatoriana, que se siente amenazada en sus bienes y en sus vidas y, lo que es peor, aun desprovista del amparo que el Estado está obligado a darle, a través de un eficiente y tecnificado control policial, que garantice el diario convivir, que no puede seguir expuesto al imperio del hampa organizada, que se ha tomado nuestras ciudades y nuestros campos.

En este campo se ha querido, con minúsculo y despreciable afán, escandalizar, tergiversar realidades e impedir, con la intervención de ciertos informadores, obcecados por la envidia o el odio, que la ciudad progrese, y los servicios municipales se reordenen, adecuen y modernicen a través de estudiados y técnicos pronunciamientos. La red de mercados por ejemplo, cuya construcción se ha iniciado y que terminará para siempre con el denigrante espectáculo que hoy brindan los sitios de expendio de víveres, que no pueden continuar en el estado actual, porque son un estigma para una ciudad moderna y centros de polución, hacinamiento e insalubridad, que ponen en peligro la vida misma de nuestras comunidades.

Igualmente hubo la perversa intención de boicotear la iniciación del plan vial, al propiciar invasiones a zonas afectadas por modernas avenidas y que permitirán a los moradores de zonas populares transitar y movilizarse con facilidad y seguridad a sus sitios de trabajo o de estudios.

Sí, la empresa no es fácil; gobernar con rectitud, administrar con eficiencia, resolver problemas, implica mucho renunciamiento, enorme fuerza moral y una gran dosis de entereza y capacidad que agotan nuestras fuerzas y exige sacrificios que, en nuestro caso, han superado ya los límites al punto de poner en riesgo nuestra vida.

Guayaquil y su Ilustre Municipio sienten, al igual que todo el país, la necesidad de importantes transformaciones y cambios que, apoyados por el Gobierno Central, nos saquen de la ruinosa crisis en la que estamos inmersos. En sus manos, señor Presidente, la gran tarea de reconstruir la costa ecuatoriana, destruida desde el pie de las estribaciones de los Andes, a lo largo de toda nuestra ribera oceánica, importantísima y productiva región de nuestra patria, que sufrió la gran catástrofe de El Niño y sin cuya rehabilitación y reconstrucción no será posible ir al encuentro de un Ecuador productivo, generador de riqueza, en donde puedan ser factibles días de esperanzas para el pueblo ecuatoriano.

Hemos saludado todas las medidas que hagan relación a impulsar los urgentes proyectos que vayan al rescate de puentes y carreteras y de las obras de infraestructura básica, en donde se afirma nuestro desarrollo.

El principio de equidad tiene que estar presente en todas las expresiones del hacer humano y más aún cuando estas tienen que ver con la delicada y complicada tarea de gobernar. Al igual que en la familia, los padres velan y compensan con dedicación y empeño al hijo más desvalido o al que tiene alguna limitación, sin que esto implique discriminación, ni falta de equidad, en el prodigar amor y en el cumplir con el deber.

El gobernante sabio está en la obligación de darse por entero a buscarle salida a los sectores más preteridos de la patria, a aquellos que han sufrido el embate de la naturaleza, como el caso de la costa ecuatoriana, que a más de tener los derechos que le asisten como el gran motor de la economía nacional, requiere hoy, con urgencia, de una operación de salvataje y reconstrucción, a la que deben concurrir todas las fuerzas de la nación, porque de ella se han nutrido, por lo que de ella han recibido y porque la solidaridad es el camino de doble vía por el que deben transitar los gobernantes, para compensar donde haya que hacerlo, a sabiendas de que lo que es bueno para un pedazo de la patria, es definitivamente bueno para la patria toda.

La Costa espera mucho del Gobierno Central y nosotros no vamos a bajar la voz cuando de demandar por ella se trate, como no lo hemos hecho frente a cualquier otra situación, en donde esté comprometida la suerte de la República.

Guayaquil sigue adelante, esta es su vocación: los grandes desafíos son su mejor acicate, su forja de permanente lucha contra la adversidad le ha permitido dejar fracasos y frustraciones y continuar sin detenerse.

La obra de la Municipalidad sigue adelante junto a los mercados, parques que se suceden, uno tras otro, en su rehabilitación y el embellecimiento de su ornato.

Acabamos con gran satisfacción de devolverle a la ciudad, remozado y embellecido su monumental joya del Parque Centenario, que estamos seguros que la demostración de unidad nacional, con la cooperación que le brindará el Banco del Pichincha, al cuidarlo y mantenerlo, se revitalizará y fortalecerá con la invalorable ayuda del sector privado de nuestra ciudad.

Una acción municipal sin paralelo, en la historia de la ciudad, que, por fortuna; cuenta con el respaldo mayoritario de un pueblo, del que dependerá la conservación y defensa de este patrimonio, que no debemos permitir que se destruya y menos aún que las insolentes e indecorosas manos, que tanto daño le hicieron, pretendan siquiera pensar que Guayaquil ha olvidado la humillante tragedia con la que la ultrajaron y la sometieron.

La convulsionada etapa que vivimos no sólo conmueve y nos amenaza; el mundo entero sufre los estragos de las economías tambaleantes, muchas veces afirmadas sobre espejismos momentáneos, cuyo desequilibrio reviste enorme peligrosidad, por la globalización promovida por la tecnología de la comunicación y las fuerzas del mercado.

Se imponen graves y contundentes correctivos que retomen las verdaderas fuentes de riqueza permanente y segura; que terminen con la especulación de un mundo que, hedonista y frívolo, no hace previsiones y se inmola en el altar del consumismo apresurado e irresponsable.

Las experiencias vividas por otros países son lecciones que nunca se acaban de aprender y que nos deben conducir, ojala con el mejor sacrificio posible, a más soleados horizontes, contruidos sobre más firmes bases.

Para terminar, hagamos propicia esta ocasión para elevar una oración cívica; para que no perdamos el optimismo; para que nuestro espíritu se agrande; para que todos vayamos al encuentro de los nuevos desafíos; para superar obstáculos, armados de la fuerza que nos da el ser herederos de un legado de libertad y de honor; para que crucemos lanzas contra todo aquello que se oponga al bienestar de nuestro pueblo, a nuestra necesidad imprescindible de ser libres; para seguir siendo merecedores del gran privilegio que implica ser ciudadanos de Guayaquil, amantes del río y del mar, soñadores en un mundo de justicia y creyentes de un mañana mejor.

Muchas gracias.



DISCURSO N° 22  
Junio 29 de 1999  
Cámara de la Pequeña Industria

***“...No transigí jamás, cuando hubo que defender la verdad, la justicia y los ideales en los que creo; y no tuve nunca otro norte, que no fuera el de servicio a los legítimos y postergados intereses del pueblo ecuatoriano...”***

Son cerca de cuarenta años, los que han transcurrido, desde que sentí la necesidad, y creí mi deber aportar a la estructuración de una clase empresarial, íntimamente comprometida con el desarrollo del país, en todo sentido. En estos años, mi vocación, el destino y mi perseverancia, me han deparado, también, el honor de servir al Ecuador, como Asambleísta Constituyente, como Senador, como Representante Nacional, como Presidente Constitucional de la República, por la voluntad soberana del pueblo; y, ya dos períodos, como Alcalde de Guayaquil, por abrumadora votación.

Mi paso por los sectores industriales se desarrolló por un intenso proceso de firmes convicciones en el que, infatigablemente, clamé por una actitud que legitime los intereses de quienes aportaban sus capitales y proyectos, en la búsqueda de justas utilidades, las mismas que sostenía tenían que ser equilibrada y racionalmente compartidas con el sector laboral, luego de un escrupuloso cumplimiento, de las contribuciones para con el Estado, despojándonos de proteccionismo y prebendas innecesarias.

Luché siempre por la afirmación de los derechos de la clase empresarial, en tanto en cuanto los mismos no se opusieron a los derechos que asisten a todos los componentes del país y, por supuesto, dentro del marco de leyes justas que teníamos que promover, a fin de elevar nuestros niveles de productividad y transitar con éxito por los caminos de la libre competencia, en un bien entendido concepto de economía social de mercado.

Teníamos que derrotar los grandes males del subdesarrollo; la falta de educación; de salud; el desempleo; la falta de vivienda; la miopía, perversidad y negatividad de los repartidores de miseria que, con discursos y actuaciones demagógicas, sostenían economías estatizantes, centralmente planificadas, paternalistas, esclavizantes y corruptas, retardadoras y limitantes de un desarrollo sostenido, que nos llevará, en algún instante, a la elevación de los niveles de vida de nuestra población y al fortalecimiento de la economía nacional.

En este contexto de lucha, de la que fui protagonista, fundamentalmente en los campos de la política industrial, desde las Cámaras de la Producción, una de las cuales, la de Industrias, me honré en presidir por varios períodos, y en los organismos del sector privado internacional, afianzadores de la integración y adelantados en la teoría de la globalización, que no ha tardado en llegar, para encontrarnos ahora, lamentablemente, postrados y disminuidos, por factores que vale la pena analizar.

La pequeña industria, y esta su Cámara, representa, sin duda, la más noble forma de unir, a la creatividad de nuestra gente, el proceso industrial, que les permita encontrar cauces importantes

de mercado, en donde cristalizar sus aspiraciones. Los ecuatorianos de innata capacidad artesanal, los pequeños empresarios, han encontrado en esta línea de una industria intermedia, con menores requerimientos de capital, la posibilidad de generar empleo y riqueza, a la vez satisfacer las necesidades de nuestra población, permitir el desarrollo y hasta competir en los mercados extranjeros.

El deber cívico me llevó a actuar, como asambleísta constituyente y legislador, y siempre lo hice desde la más absoluta minoría, levantando mi voz, esgrimiendo la verdad y tomando los riesgos que la responsabilidad de servir a los ecuatorianos me imponía. No transigí jamás, cuando hubo que defender la verdad, la justicia y los ideales en los que creo; y no tuve nunca otro norte, que no fuera el de servicio a los legítimos y postergados intereses del pueblo ecuatoriano.

El pueblo me ungió como Presidente Constitucional de la República, y me esforcé, al máximo, por defender a la sociedad ecuatoriana de los graves embates de la inseguridad que representaba una criminal guerrilla urbana, que la irresponsabilidad e ineptitud, y la complicidad del Gobierno anterior al mío, habían sembrado. Recibí un país destruido por El Niño del año 1983, por dogmáticos, que aún aparecen de vez en cuando, ahora con un discurso en que nunca creyeron, ya que fueron, desde su origen, socialistas comunitarios, detractores de la propiedad privada, de la competencia y de las sanas políticas de una economía liberal, social y moderna.

Desde el Gobierno consolidé la unidad de los ecuatorianos, de tratamiento justo y equilibrado, a todas las provincias del país, liberé la economía, floté la divisa, construí más viviendas y realicé la más gigantesca obra pública, que ningún Gobierno en la historia del Ecuador, y senté las bases para permitir la gran transformación económica del Ecuador.

La producción recibió, en esa época, el impulso vital que le permitió expandirse y crecer, elevando, a niveles sin precedente, las exportaciones de los productos no tradicionales y tradicionales, casi duplicando las exportaciones bananeras, alentando la siembra del camarón y su proceso industrial, dando los pasos iniciales y fundamentales de la siembra y exportación de flores en el país, todo ello, pese a la gravísima conmoción que causó a la República el terremoto que rompió, por cinco meses, nuestro oleoducto y la baja del precio del petróleo, que llegó a niveles de seis dólares el barril, cuando los gobiernos anteriores habían tenido precios de hasta cuarenta dólares por barril.

Cuando entregué mi mandato presidencial y pensé reintegrarme, con derecho, a mis actividades privadas, no pude negarme al llamado de los guayaquileños que, desesperados, miraban avergonzados, y casi sin esperanzas, la debacle, el abandono, el vilipendio y el saqueo al que estaban sometidos por las administraciones municipales, que habían caído en manos de una horda de bárbaros, que habían totalmente destruido la ciudad y el cantón.

Hoy nos sentimos satisfechos; ahí está el Guayaquil de hoy, como muestra de lo que se puede hacer, con honradez y eficacia, con amor y dedicación; ahí está Guayaquil, como ejemplo de lo que hay que hacer en la República, privilegiando el gasto, eliminando la burocracia innecesaria, terminando con la inmoralidad, restituyendo los valores y trabajando con capacidad.

Sin duda, quienes dirigen esta cámara, han desplegado una labor, en este campo, que merece el reconocimiento de todos, y es esta la oportunidad, señora Presidenta de la Cámara de la Pequeña Industria del Guayas, señores directores, pequeños y medianos industriales, que la conforman, de decir gracias por esta condecoración, de alto significado y trascendencia.

Recibo este homenaje, consciente de que, a través de él, se exterioriza y se conjugan todas las aspiraciones y los sentimientos de estos treinta años de existencia, de la Cámara de la Pequeña Industria del Guayas, en cuyo seno, sus miembros deben encontrar el camino más adecuado, para sumar sus esfuerzos y conseguir sus propósitos.

La hora trágica que vivimos tiene muchos responsables: los empresarios, que olvidándose del cumplimiento de sus verdaderas obligaciones, han buscado, con respetables excepciones, el camino de la utilidad fácil, del endeudamiento ilimitado, el no pago de los impuestos, no necesariamente para reforzar la industria, sino muchas veces para sostener estándares de vida ajenos a su realidad, extraños a la situación del país, en lo que hemos tratado de mantener esnobismos y sofisticaciones, de buen y de mal gusto, en donde han ido a parar, siempre lejos del país, los capitales que deberían haber estado creando riqueza, aportando trabajo y cumpliendo cabalmente, con los tributos que manda la ley.

Vivimos en un país de evasores, que nunca han querido aceptar la responsabilidad que implica el tener una identidad de República, el sentir a la nación, en el pasar de población a pueblo, para luchar por ideales, para oponernos a lo injusto y para asumir, con valor, los retos y desafíos que cada momento, en diferente forma, exigen.

Responsables son, sin duda, los políticos irresponsables, sin conciencia, que desgraciadamente son la mayoría, que han pretendido afianzar, endebles y engañosos, liderazgos sobre la base de la incapacidad, la oferta demagógica y la vocinglería de la calumnia y de la ofensa; aquellos que hablaban de desarrollos de abajo hacia arriba y que, cuando llegaron al Gobierno, sumieron al país en la más absoluta inactividad, inflando la burocracia, organizando ciertos sindicatos privilegiados de trabajadores públicos, que conforman esas burocracias doradas que, enquistadas en las empresas del Estado, se roban y aprovechan del esfuerzo y del sudor de millones de ecuatorianos; predicaron odio y cosecharon hambre para nuestro pueblo.

Son responsables, también, aquellos que permitieron que un terrorista económico, vanidoso e hinchado de poder, intentara someter a los ecuatorianos a políticas sin conciencia y silenciara voces, a través del reguero de jugosas donaciones, realizadas con los fondos de los gastos reservados, con la complicidad de quien debió haber tenido la entereza de frenar estos abusos.

Son, sin duda, culpables aquellos que llegaron al degradante espectáculo, de convertir los centros históricos del poder en escenarios de alucinantes y esquizofrénicos bailoteos y cantos, detrás de los que intentaban camuflar vergonzosos saqueos, que fácilmente olvidamos, cuando volvemos a permitir que esas gentes puedan pretender ser los que salven al Ecuador.

Lo fue también el interinazgo, que precedió al Gobierno actual, y que estaba en la obligación de actuar, con austeridad, sin buscar la lisonja, a base de contentar a todo aquel que pide sin justificación ni límite. Ellos estaban obligados a retomar causas de disciplina y de severa sobriedad, y no lo hicieron.

Hoy estamos atrapados; la fiesta no fue interminable; nos debatimos en el rescoldo desventurado de la orgía, de los que aún pretenden volver, y la hipócrita conjunción de contrapuestos intereses, que conforman la convergencia progresista, que se unifican para repartirse prebendas, nombramientos no idóneos, y hacer mayorías, para imponer las barbaridades que están conmoviendo al Ecuador.

Unos cuantos malos ecuatorianos, agazapados tras un regionalismo y centralismo asfixiante y despreciable, se han dedicado a saciar sus incontenibles apetitos de riqueza y poder, tratando discriminatoriamente a nuestra región, a nuestros sectores económicos, con la complicidad y el servicio de autoridades incapaces y pusilánimes, en unos casos, y perversas, en otros, que han llevado a la debacle al sistema económico y financiero nacional.

Se está destruyendo el sector financiero del país, con continuas y erráticas políticas, en donde priman los altos intereses, la falta de incentivos al sector productivo, y una malintencionada campaña, tejida y planificada por los mismos, que no tienen otra meta que el cumplido pago de la deuda externa, para así poder seguir rentando, escandalosamente, de los bonos de la misma.

Hasta las más insospechadas instituciones del país, como aquellas llamadas a velar por la fe del pueblo ecuatoriano, resultan ser acreedores de nuestra deuda externa, y se han prestado a ser comparsas de personajes que, con su presencia siniestra, en el corazón y la acción de ciertas esferas del Gobierno actual, han conducido al Ecuador al punto más negro de su historia, desoyendo respetables y conscientes voces, que no se han prestado a tan criticable actitud.

¿Cómo se puede luchar contra todo esto, cuando la prensa y los medios de comunicación colectiva, callan; cuando se intenta someter con el chantaje de su crítica malsana a quienes hemos condescendido en muchas cosas, en la búsqueda de la gobernabilidad?

¿Cómo defendernos, si los enemigos de nuestro esfuerzo y de nuestra lucha están tan cerca de nosotros, en nuestras propias instituciones; muchas veces, prestándose con cobardía o ambición al juego de intereses y a las veleidades del poder, aun a costa de quebrar una línea que debería ser inexpugnable, para poder afirmar nuestros derechos de región, sin los cuales el país desaparecería, y para poder defender las instituciones y las empresas que han nacido en nuestra provincia y en nuestra ciudad para servir al Ecuador entero?

¡Qué fácil les resulta a quienes nos han conducido al despeñadero, encontrar algún aliado, entre gentes que medran del sector empresarial, para que les hagan el juego, a quienes quieren dividirnos, y hasta enfrentarnos, como que no hubiera costeños y guayaquileños que cumplen, con gallardía y eficacia, sus responsabilidades para con el país, en el ejercicio delicado de funciones públicas!

Ustedes y el país me han escuchado, por muchos años, y saben que yo no voy a claudicar; que voy a seguir bregando por lo que considero justo, por lo que es honrado, por una consulta y conveniente descentralización profunda, dándonos autonomía, sin desmembrar la República, afianzando su unidad.

He dicho que es momento de imaginación para buscar nuevos caminos; que ha llegado el momento de una estudiada dolarización de nuestra economía, como fórmula que nos impida seguir cometiendo el crimen de gastar más de lo que podemos y debemos; que lo hagamos.

He sostenido también que si hay que denunciar a quien, desde la alta responsabilidad de un Ministerio, sirve a intereses negativos del país, lo hagamos y exijamos, consecuentemente, su destitución.

Vamos a seguir luchando para hacer respetar nuestros derechos y exigir un trato sin discrimenes, para quienes hacen las instituciones de esta región. Lo haremos, solos o

acompañados, consecuentes con un pueblo que sigue respaldando actitudes de lealtad y de valor.

Así como hacemos estos señalamientos, exigiremos sanción para quienes hayan violado las leyes, o se hayan aprovechado de lo que no les pertenece, en cualquiera de las actividades, públicas o privadas, que conforman el hacer nacional.

No existe otra fórmula de salir de la pavorosa crisis en la que estamos sumergidos, sino mediante la reducción del tamaño del Estado; la eliminación de los sindicatos y de las burocracias doradas; la reestructuración de la deuda externa; la inmediata modernización del país, a través de privatizar lo que se deba privatizar, en forma prístina y transparente, y acometiendo, urgente y agresivamente, la reactivación de la producción nacional.

Que la hora que vivimos nos sirva de lección; que hay que luchar siempre por los intereses de la patria, no como lo sucedido cuando se permitió que se afecte nuestra integridad territorial, pretextando una paz que no está afianzada en la dignidad y en la justicia; y cuando hemos permitido que se olviden nuestros ineludibles principios; que sólo podremos salir adelante, si dejamos a un lado los intereses mezquinos, el cálculo egoísta, los compromisos y las ambiciones.

Gracias, una vez más, por tan alta condecoración. Son todos ustedes, no puedo dejar de decirlo, excesivamente generosos.

Gracias.

DISCURSO N° 23  
Julio 25 de 1999  
Salón de la Ciudad

***“... Mi patria y mi ciudad bien valen la pena el sacrificio realizado y ustedes saben que, al entregarles mi corazón, apasionado y firme, les he estado entregando mi vida...”***

Aún retumba sobre el asfalto de Guayaquil la marcha impresionante de un pueblo valeroso, que hizo estremecer con su protesta la inolvidable tarde del 20 de julio. Ahí estuvo, desbordado y palpitante, el corazón del pueblo guayaquileño, el coraje de su juventud, la abnegación y la virtud de sus mujeres, la decisión y valentía de sus hombres.

Todo Guayaquil, volcado en su avenida principal. Diciéndole a la República y a su Gobierno, que el camino escogido está equivocado, que hay que enmendar errores, que hay rectificar rumbos. Que no vamos a permitir que el Ecuador se hunda.

En las calles de este Guayaquil inquebrantable no estuvieron intereses de grupos ni de gremios, planteando sus particulares problemas. A esa gran cita concurren todos, cobijados por la misma bandera, elevando un mismo grito de protesta, en gran alarde de unidad y con esperanzado fervor, en la necesidad de un cambio integral, que nos permita afrontar, no sólo la grave crisis que soportamos. Sino el desafío de los nuevos tiempos. Ahí estuvieron, confundidos en un solo grito, unidos en un gran abrazo de patria, empresarios y obreros, empleados, deportistas, los del norte y los del sur, los del este y el oeste de esta valiente ciudad, acostumbrada a responder a los grandes desafíos.

Ahí estuvieron los pobres, para quienes la esperanza no muere jamás. Ahí estuvo el Guayaquil de siempre. Aquel que desafió al fuego y al pantano, aquel que no sucumbió frente a la codicia del pirata, ese Guayaquil legendario, que formó parte de los ejércitos libertadores que, luego de la gesta de Octubre de 1820, atravesaron los Andes y subieron al Pichincha, a dar la libertad al Ecuador.

¡Cómo se habían equivocado los que pensaron que Guayaquil estaba ajena al sufrimiento de los pueblos de la patria!

¡Qué poco la conocían los que la calificaban de impávida e indolente!

Ha perdido identidad, decían los que buscaban explicación a su serena y generosa actitud de espera.

Qué confundidos estaban aquellos que no han podido aceptar que aquí no hay lugar para el odio, que los guayaquileños no sabemos de rencores, pero que nunca le hemos virado la espalda al llamado angustioso de la patria y que, cuando actuamos, no hay cadena que no podamos romper, ni tiranía que no sepamos enfrentar.

Cuánto daño le han hecho al Ecuador los voraces apetitos regionales, que han querido someter y despojar a la ciudad huancavilca. Son pequeños de alma aquellos que, infiltrándose en los altos poderes del Estado, ponen en juego y en peligro la unidad nacional, en su inútil intento de negarnos nuestros derechos y de poner trabas a nuestro desarrollo.

Teníamos que decir que esto se acabó, que el centralismo no va más, que la reconstrucción de la Costa tiene que acelerarse, que los dineros del pueblo le tienen que ser devueltos, que ya no podemos soportar más tributos.

Teníamos que decir que no debemos ni podemos aceptar todo lo que el Fondo Monetario Internacional exige, que debemos reestructurar y renegociar nuestra deuda externa, que hay que modernizar, con transparencia y urgencia, que el aparato productivo del país, generador de riqueza y empleo, tiene que ser reactivado; y que hay que encontrar un nuevo esquema monetario, que garantice el poder adquisitivo de los salarios y termine con la inflación y las emisiones sin respaldo.

Que el Estado tiene que recortarse; que la burocracia dorada y la innecesaria tienen que eliminarse; que la salud, la educación y la seguridad tienen que ser gratuitas y garantizadas; y que los gobernantes tienen que estar atentos a la voz del pueblo, sin que esto signifique privilegiar a unos discriminadamente, en perjuicio de la igualdad ante la ley, que asiste a todos los ecuatorianos.

Para ello salió Guayaquil el 20 de julio, para que se cambie; y es deber del gobernante escuchar la voz del pueblo; porque, así como sabemos ser pacíficos y comprensivos, también sabemos defender, hasta el heroísmo, la supervivencia de la nación y el pan de nuestros hijos.

Oportunamente denunciemos las políticas económicas equivocadas, advirtiendo de sus funestos resultados. ¿Para qué tomar medidas que, se aseguró, eran indispensables e inamovibles para, luego de que se produjo el caos y las protestas, aceptar retirarlas?

No estamos de acuerdo con que se tape un hueco destapando otro, ni que se tomen medidas condicionándolas a que sea el Congreso de la República el que, a través de nuevos impuestos, reponga los ingresos que dejarán de percibirse.

No es correcto señalar como desestabilizadores a quienes protestan democráticamente, así como resulta ridículo escuchar al contumaz causante de las desgracias ecuatorianas, heredero accidental del sillón de Rocafuerte, lanzarse con amargura y frustración, señalando como conspiradores a quienes hemos hecho de nuestra vida, ejemplo claro de respeto a la Constitución y a la democracia.

Guayaquil ha levantado su voz, y espera rectificaciones. Somos conscientes de que la situación es difícil, y estamos dispuestos a apoyar lo justo, con la misma entereza con que rechazamos los atropellos y las agresiones, y con la misma decisión, con que vamos a hacer respetar los principios y las leyes que nos amparan.

Que esta página brillante que Guayaquil acaba de escribir sea el más sentido homenaje a este aniversario de su fundación.

Que el cerro, el río y el estero, testigos de nuestra trayectoria y escenario de nuestras luchas, se sientan satisfechos y seguros de que jamás traicionaremos nuestra vocación de entereza y

libertad; y que el Ecuador esté convencido de que nuestro grito emblemático siempre será el de “Guayaquil por Guayaquil” y “Guayaquil por la patria”.

Es mi deber, conciudadanos, hablarles en esta sesión de conmemoración, de lo que hemos podido hacer en este año por nuestra ciudad, informarles de lo más representativo de la obra municipal que, pese a la tremenda crisis que vive la República, y al desgarrador cuadro que nos dejó el paso de El Niño, no se ha detenido y puedo informarles, con satisfacción y con ufanía, que hemos seguido avanzando y cambiando el rostro de Guayaquil.

Se ha elaborado el Plan Regulador del Desarrollo Urbano de Santiago de Guayaquil, con el asesoramiento de la oficina Hábitat de las Naciones Unidas, instrumento que brindará una visión de lo que deberá ser la ciudad al cabo de veinte años, indicando hacia dónde debe crecer la urbe según los usos del suelo. Planificando asentamientos comerciales, en unos sectores, y habitacionales, en otros; programando el equipamiento urbanístico con el aeropuerto de la Costa, con el nuevo puerto, con la masificación del transporte urbano, el nuevo puente sobre el río Guayas y las reservas naturales, como los bosques protectores de la cordillera Chongón Colonche, así como la recuperación del manglar, del Estero Salado y el río Guayas.

Se están licitando los túneles, que atravesarán el cerro Santa Ana y del Carmen, para conectar el centro con el norte, con una longitud, el uno, de setecientos cincuenta metros, y el otro de quinientos treinta metros, más el viaducto sobre la avenida Pedro Menéndez Gilbert, de setecientos ochenta metros de longitud, y un paso elevado sobre la calle Loja, de trescientos cincuenta metros, monumental obra que seguirá cambiando la faz de la ciudad.

Seguimos legalizando las tierras y esperamos que, hasta agosto del año 2000, los beneficiarios sean, por lo menos, cien mil familias con títulos de propiedad, con acceso a los servicios de recolección de basura, reconfiguración y relleno de calles, construcciones de muros, etc., y con la exoneración del impuesto predial urbano de cinco años, convirtiéndose, a través de su título de propiedad, en sujetos de crédito con posibilidad de mejorar su vivienda.

En materia de salud, la labor municipal ha sido silenciosa y gigantesca, dirigida fundamentalmente a los más pobres, a través de los dispensarios médicos, ubicados en las áreas más populosas y humildes de la ciudad, y en las parroquias rurales del cantón de Guayaquil y, a través de las brigadas móviles, que incansablemente recorren los sectores marginales.

A través de la movilización cívica y mediante la organización y autogestión comunitaria, se han recuperado más de setecientos cincuenta áreas verdes, pequeños parques de barrios y ciudadelas, y los parterres, de diferentes calles y avenidas, han sido rehabilitados y embellecidos.

Debo dejar constancia de mi profundo agradecimiento a todos quienes forman parte del personal municipal. Gracias a cuyos esfuerzos y colaboración hemos podido obtener los logros alcanzados.

El proyecto Malecón 2000, esfuerzo en conjunto de la Municipalidad y la ciudadanía, fundamentalmente la empresa privada, que en forma decidida ha puesto en marcha, a través de la Fundación Malecón 2000, es ya una hermosa realidad que ha cumplido, pese a las dificultades por las que atraviesa el país, con la culminación de su primera etapa, que aspiramos inaugurar el



próximo 9 de octubre y que comprende, lo que se ha denominado la Plaza Cívica, desde la calle 10 de Agosto, por el sur hasta P. Icaza, por el norte con un área superficial de veinticuatro mil quinientos tres, sesenta y un metros cuadrados, de los cuales trece mil seiscientos cincuenta y cuatro metros corresponden al área existente y diez mil ochocientos cuarenta y nueve, veinte metros se han ganado al río, por medio de una losa de hormigón armado sobre pilotes del mismo material.

El sueño ha comenzado a tomar forma, hemos ido al encuentro de nuestro río y nuestro espíritu va a correr junto a él, para alcanzar este y mayores logros, porque grande es el destino de nuestra querida Guayaquil.

Con gran esfuerzo, guayaquileños, seguimos avanzando. Atrás han quedado, ojalá sepultadas para siempre, una serie de lacras contra las cuales acometimos desde el día en que, con vuestro apoyo abrumador, iniciamos nuestro primer período al frente de esta Municipalidad.

Se ha hecho mucho, y nos ha costado a todos el salir del horror, la vergüenza y el espantoso fatalismo en el que nos habían sumido el latrocinio y la irresponsabilidad.

En el pasado han quedado, y nunca deberán volver, los terribles hacinamientos de basura, las calles destruidas, la casa de la ciudad convertida en antro de oscuros atracos, la demagogia, la falsificación, el descuido y el pesimismo, que como una espesa bruma cubría nuestro cielo, que hoy luce luminoso y azul, como corresponde a la hidalga Guayaquil.

Se ha construido sin cesar; hoy empezamos a parecernos a una ciudad moderna, nuestras calles y avenidas lucen reconstruidas, los grandes proyectos empiezan a tomar forma y otros, que van a cambiar para siempre la imagen de nuestra ciudad, se van a iniciar, en unos casos, y se están proyectando, en otros.

Cada julio, durante estos siete años de indesmayable acción municipal, les he dado cuenta de lo que hemos podido realizar, y lo que ayer era asombro y hasta incredulidad, hoy forma ya parte de nuestra realidad y es motivo de satisfacción y orgullo para quienes sentimos intensamente a esta urbe, en donde reside el pueblo, con cuyo concurso el gran cambio ha sido posible.

Vamos a entrar a caminar en un nuevo siglo, en el comienzo del tercer milenio de nuestra era cristiana, y vamos a tener que enfrentar el temible reto de los milagros tecnológicos. De la gran aventura del desarrollo programado, del crecimiento y la competencia, sin otro límite que el de nuestras posibilidades.

No podemos quedarnos rezagados; ni siquiera hay tiempo para mirar atrás; nuestros pasos tienen que ser para adelante, sabedores de que serán muchas las exigencias y que en este camino sin retorno vencen los más fuertes y se postran impotentes los que no están dispuestos a luchar sin denuedo.

Por fortuna, conciudadanos, nos sobra garra y pundonor, y me he preocupado, hora tras hora, de dotar a Guayaquil de una infraestructura que le permita hacer frente al desafío.

Tenemos que terminar Malecón 2000, hay que llegar a la concesión y privatización de los servicios de agua potable y alcantarillado de Guayaquil.

Hay que seguir haciendo puentes y avenidas; hay que hacer más parques; hay que oxigenar y recuperar las aguas del Estero Salado; hay que rellenar y pavimentar los suburbios y hay que ponerle empeño y estudiar a fondo la aplicación de una descentralización profunda, que permita a los organismos seccionales el ejercicio de autonomías, concebidas con responsabilidad, que logre el mejor aprovechamiento de nuestros recursos y que sean basamento firme de la unidad nacional.

En las manos de ustedes está, guayaquileños, el futuro de esta cuna nuestra, para la que bien valen todos los sacrificios y todos los esfuerzos.

De mi parte, no ha faltado ni voluntad ni entrega. He alzado mi voz para reclamar al poder central, tantas veces cuantas han sido necesarias, para que nuestras rentas lleguen. Para que los recursos fluyan, para que se cumpla con lo que mandan y disponen nuestras leyes y, no puedo negarlo que, por fortuna, he encontrado siempre una respuesta positiva, aun en los gobiernos a los que, con dureza, pero siempre con patriotismo, hemos tenido que criticar y hasta oponernos, y jamás he sido ingrato para regatear el agradecimiento de Guayaquil, para quienes la sirven y hasta para quienes, en cumplimiento del deber, le dan lo que le corresponde.

En esta casa, que es la casa del pueblo de Guayaquil, jamás faltará el respeto para el gobernante y, corteses y valientes, alzaremos la voz para protestar y reclamar y tenderemos la mano para ayudar y comprender, porque esa es la actitud fundamental que caracteriza a los guayaquileños; porque esa ha sido, es y será la expresión más fiel de nuestra idiosincrasia y de nuestros sentimientos.

En un año y unos días más, los voy a dejar guayaquileños. Por largo tiempo he estado al servicio del país y de la ciudad. La entrega ha ido más allá de lo que mis fuerzas lo permiten. Y no ha habido riesgo que no tomara, en el afán de cumplir con los encargos del pueblo, de mi patria y de mis conciudadanos.

Debo confesarles que mis manos han sangrado de apretarse, impotentes de solucionar angustiosos problemas, de los cuales no pierdo la esperanza que algún día podremos superar; pero, junto a los dolores que la gravedad de los problemas que enfrentamos me han causado, hay también las grandes satisfacciones, que su respaldo y afecto me han proporcionado.

Mi patria y mi ciudad bien valen la pena el sacrificio realizado y ustedes saben que, al entregarles mi corazón, apasionado y firme, les he estado entregando mi vida.

Gracias.

DISCURSO N° 24  
Octubre 9 de 1999  
Salón de la Ciudad

***“...nosotros vamos a estar donde siempre hemos estado, junto al pueblo, gritando su angustia, defendiendo sus razones...”***

Largo ha sido el camino recorrido por el hombre en su búsqueda constante de libertad, experiencia y superación, porque esa ha sido su historia, la de romper murallas, la de afirmar la huella de esfuerzo y de constante lucha por sobrevivir y por triunfar, corriendo tras quimeras, abrazando desengaños y haciendo de cada final un nuevo punto de partida.

Por ello es vital y trascendental hacer memoria del pasado, para eso el Creador nos dio el don de recordar, porque el presente y el futuro se construyen afirmándose en la continuidad, sobre bases que vienen desde atrás, con antecedentes que fortalecen nuestros cimientos, que ilustran nuestros raciocinios, que nos permiten resumir lo vivido, para hacer el gran acervo de la experiencia.

En estas horas de gravísimos peligros hemos alzado nuestra voz, y hemos insistido en la necesidad de que se escuchen criterios producto de la experiencia. Hemos pedido decisiones acertadas y oportunas, que se pise sobre tierra firme para que el Ecuador no zozobre, para que nuestra historia no termine, para que deje de haber llanto y dolor en el hogar de los ecuatorianos.

No se ha escuchado; y hoy estamos sufriendo el colapso definitivo, y son casi imposibles de recorrer los angustiados caminos que aún nos quedan.

Sí hay que mirar atrás, señores gobernantes. Sí había que mirar atrás y, de haberlo hecho, se hubiera podido evitar que quienes, en 1994, renegociaron nuestra deuda, adquiriendo compromisos imposibles de cumplir, para defender insaciables intereses, de sectores vinculados, vuelvan a manejar los mismos temas y a seguir en su criticable actuación de servicio a minúsculos intereses en desmedro del patrimonio de nuestro pueblo, y a costilla de su sufrimiento, tratando de imponer políticas tributarias de exacción y de abuso.

¡Cuánto hemos clamado por un tratamiento adecuado al gravísimo tema de la deuda externa!, tuvimos que escuchar decenas de veces la misma respuesta: que lo único que teníamos que hacer era pagar, que no se podía pedir un tratamiento mejor, que era pecado hablar de reestructuración y que la firmeza con que se defendía el pago esquilmante y dramático para el país, de los intereses de los Bonos Brady, sobre el valor nominal de los mismos, no debía ni podía ser cambiado si no queríamos producir una hecatombe.

Siempre fuimos partidarios de honrar nuestras obligaciones, y planteamos soluciones que permitían hacerlo, al tiempo que recomprobamos en su justo valor el del mercado, gran parte, si no todos, los famosos Bonos Brady, usando las garantías colaterales y mecanismos de facilidad petrolera.

Hoy, cuando ya el país se desintegra, cuando se abandonó la oportunidad de reactivarlo económicamente, cuando se ha distorsionado con mentiras y tratamiento discriminatorio el sistema bancario nacional, cuando se ha dividido la República, llenándola de frustraciones y resentimientos por un centralismo absurdo y mezquino, se le anuncia al mundo que no tenemos capacidad de pago, al tiempo que se paga, haciendo uso de sui géneris mecanismos. Mientras tanto, seguimos esperando los miles de millones que se aseguró vendrían luego del recorte de nuestros territorios y la cesión de nuestros derechos amazónicos, precio que nos impusieron por la paz.

Se ha dicho, en forma que muchos no entendieron, que no se podía pagar lo que no se tiene, mientras se planteaba el pago de los intereses de los bonos que no tienen garantía colateral, y se proponía que los que tienen el colateral que garantizaba el capital, cobren del mismo los intereses vencidos.

Una rara manera de no pagar, pagando, y ninguna claridad en lo medular, que es la reestructuración de la deuda y la recompra que habíamos, junto a mayoritarios sectores del país, planteado.

Una y otra vez lo dijimos, lo advertimos con oportunidad. No podía manejarse la deuda externa en forma tan ligera e irresponsable y ahí están los resultados: la catástrofe. Hemos caído en mora y se avecinan nuevos y mayores males que, mucho me temo, el Ecuador no podrá soportar.

Hoy se nos dice que el asunto no es tan grave, que las demandas no demorarán días sino meses en ejecutarse, mientras se cierran las últimas líneas de crédito que el país tenía y se deja destruida la imagen del Ecuador en la comunidad internacional.

El país conoce cuál ha sido y cuál es nuestra posición: seria, viable, cuantificada, y sabe las soluciones que hemos aportado para enfrentar la grave crisis que vivimos. No era, ni es potestad nuestra el poder lograr que se apliquen las propuestas que hemos considerado convenientes.

No se ha oído, se han escogido caminos que creemos equivocados y ahí están los resultados.

Ahí está la Costa, casi abandonada; nada o muy poco se ha reconstruido. Ahí está nuestra producción agrícola en su peor y más triste momento, con la producción camaronera gravemente amenazada y destruida y con un manejo financiero totalmente negativo, que impide el pago de los créditos del sector privado a la banca, y que hace imposible, debido a los altísimos intereses que se implementan, políticas crediticias que promueven la producción, creen trabajo y reactiven la economía.

No podemos aceptar que, mientras se mantienen congelados, por disposición del Gobierno, gran parte de los dineros del pueblo ecuatoriano, se lo sigue castigando, bajándole los intereses en forma arbitraria, al tiempo que, sorprendentemente, se niega la posibilidad de que la Corporación Financiera Nacional reciba los certificados de dichos depósitos, para que el sector privado cancele sus deudas y pueda reactivarse.

El país vive una constante incertidumbre. Se nos había afirmado que la carta de intención, con el Fondo Monetario Internacional, no se podía firmar mientras no se aprueben nuevos impuestos, mientras no se suba el IVA y mientras no haya un presupuesto financiado; y ahora se nos

anuncia que ya está firmada, por el Ecuador, dicha carta de intención, sin que el Congreso haya aprobado lo que, hasta hace poco, era condición imperativa.

Sin embargo, una vez que se anuncia la firma, se nos dice que su aprobación está condicionada a la misma subida de tributos, que el país ya ha rechazado, y a nuevas alzas en los precios del gas y los combustibles, entre otras condiciones.

Para qué tanto esfuerzo y para qué el heroísmo de quienes nos dieron libertad y lucharon por nuestra independencia, si íbamos a echar por la borda la gloria que heredamos, y hasta la producción de una tierra feraz que, a pesar de todos los errores que hemos cometido, ha mantenido a nuestro pueblo, que hoy ya no soporta una situación que ha convertido su pobreza en miseria, que puede, incluso, llevarnos a una lucha fratricida.

A esto se suma el espectro de la inseguridad en la que nos mantienen sumidos, la impotencia del sector público, de cumplir con su obligación de proteger la vida y los bienes de los ecuatorianos, mientras empiezan a dar visos de descomposición, el manejo de temas como el del cuidado de nuestra frontera norte, que se está convirtiendo en amenaza de mayores males, por el contagio de la criminal situación que soporta nuestra vecina Colombia.

Nuestra obligación de velar por Guayaquil y de administrar su Municipio con corrección, dedicación y capacidad ha ido más allá del límite de nuestro deber y, desde esta tribuna ciudadana, hemos alertado a los ecuatorianos, y hemos llamado a la reflexión a sus gobernantes, y hoy no podemos menos que lamentar el duro trance que vivimos y la dolorosa angustia a la que está sometida la República.

Que los hados de nuestra libertad se conduelan de nosotros. Que su inspiración nos dé fuerzas para soportar las tribulaciones, que el 9 de Octubre guayaquileño se repita interiormente en el corazón de quienes vivimos en esta tierra, para que no nos dobleguemos, para que junto a la memoria de Villamil, de Febres-Cordero, de Olmedo y de todos los grandes de ese ayer histórico, sigamos buscando los caminos y volvamos, si es necesario, a recorrer una ruta que nos empujó a la cumbre de nuestra libertad, y que nos entregó la misión de preservar nuestra Independencia y luchar sin cuartel, para hacer respetar el presente y el futuro de nuestros hijos.

Yo les puedo asegurar que, pese a todo, nosotros hemos defendido los valores de la ciudad, la hemos engrandecido, le hemos recuperado su dignidad y la hemos transformado en estos años, en los que, sin cálculos y sin retaceos, le hemos entregado todo lo que somos sin reservarnos ni la vida, para que podamos sentirnos orgullosos de ser guayaquileños, llenos de satisfacción; de ver pujante a nuestra ciudad, ufanos de una obra social y pública colosal, sin precedentes en la historia de la urbe, y conscientes de que, si los guayaquileños son capaces de valorar lo que tienen y de defenderlo, no habrá fuerza, por desquiciada y falsa que fuera, que pueda engañarlos una vez más, para llevarlos a los profundos abismos de la vergüenza y la postración de los que, con la ayuda de Dios y con la noble reacción de este pueblo, hemos podido sacarla.

Hoy hemos cumplido la primera etapa de un sueño que dormía en el ir y venir cadencioso de nuestro río. El sueño de un Malecón, cuya Plaza Cívica luce ya como una gran presea, que adorna el corazón de Guayaquil y que hará las veces, así lo espero, de un marcapasos que lo alentará, haciéndolo latir con vigor, cuando sus fuerzas desmayen y que tiene como especial significación el mantener viva la leyenda de honor y valor de los héroes epónimos de nuestra libertad, de la grandeza de nuestra historia, y el recuerdo imperecedero de los hombres y mujeres que han servido a la ciudad de Octubre y que han grabado su herencia de abnegación y

entrega en las columnas de esta plaza, llamada a ser el gran santuario del guayaquileñismo, el altar cívico de nuestra ciudad y el cumplimiento de una de las más importantes etapas de esta obra gigantesca, de reordenamiento cívico y urbano, que engalana a la ciudad y le dará, sin duda, bellas características de urbe moderna, afirmando su personalidad en su histórico crecimiento junto al río, en cuyas riberas se fundó.

Aquí iremos, en cada alborada del 9 de Octubre, a subir nuestras banderas, a elevar nuestros corazones, a defender nuestras conquistas, a cantar unidos y a renovar la fe, que tanta falta nos hará, para acometer la gran tarea de transitar por un siglo y un milenio nuevo, en el que los insospechados avances tecnológicos y el afianzamiento de lo material pueden poner en peligro la reciedumbre espiritual y moral que no debemos perder jamás, si queremos ser dignos hijos del Creador y protagonistas de inmensas batallas de gloria y de amor.

Pero, les prevengo guayaquileños, debemos estar vigilantes y férreamente unidos para enfrentar a quienes quieren impedir que esta obra continúe, arranchándonos las contribuciones que el sector privado nos ha brindado, a través de su voluntad expresada de que se nos dé el veinticinco de lo que él pague por concepto de impuesto a la renta o del impuesto a la circulación de capitales.

No vamos a permitirlo, y si tenemos que salir unidos a rechazar el despojo, lo vamos a hacer y no habrá fuerza que nos detenga, como no la habrá cuando pretendan seguirnos negando la autonomía y una descentralización acorde con nuestras realidades y necesidades, y se siga impidiendo nuestro desarrollo y amenazando nuestro presente y nuestro futuro.

En cada oportunidad que, en estos años de intenso hacer, los he convocado en este salón en el que, fiel a nuestras tradiciones, rendimos homenaje a las principales gestas de Guayaquil, les he enumerado las obras más importantes que se han venido realizando y que constituyen, sin duda, la demostración fehaciente de lo que representa una administración municipal, que no tiene otro objetivo que no sea el del servicio y la satisfacción de las necesidades de la ciudad y de sus pobladores.

Hoy, al acercarnos al ingreso a un nuevo milenio, pretendemos unirnos a la celebración de este tan especial acontecimiento y lo haremos inaugurando, en forma continuada, gigantesca obra que se culminan para bien de la ciudad, y que son todas partes de un proyecto que no se ha detenido y que se encuentra en su más expectante momento, y que, sin duda, representan a ese Guayaquil diferente que podemos y debemos realzar.

Hemos ido mucho más allá de lo que nosotros mismos hubiéramos creído poder hacer, y pronto podremos anunciar la adjudicación de los túneles que unirán al centro con el norte de la ciudad, atravesando nuestros tradicionales cerros de fundación, obra monumental que cambiará la imagen de Guayaquil y cuyas propuestas han sido entregadas justamente ayer, dentro de la licitación internacional que fue convocada para el efecto.

Hemos continuado con la entrega de títulos de propiedad a millares de poseedores en los sectores marginales de Guayaquil, cumpliendo así con la aspiración de los sectores más pobres de nuestra urbe que, a través de la legalización de su propiedad, podrán acceder a créditos de vivienda a más de asegurar legalmente su único bien patrimonial.

Sí, guayaquileños, resulta a veces asombroso pensar que en medio de tantas dificultades, con tantas limitaciones, hemos podido cumplir como lo estamos haciendo y para aquellos que, a

veces injusta y desinformadamente reclaman por la presencia de la obra cultural, que a algunos se les dificulta ver y hasta aceptar, quizás por el gigantesco tamaño de la obra material, hoy debo decirles que la obra municipal se sustenta en el rescate y promoción del civismo de nuestras costumbres y tradiciones, de ese sentir y hacer guayaquileño que evoca pundonor, que significa esfuerzo y que traduce la actitud permanente que nos caracteriza y nos identifica como ciudadanos y como pueblo.

La gran cruzada cívica que convocamos para difundir y apoyar la campaña educativa cultural de rescate del civismo “Ahora o Nunca, Guayaquil Vive por Ti”, ha continuado sin desmayo y ha logrado indiscutibles frutos.

Una clara identificación de la acción municipal con el pueblo de Guayaquil, convencidos de que la cultura es su mejor patrimonio y que ella: “Es la mejor medida del hombre”, parodiando al ilustre Rocafuerte, que también sostuvo que: “La educación de las masas afianza la libertad y termina la esclavitud”.

Debo agradecer y poner de relieve la invalorable ayuda de todos los que conforman esta Ilustre Municipalidad, el Vicealcalde, los señores concejales, los directores departamentales, funcionarios, empleados, obreros; sin ellos no hubiera sido posible alcanzar los logros y dar los servicios que Guayaquil se merece.

Es imprescindible que con decisiones políticas acertadas se tomen los correctivos necesarios, para que el nuevo milenio nos encuentre listos a dar el gran paso hacia lo ideal; que nuestro pueblo retome caminos como los que le enseñaron el 9 de Octubre de 1820, derrotando al egoísmo y al regionalismo, logrando la verdadera libertad, a través de una eficiente autonomía.

Si algo le pedimos a Dios cada mañana, es la salud, que nos permita concluir nuestro mandato y cumplir con nuestra responsabilidad como acostumbramos, y a ello agregamos nuestra esperanza de que Guayaquil y sus ciudadanos asuman que deben continuar, que no podemos exponernos al fracaso, que con más facilidad se destruye que se construye, y que agazapados se hallan los crueles y miserables enemigos de la ciudad, listos a aprovecharse de la desesperación y la angustia que el desempleo y las dificultades económicas producen en nuestra población, para estimular resentimientos, acicatear revanchismos y echar por tierra todo lo realizado, para volver a danzar en su aquelarre de odio y degradación, pisoteando la dignidad de Guayaquil, volviendo a convertirla en el basurero de sus nefastos sentimientos y de sus irresponsables manejos.

Desde el fondo de mi alma les pido, guayaquileños, que defiendan con el coraje que los caracteriza, lo que tanto nos ha costado, que Guayaquil no vuelva a ser nunca más botín de piratas, que haya siempre hombres y mujeres dispuestos a dar su vida por defender sus libertades y su derecho a un mañana mejor.

Hemos sido y seremos partidarios de un solo Ecuador, de un gran Ecuador, en el que las regiones se complementen y se abracen unidas por su origen y por una historia compartida de grandes alegrías y de muchas lágrimas, pero estamos conscientes también de que si no vamos a un proceso de descentralización profunda, a través de autonomías provinciales, que ha permitido a grandes y pequeñas naciones, fórmulas equilibradas de convivencia y cohesión, con las que sea posible promover el desarrollo que no llegará jamás, mientras se mantenga un sistema egoísta, mezquino, asfixiante y discriminatorio.

Ese debe ser nuestro objetivo inmediato, rechazando a los infelices que pretenden ver en la actitud limpia de los guayaquileños, posturas antinacionales. Aquí, en esta tierra, no hay sitio para traidores, aquí se ama al Ecuador, y así como aún lloramos con tristeza la pérdida de lo que consideramos siempre nuestro, así, con la misma intensidad de sentimientos, vamos a defender nuestro derecho a proteger el interés de nuestro pueblo y a creer que esa es la obligación a la que deben sumarse, en la búsqueda de su realización y su bienestar, todos los pueblos de la patria.

Que la fuerza que surge de lo hondo de nuestra entraña geológica nos encuentre solidarios y unidos en una sincera cooperación, sin mezquindades ni pequeñeces, dispuestos siempre a hacer sentir y vivir con intensidad el lema de “Guayaquil por Guayaquil, y Guayaquil por la patria”.

Acudiremos de inmediato a estar junto a nuestros hermanos de Pichincha y de Tungurahua, iremos donde el clarín de la patria nos convoque, para enfrentar juntos la adversidad y salir airoso, con la ayuda de Dios.

El pensar diferente es atributo que vino inmerso en el libre albedrío con el que fuimos dotados; la democracia requiere, para que no se convierta en sepulcro blanqueado, de la contraposición de ideas y principios, de las mayorías y de las minorías, del Gobierno y de la oposición, pero, fundamentalmente, de un alto nivel de patriotismo y de la capacidad de asumir decisiones, alejadas de los intereses en conflicto, que no pueden ni deben superponerse a lo que le conviene a la nación.

No vamos a aceptar aquello que consideramos equivocado, ni vamos a callar nuestra voz para rendir pleitesías a consensos que nos conduzcan al abismo. Esa no es nuestra vocación, nosotros vamos a estar donde siempre hemos estado, junto al pueblo, gritando su angustia, defendiendo sus razones, despreciando el engaño, iluminados por este sol de Octubre, al que hoy hemos podido saludar alborozados.

Señoras y señores.



DISCURSO N° 25  
Octubre 9 de 1999  
Plaza Cívica de Malecón 2000

***“...estos hombres guayaquileños, son, como dice una antigua crónica de la Colonia:  
Gente resuelta y de valor imponderable, como soldados y como marinos muestran desdén  
ante la muerte y los peligros...”***

Hoy nos hemos convocado para tener el privilegio de reencontrarnos con la historia de Guayaquil, con nuestra historia.

Este 9 de Octubre del fin del siglo XX permanecerá como un hito en el progreso y desarrollo de nuestra ciudad, simbolizando la transformación del gran Guayaquil, que con esta obra de regeneración y reordenamiento urbano pone su huella y marca con paso firme su digno ingreso al tercer milenio.

Que este hermoso proyecto que hoy empieza a hacerse realidad, sea el auspicio para que esta gran obra de Malecón 2000 logre su culminación y que junto a otras obras de enorme trascendencia, anheladas por décadas, rescaten definitivamente para Guayaquil su divisa de Perla del Pacífico y capital económica del Ecuador.

Me siento inmensamente satisfecho, como Alcalde del cantón Guayaquil, como Presidente del Directorio de la Fundación Malecón 2000 y, sobre todo y principalmente, orgulloso como guayaquileño, de poder inaugurar el primer tramo de este gran Malecón, que perennizará el justo homenaje de nuestros conciudadanos y de todos los ecuatorianos a una ciudad, que tanto bien ha hecho y sigue haciendo por la patria; porque sin la generosa ayuda de la ciudadanía que ha aportado cada centavo y cada sucre para su ejecución, no estaríamos esta noche inaugurando esta gran Plaza Cívica, demostrando a todos que, cuando Guayaquil se lo propone, nada es imposible.

He dicho que me siento por sobre todo agradecido, porque Guayaquil es una ciudad generosa, por eso quiero comenzar expresando nuestras gracias a quienes están haciendo posible esta obra que debe continuar hasta su total culminación. Gracias a todos los obreros, a los empleados, a los comerciantes, a los industriales, a los profesionales y empresarios, que confiaron en nosotros y contribuyeron con el donativo que la ley estableció para planificar, iniciar y construir esta obra. Gracias a las empresas de publicidad, firmas auditoras, diversas consultoras y profesionales, que entregaron desinteresadamente su esfuerzo, a los directores y funcionarios nacionales y extranjeros, y en forma especial a aquellos que, dejando sus obligaciones profesionales y postergando posiciones lucrativas, donaron su trabajo, su tiempo y experiencia para conducir desde sus primeros pasos esta gran empresa.

Mi agradecimiento al Directorio de la Fundación Malecón 2000, constituido por las más representativas instituciones de la provincia.

Quiero consignar también mi gratitud a quienes confiaron en la Fundación Malecón 2000, que me distinguió designándome su Presidente, y respondieron a nuestros requerimientos y prestaron de inmediato sus contingentes a las peticiones que personalmente les hice; tengan la satisfacción y la seguridad de que cada centavo donado ha sido celosamente cuidado y empleado en esta obra que, al margen de su belleza arquitectónica, será el aliciente de una regeneración urbana sin precedentes del centro de Guayaquil.

Toda dificultad encontrada fue superada de inmediato; hemos de reconocer que el Honorable Congreso Nacional, que diversas autoridades del sector público, que la empresa privada en general y de manera señalada la de Guayaquil y la ciudadanía, coadyuvaron con generosidad y agilidad en todo lo que fue solicitado. Mi agradecimiento al Banco Central del Ecuador, cuyos funcionarios tuvieron fe en el proyecto para encargar a la Fundación la construcción e implantación de su nuevo museo en el sector norte del proyecto. Igualmente agradezco al sistema bancario, a la gran mayoría de sus instituciones, por haber sido receptivos a nuestros requerimientos para atender las solicitudes de donaciones voluntarias, especialmente por las molestias que el cambio de legislación en el mecanismo tributario produjo en sus procedimientos.

La Fundación Malecón 2000 ha sido digna depositaria de esa confianza, hemos cuidado con extremado celo su inversión, hemos abierto la contabilidad de la Fundación al más riguroso examen, superando la crisis financiera por la que atraviesa el país, nos sobrepusimos, no nos dejamos amilanar y hemos demostrado que más vale la decisión y fortaleza en medio de la crisis, que dejarnos llevar por el lamento y la derrota. Así ha actuado siempre Guayaquil.

Que el ejemplo de la Fundación Malecón 2000 sea acogido por otras organizaciones, ya que en esta forma podremos satisfacer, en el futuro, las necesidades que se han visto preteridas por los gobiernos centrales, en perjuicio de nuestras ciudades.

Obras de la magnitud de este Malecón 2000 sólo se pueden realizar cuando existe un esfuerzo conjunto, entre poder público y empresa privada. Conozco que este sistema ha atraído la atención de muchos administradores de otros países, que lo han visto como una modalidad que hace viable la colaboración privada para grandes proyectos.

En esta noche de historia y de ensueño, hasta el tiempo y el espacio han requerido coincidir, para dar un marco de esplendor a la inauguración de la Plaza Cívica del nuevo Malecón; cobijados a la sombra auspiciosa del Libertador Simón Bolívar y del Protector José de San Martín, a pocos pasos del sitio de la entrevista histórica, sobre el mismo suelo donde ellos alguna vez se encontraron. Podemos decir que esta obra del futuro tiene su raíz en un pasado de gloria; por este mismo lugar debieron desembarcar también los oficiales del Numancia, el comandante Letamendi y los capitanes Febres-Cordero y Urdaneta, que fundieron sus ideales con los de granaderos de reserva, en la Fragua de Vulcano, hace ciento ochenta años, a pocos metros de donde hoy estamos.

Desde este mismo Malecón, que hoy se me ocurre sagrado, debieron contemplar los patriotas de la Independencia los rayos de la nueva aurora anunciando libertad, como lo contaba Villamil, en el momento crucial de la madrugada del 9 de Octubre, en que la suerte de la gesta libertaria se decidía, cuando decía que es la aurora que se alzaba brillante en el horizonte, iluminando el nuevo día, como anuncio de la libertad que se iniciaba.

Ese sol, que desde el oriente se alza cada vez más reluciente, para alumbrar nuestro puerto, desde aquí mismo se levantó esa aurora que vio Villamil y que inspiró a Olmedo para cantar en el Himno a Guayaquil “La aurora gloriosa que anuncia libertad”, la misma que simbólicamente acabamos de encender, y que siempre lucirá brillante y eterna en el corazón de los guayaquileños, perennizado en ese monumento que Olmedo, Ximena y Roca mandaron a erigir, el 6 de Octubre de 1821, como dice el decreto: “Para perpetuar la memoria de este gran día, se elevará en el muelle de la ciudad una columna que llevará en su pedestal esta inscripción: Aurora del 9 de Octubre de 1820”.

Por eso al momento de iluminar este simbólico monumento, que recuerda a los padres de nuestra ciudad, lo he hecho no como vuestro Alcalde, sino como un guayaquileño más, lo he hecho conmovido por la emoción cívica de cumplir el deseo de nuestros mayores, lo he hecho en nombre de todos ustedes, guayaquileños, pensando en nuestra querida ciudad, que ha conquistado, a fuerza de trabajo, sacrificio y decisión, la divisa que hace siglos le otorgara el Rey de España de “Muy noble y muy leal”.

Mi forma de ser ha sido ajena a vincularme con los logros y linajes de mis ancestros, pero cuando en este solemne acto se me encargó el privilegio de iluminar el monumento de la aurora gloriosa, no he podido menos que reflexionar en un detalle que me ha conmovido personalmente, pues recordé el pasaje histórico que Villamil relata en su “reseña” del 9 de Octubre y al que acabo de referirme, cuando dice: Al aparecer el sol en todo su brillo por sobre la cordillera, Febres-Cordero llegó junto a Villamil corriendo, y obligándole sin mucha ceremonia, a dar media vuelta, le dijo “mire usted el sol del sur de Colombia” y Villamil le respondió “a usted en gran manera lo debemos”. Ese sol de Colombia era la aurora gloriosa que los patriotas veían como anunciadora de la libertad. Hoy me ha tocado perpetuar en el obelisco ordenado por Olmedo, Ximena y Roca, la frase premonitoria del general Febres-Cordero, que eternizara en los sagrados versos de nuestro Himno al 9 de Octubre nuestro máximo poeta.

A pocos meses de dejar el mandato constitucional para dirigir el Cabildo de Guayaquil, ha sido un privilegio histórico estar rodeado de mis conciudadanos y de los guayaquileños de corazón, en este memorable y nuevo Malecón de mi ciudad, y alumbrar el símbolo que concibieron los patriotas de la Independencia, que la lira de Olmedo puso en nuestra canción de Octubre, y que un Febres-Cordero lo anunciara desde este mismo sitio.

Que la aurora gloriosa sea siempre el fanal que guíe los pasos de nuestra ciudad, de los guayaquileños y del país.

Porque nuestra ciudad entrega esta obra a Guayaquil y, consecuentemente, al Ecuador, como expresión de la unidad nacional. Porque no es simple coincidencia que en el centro del escudo de nuestra patria esté un barco, armado en los astilleros que se levantaban en el suelo donde hoy nos encontramos, como representando el aporte de Guayaquil a la industria y desarrollo del Ecuador.

He mencionado que el tiempo y el espacio han querido coincidir en este evento. Efectivamente, en las tardes y mañanas despejadas, si miramos hacia el levante, contemplamos el majestuoso espectáculo de la cordillera de los Andes y, sobre ella, colosal e imponente, el Chimborazo, que con sus nieves eternas reflejadas en las olas del gran río del Guayas, nos recuerda que la patria es una sola, que así como consta en el escudo, consta también en la geografía y en historia, pero sobre todo consta en el corazón de los ecuatorianos.

Hace unas semanas, al recorrer el avance de las obras del Malecón, me imaginaba que el paisaje de nuestro gran río Guayas había sido dignificado al plasmarse en nuestro escudo: en él se grafican sus mansas aguas que lamen las costas del litoral, al fondo los Andes y el Chimborazo, y sobre el río, navegando el vapor Guayas y sobre el rey de nuestros Andes, el sol como emblema de una sola nación.

Este lugar de brisa y poesía en donde se levanta este Malecón, testigo de la vocación patriótica de Guayaquil, hoy transformado por la técnica, el progreso y la voluntad de ustedes, fue durante muchos años un simple barranco donde venían a soñar los guayaquileños con sus ideales, donde suspiraban sus amores y lloraban sus dolores, pero sobre todo donde batallaban por sus derechos, siempre a la vanguardia, siempre pensando en un mañana de esperanza, como dice nuestro poeta coronado, Pablo Hanníbal Vela:

“Ciudad querida de mis dulces horas,  
no detengas el ritmo de tu paso,  
los pueblos como tú tienen auroras,  
la vanguardia no tiene ocaso”.

Quizá los fuertes que se levantaron en el Malecón, para defendernos de los piratas y la riqueza de nobles maderas como el guasango, guachapelí, moral, mangles, caoba, y otros, que dieron la vocación marinera y de astillero de nuestros ancestros, lograron infundir en una especie de simbiosis telúrica, en el espíritu de los guayaquileños, la franqueza de su carácter valiente y decidido, desafiante a las invasiones, a las pestes, a los terremotos, a los incendios, conformaron una fusión de hombre y de su medio.

Estos son los hombres que han logrado una obra que se culminará con nuestro esfuerzo, estos hombres guayaquileños, son, como dice una antigua crónica de la Colonia: “Gente resuelta y de valor imponderable, como soldados y como marinos muestran desdén ante la muerte y los peligros... Se les ha visto luchar cuerpo a cuerpo contra los piratas y combatirlos sin armas, o con viejos arcabuces de mecha, escopetas, machetes y chuzos”, como modernamente dice la canción, son hombres hechos con “Madera de Guerrero”; sólo esos hombres podían lograr el cambio de Guayaquil y dejar para la posteridad el Gran Guayaquil, del cual este Malecón 2000 es una espléndida muestra, porque si bien la ley que permitió las donaciones tiene carácter nacional, el noventa y seis por ciento de las donaciones se dan a esta ciudad, lo que responde a la proverbial actitud de su gente, siempre presta para entregar su esfuerzo y su fortuna.

De no ser por ello, la obra no se hubiera podido iniciar, porque fue la empresa privada y el pueblo guayaquileño, en una innovadora modalidad de colaboración con el sector público, que quiso entregar parte de lo que adeuda a la ciudad para la regeneración del centro urbano, porque ésta no es una obra utilitaria, las limitaciones impuestas por el contrato de comodato, sólo permiten, que un pequeño porcentaje tenga cierta utilidad, a través del sistema de concesiones, utilidad que se emplea, estrictamente, en el mantenimiento del resto de la obra, que es puramente recreativa, cívica y cultural, como es el caso de este sector que hoy inauguramos.

La orilla de este Malecón, que ha venido construyéndose desde hace cuatro siglos, ha sido el escenario por el cual ha transcurrido la vida de la ciudad. Yo los invito a reflexionar sobre ella y a transportarnos imaginariamente allá por el año 1560, en que el sucesor del corregidor capitán Andrés Contero, señaló una franja de dieciocho varas sobre la playa en marea baja para ser rellenada, ya que era lo más sencillo, ir luego rellenando y consolidando el espacio señalado,

como dicen las crónicas de Guayaquil antiguo: “Y allí iban a parar las conchas de moluscos, las basuras del pueblo, las astillas de las fábricas, el cascajo del Santa Ana, y así nos vamos hasta el Estero de Olmos, después Villamar, primera trinchera ganada al manglar...”

Siglo tras siglo, los diversos cabildos y autoridades locales lucharon por consolidar el Malecón y palmo a palmo fueron haciéndolo y extendiéndose hasta el sur, y vuelvo a tomar una mención de las antiguas crónicas. “Desde entonces, la obra del Malecón hecha a trechos que se desmoronaban y rehacían en un cuento de nunca acabar, pero siempre ganando playa auxiliada por el mismo embaucamiento con los desechos de la ciudad, por el río con sus crecientes y por la vegetación que enraizaba desecando el limo, fue la plataforma de todo gobernador nuevo para granjearse el favor del Guayaquil, todos ofrecían su fervor por el Malecón; pocos eran los que cumplían”.

Ha pasado más de un siglo desde que se construyeron las escalinatas de piedra caliza, que han sido descubiertas, y que hemos querido conservarlas en el mismo sitio, tal y como se encontraban, como recuerdo del viejo Guayaquil.

Es de mencionar la prolija preocupación de don Vicente Rocafuerte en la construcción del Malecón, y consta en los archivos la copiosa correspondencia del Gobernador de la provincia y con el corregidor del cantón, impulsando y buscando recursos para el Malecón, como la que dirige a este último reconviniéndolo: “No habiendo fondos suficientes para continuar la obra del Malecón a causa de la falta de entradas de buques, es indispensable se suspenda el trabajo de una obra tan interesante si no se buscan arbitrios de proporcionarle fondos para su prosecución, y como por el decreto legislativo del 17 de Abril del presente año (se refiere a 1839) se previene que el Gobernador de la provincia, de acuerdo con el Concejo Municipal, continúen la obra, me dirijo a usted de que haga presente a la Municipalidad que como encargada por las leyes para velar por la construcción y reparo de las obras públicas de necesidad, utilidad y ornato, se encuentra en el deber legal de dar impulso a la del Malecón que es la de mayor preferencia...” Así se preocupó Rocafuerte por el Malecón. Gracias también a Rocafuerte, cuando Gobernador, se mandó a instalar el primer reloj público, que fue siempre uno de sus atractivos, ahora rodeado de una hermosa plazoleta. En 1927, Modesto Chávez Franco se refería a esta vieja escalinata, que ustedes podrán luego contemplar, informando al Concejo de aquel entonces: “Y por último se contrató el actual –aludiendo al muro- en 1886 con A. D. Pippet, por toda la extensión del malecón, a una anchura mural triple de la anterior, que no tenía más de un metro de ancho, con piedra de otra calidad, se interrumpió este trabajo en 1892 -continúa don Modesto Chávez-, por diferendos con el contratista; pero reanudado poco después terminó en la parte sur del Malecón en el año 1901. Este muro se comenzó por la cuadra fronteriza a la casa Municipal, por ser la parte más trajinada entonces por las canoas vivanderas y los puestos de venta de frutas, razón por la que adhirió también a esa parte del muro una ancha escalera o gradería de grandes piedras para facilitar el acceso hacia las canoas...” Esas son las escaleras donde nuestros antepasados dejaron sus huellas y sus recuerdos y que ahora podemos recorrer.

Guayaquileños, ecuatorianos, nuestra obligación con la vida, con nuestros hijos y con nuestra ciudad, nos impone dejar un mundo mejor que el que encontramos; quienes hemos contribuido a hacer posible esta obra, podemos estar satisfechos de haber cumplido con el terruño que nos vio nacer, con el suelo generoso que ha dado fortuna, familia y afectos, incluso a quienes, sin nacer aquí, han aprendido a querer la bandera hecha con jirones del cielo del Ecuador. Dios se ha fijado en este suelo para darnos tierras fértiles, cielos cálidos y espíritu combativo. Y obras como esta, que prueban que Guayaquil vive por ti y vive para el Ecuador...

Agradezco una vez más haber podido, en el último año del mandato para el que me eligió mi ciudad, entregarles esta Plaza Cívica, parte del gran Malecón 2000, y al hacerlo, elevo mis votos para que jamás se pierda en los guayaquileños el espíritu para acometer grandes obras y grandes empresas para nuestra ciudad y para el país, y que nunca olvidemos el lema generoso que llevamos en nuestro corazón, al que la historia y los hechos han consagrado como una realidad: ¡Guayaquil por Guayaquil y Guayaquil por la patria!

Gracias.

DISCURSO N° 26  
Noviembre 8 de 1999  
H. Consejo Provincial del Guayas

***“...En lo que a mí respecta, sólo existe la satisfacción del cumplimiento del deber hasta perder el aliento; hasta caer en la enfermedad y en el dolor...”***

Señores:

Cuando celebramos fechas como la del 8 de Noviembre, o como la del 9 de Octubre que acabamos de vivir emocionados, crece en mí la convicción de que no todo está perdido, de que aún tenemos patria, que no debemos rendirnos; que hay que seguir exigiendo que se escuchen las voces de la experiencia: que se respeten los valores que han marcado el rumbo de nuestra historia; que se rectifiquen los errores, en los que se hallan empeñados, no sé si por equivocados o por soberbios y necios, aquellos que el pueblo eligió para que lo gobiernen y que hoy lo están destruyendo.

La frase de Olmedo está viva cuando afirma que es el 9 de Octubre cuando Guayaquil obtiene su emancipación, pero que es verdaderamente libre sólo después del 8 de Noviembre, cuando la Constitución de Guayaquil Independiente crea un precedente histórico, que conduce a los guayaquileños hasta la emancipación definitiva del Ecuador en Pichincha.

Ese es el país que reclamamos, ese es el Ecuador que añoramos, un país digno, de gente honrada, de gente de principios y firmes convicciones, que debe dar base a la República que se apresta a ingresar al nuevo milenio.

Nadie puede llamarse a engaño; van a venir tiempos peores; los problemas serán cada vez mayores; negros nubarrones de tormenta se avecinan para nuestro pueblo.

Por ello, cuando se me notificó que el Honorable Consejo Provincial del Guayas había resuelto crear y entregarme su más alta condecoración, que lleva el nombre del ilustre guayaquileño don José Joaquín de Olmedo, sentí que era mi obligación aceptarla, por lo que ello representa en estos momentos de angustia nacional, por lo que ella exalta ahora, que los brazos aparecen caídos y el desengaño, la incertidumbre y la angustia, han hecho presa de nuestro pueblo, que anochece sin presente y amanece sin futuro.

Debo señalar, además, que resulta enaltecedor la coincidencia histórica de que esta alta condecoración lleva el nombre de quien ocupó el cargo que hoy yo desempeño, por voluntad popular, el mismo que honró y enalteció al punto de que, cuando nos referimos a él, hablamos orgullosamente del sillón de Olmedo.

Tengan la seguridad de que esta presea es entregada a Guayaquil y a su historia, que los hombres sólo somos accidentes y que, si no queremos sucumbir, hay que reeditar las heroicas horas del ayer y salir a defender lo que nos corresponde: nuestros puestos de trabajo, el pan de

nuestros hijos, el derecho a tener un mejor mañana, al que no debemos ni podemos renunciar, si somos de verdad herederos de los próceres de Octubre y de los constituyentes de Noviembre.

Hoy, que levantamos nuestra voz por un sistema autónomo, que sepulte la vieja concepción del Estado centralista y asfixiante, celebramos también la convocatoria a elegir una Junta Patriótica, con carácter constituyente, que gobernó el territorio independiente y soberano de la naciente provincia libre de Guayaquil, que entonces la integraban las jurisdicciones de Manabí, Los Ríos, Galápagos y Guayas.

La presencia de Olmedo, como Presidente de dicha provincia libre, debe ser motivo de orgullo y satisfacción, y grito de rebeldía y de patriótica y firme unión nacional, en los grandes temas que conciernen a la República, en lo que los guayaquileños debemos mantener la voz alzada, despreciando solapados centralismos y regionalismos, que nos están llevando al más profundo y terrible abismo.

Sea la oportunidad de poder, al agradecer por esta presea que orgullosamente llevaré hasta el fin de mis días, el exigirle al poder central el respeto total a las rentas de los Consejos Provinciales y de los Municipios, que no vamos a permitir que sean tocadas y que vamos a obligarlos a que las cumplan sin dilación y apegadas a los señalamientos de la Constitución y de la ley.

De lo contrario, estaríamos aceptando la defunción del Ecuador y haciéndole juego a los ineptos, incapaces de generar confianza, dispuestos a sacrificar a los hogares ecuatorianos, para seguir favoreciendo minúsculos intereses de grupos, que jamás han hecho otra cosa que alentar las burocracias doradas y aprovecharse del trabajo y el esfuerzo de los que sabemos producir.

Ellos son sólo consumistas; nunca han sentido el sol transformador de vida sobre sus espaldas; son ciudadanos de un país de nubes rosadas, a las que no llegan, ni siquiera el reclamo y el grito de dolor de nuestro pueblo, que no resiste más tantas cadenas.

Hoy nos debatimos entre el cumplimiento de las obligaciones que tenemos como país y el descrédito que la incapacidad y falta de seriedad de los gobernantes ha generado; la Costa abandonada a su suerte; el desempleo galopante; la producción destruida; acusaciones de corrupción y desvergüenza, al punto que pareciera que los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre nuestro horizonte.

En lo que a mí respecta, conciudadanos y compatriotas, sólo existe la satisfacción del cumplimiento del deber hasta perder el aliento; hasta caer en la enfermedad y en el dolor, pero sin renunciar jamás al puesto de lucha y de servicio, para el que fui elegido y del que saldré como entré, con la cabeza erguida, seguro de que he transmitido a cada proyecto, a cada obra y a cada huella, la fuerza anímica que heredé de mis ancestros, la tradición de valor y de pundonor guayaquileño, y el abrazo generoso y noble de esta tierra y de estos hombres y mujeres del pueblo de Guayaquil, del pueblo del Guayas, héroes de un Ecuador, al que el rugir de sus volcanes pareciera le está advirtiéndole el conducirse por caminos equivocados.

Que estemos juntos todos, para que salgamos a defender lo nuestro, para que la jornada de hoy termine al comenzar la de mañana.



Que la alta distinción, con la que me han honrado, sea estandarte de la batalla que aún tenemos que dar, si queremos mantener viva nuestra nación, y si queremos honrar y ser merecedores de las leyendas del 9 de Octubre y del 8 de Noviembre.

Muchas gracias.

DISCURSO N° 27  
Noviembre 18 de 1999  
Museo Municipal

***“...Las luchas contra incendios, corsarios, pestes y mil adversidades, fundieron nuestro espíritu con el llamado telúrico de una tierra fértil y cálida, que produjo la madera de guerrero de que estamos hechos los guayaquileños...”***

La larga aventura de la humanidad sobre la Tierra ha durado ya seis mil años. Seis milenios de desarrollo técnico, cultural y social: desde el fuego a la energía atómica, desde la lanza de piedra a la cibernética, desde la rueda al Voyager, desde la esclavitud a la democracia.

Somos producto de la historia, sólo el hombre tiene conciencia de la historia. Sólo el ser humano alcanza su desarrollo y perfeccionamiento espiritual, social y cultural como consecuencia de su pasado. Toda acción del pasado va dejando su sedimento en el espíritu colectivo: las luchas, las revoluciones, las guerras, las transformaciones, todo lo sucedido en el pasado se revela en el presente y se proyecta hacia el porvenir.

Los pueblos sin historia no tienen presente y son pueblos desgraciados y sin futuro.

Es bueno que los pueblos se encuentren con su pasado, que reflexionen sobre las acciones de nuestros ancestros, sobre el germen que sembraron nuestros héroes y nuestros mártires, aquellos que dieron personalidad a nuestra nación y a nuestros pueblos. Es bueno que nuestra generación y las que vienen mediten sobre los hombres que nos dieron la conciencia y los instrumentos para llegar a lo que somos: nuestra cultura, nuestras creencias, nuestro arte, nuestra libertad.

Nuestra ciudad y nuestro pueblo tienen un gran pasado. Guayaquil es una ciudad afortunada, nosotros somos un pueblo bendecido por la historia.

Las luchas contra incendios, corsarios, pestes y mil adversidades, fundieron nuestro espíritu con el llamado telúrico de una tierra fértil y cálida, que produjo la madera de guerrero de que estamos hechos los guayaquileños. Acostumbrados a la lucha, acostumbrados a las adversidades, nada ha doblegado a los guayaquileños. Parece ser que el genio de la raza Huancavilca, que el ímpetu fiero de los Punáes, que el fervor cristiano de los colonos, todo ello se unió al conjuro de la historia, para dar a alumbrar a un pueblo que hoy se enorgullece de ser el pivote de la patria ecuatoriana.

Esto, conciudadanos, no es coincidencia; es el resultado del carácter de una raza formada por el sedimento que van dejando los acontecimientos cruciales, en el desarrollo histórico y espiritual de los pueblos.

Los acontecimientos críticos o decisivos de nuestro pasado son los nudos de un tejido que conforma nuestro presente; cualquiera que sea la interpretación de los filósofos del hecho histórico: bien sea tomando la historia como un permanente devenir o un eterno retorno, o como

el curso circular de las culturas, como creía Vico, o como el desarrollo lineal y progresivo de las culturas, como pensaban Spengler y Arnold Toynbee.

Lo cierto es que toda la carga del pasado, todo el torbellino de los hechos pretéritos, dejan en el alma de los pueblos la pátina que les da su carácter y personalidad propia. Los hechos que afectan a los pueblos van formando los nudos que, al entretenerse, producen la trama histórica de cada uno de ellos. Esos acontecimientos de nuestro pasado han producido nuestra forma de ser. Han templado el carácter de la ciudad y de sus habitantes. Nos han dado el vigor y la pasión que los guayaquileños ponemos con toda nuestra alma en nuestras convicciones. Nos han legado el espíritu que nos han permitido sobrevivir. Los hechos del pasado están impresos, en forma indeleble, en todo lo que somos y hacemos. Es nuestro estilo, sincero, sin dobleces, con la verdad y la justicia por delante.

El testimonio de esa pasión, que es nuestra personalidad y nuestra idiosincrasia, ese testimonio, hemos querido plasmarlo en estas paredes: en el Museo de Guayaquil.

No será un gran museo el que hoy reabrimos después de haber sido minimizado y prácticamente escondido en la reserva, pero sí es nuestro museo. Es el museo de nuestra ciudad, que quiere albergar el testimonio de un pasado de gloria, de batallas y de mil jornadas que nos dieron la identidad de hoy.

No es propicia esta ocasión para entristecernos recordando los aciagos días en que se pretendió exhibir objetos inverosímiles, junto a las reliquias de Alfaro, de Rocafuerte, de los monolitos sagrados de nuestros antepasados, por la decisión alucinada de quienes deshonraron el sillón de Olmedo, mientras que las páginas sagradas del Acta de nuestra Independencia, permanecían, húmedas y deteriorándose en un rincón abandonado. Pero siempre será momento para no olvidar y prevenirnos, para que nunca más, a nuestra ciudad, nadie pretenda humillarla en lo más sagrado de su identidad, como es en su pasado.

Por eso os convoco, guayaquileños de nacimiento y de corazón, a ser los custodios de nuestro pasado y velar porque nadie se atreva nuevamente a ofender a la ciudad, ultrajándola desde la función pública o desde cualquier otra posición. Hoy, que me honro en entregar este museo a la ciudad, pido a los guayaquileños, no sólo guardar estos valiosos objetos, sino que seamos dignos custodios y defensores del espíritu de nuestra ciudad que aquí se representa y se respira.

Ese es el espíritu, generoso y altivo, magnánimo y vehemente, que ha dado lugar a la caracterización de sus instituciones, porque sólo el carácter de los guayaquileños puede haber logrado la creación y el mantenimiento de instituciones beneméritas y generosas, en lo social, en lo político y en lo administrativo, solidarias con todo el país, con todos los habitantes de todas las regiones que se han cobijado en nuestro suelo huancavilca. La institucionalización de los pueblos no nace de las leyes, de los decretos o de las decisiones de los gobiernos, nace la conciencia colectiva, es consecuencia de las necesidades. La institucionalidad, como concepto social y político, está dada por el consenso de los pueblos, es el aporte generoso de cada individuo al cuerpo social a que se pertenece.

Sólo la obcecación y el sectarismo de un sociólogo vago y desocupado, ignorante de la historia y, ciego ante la realidad, ha podido afirmar que Guayaquil carece de institucionalidad. Que vengan a estudiar aquí, en este museo; en nuestra biblioteca; que repasen los libros escolares en los que se enseña el sacrificio de Guayaquil por la nación, de donde nace nuestra divisa "Guayaquil por Guayaquil, Guayaquil por la patria".

Aquí verán ustedes el Reglamento Provisorio para el Estado libre de Guayaquil, emitido el 11 de Noviembre de 1820, un mes después del 9 de Octubre; reglamento que fue el germen del derecho constitucional. El documento en que el presidente Urbina manumitió a los esclavos, que fue firmado e impulsado por circunstancias sociales de la época y por el espíritu libertario de los guayaquileños y otros muchos documentos que encontraréis aquí, nos cuentan una historia de muy añeja institucionalidad, que forma la conciencia colectiva de nuestra ciudad, impregnada en nuestro corazón, como los cerros del Carmen y Santa Ana y el paisaje fluvial del Guayas, que impregna nuestra retina. No es posible hablar antojadizamente que Guayaquil carece de institucionalidad.

El recibir una ciudad ultrajada y caotizada me impidió emprender de manera inmediata el rescate del Museo, de la Biblioteca y de otras facetas de la cultura, pero hemos comenzado desde hace algunos años con paso firme: está por concluirse el fichaje de cada uno de los objetos y documentos que aquí yacían, en lóbregas perchas o destruyéndose encajonados, húmedos y sin cuidado alguno; tenemos planificado que estas fichas, técnicamente desarrolladas, queden al servicio de estudiantes, profesores e investigadores, para que conozcan de manera directa nuestras fuentes históricas.

No hemos descuidado el quehacer cultural: este museo es muestra de ello, pronto se entregará el Museo de Numismática y Medallística, que será uno de los más destacados del país. Así como también las salas de arte sagrado, pues poseemos una gran colección de arte colonial que ha venido restaurándose desde hace más de tres años. Se ha resuelto la erección de monumentos en homenaje a personajes de la historia y del arte de Guayaquil, que no pueden permanecer en el olvido para las nuevas generaciones.

Aprovecho la oportunidad para agradecer a muchas familias que han manifestado su deseo de donar o entregar en comodato objetos y documentos antiguos de mujeres y hombres ilustres.

Agradezco a la comisión que hace un año conformé para posibilitar esta reapertura del Museo, después de un abandono criminal de décadas de desidia, y que con un gasto de únicamente setecientos millones de sucres pudo lograr su cometido; agradezco a los funcionarios y empleados que supieron plasmar adecuadamente mi decisión de hacer un verdadero Museo de la ciudad; poco a poco la generosidad de la ciudadanía hará de nuestro Museo de Guayaquil un gran centro de difusión de su historia, de su cultura y de su arte.

Desde el más allá, los hombres y las mujeres que se perpetúan en este museo y cuyos nombres se han perennizado en las páginas de la historia, seguramente esta noche, sabrán, una vez más, que Guayaquil y los guayaquileños somos de una ciudad que tiene casta y una estirpe que sabe agradecer. Este museo es un monumento de gratitud a la memoria de quienes hicieron posible la ciudad de hoy, que se proyecta victoriosa al tercer milenio, con su belleza y esplendor, con la renovación que la colaboración de los guayaquileños ha hecho posible.

A casi medio año de concluir el segundo mandato de ustedes, guayaquileños, veo las cosas en perspectiva y veo el esfuerzo de quienes me acompañaron y me dieron todo el apoyo, especialmente de la ciudadanía, que contestó inmediata y positivamente a los esfuerzos de implantar el orden en nuestra ciudad, que ha respondido con el pago de los tributos municipales, a pesar de la espantosa crisis económica del país. Me siento conmovido y agradecido, por haber logrado, junto a ustedes, una ciudad digna de nuestro pasado y haber puesto los cimientos de un nuevo ordenamiento urbano. Si bien falta mucho por hacer, hay que reconocer que el

Municipio, junto a los guayaquileños, han logrado una ciudad digna de las décimas del padre Aguirre, que mandé a grabar en bronce, y que veréis en una de las paredes del museo:

“Guayaquil ciudad hermosa,  
de la América guirnalda,  
de tierra bella esmeralda  
y del mar perla preciosa....

Esta ciudad primorosa  
manantial de gente amable,  
cortés, discreta y afable,  
advertida e ingeniosa,  
es mi patria venturosa...”

Conciudadanos, no quería dejar la Alcaldía con que vosotros me honrasteis, sin reabrir este vuestro museo. Por eso, guayaquileños, os lo entrego, con mi sentida oración porque el recuerdo de las glorias, que aquí se testimonian, nos acompañen e inspiren permanentemente, en la lucha que nunca cesará por la conquista de un porvenir de paz y de progreso para nuestros descendientes.

Que el espíritu de la raza a que se pertenecen los hombres y mujeres, cuyas gestas aquí se relatan, sea el fanal que guíe los pasos de la ciudad y de sus hijos, para ser dignos del nombre, de la lucha y de las glorias de nuestros antepasados.

Muchas gracias.

DISCURSO N° 28  
Abril 4 de 2000  
Suscripción de Contrato para Ejecución de Túneles  
Salón de la Ciudad

***“Debo agradecer a la Providencia porque ha sido generosa conmigo y me ha permitido ser protagonista y gestor de hechos de enorme trascendencia para el vivir de los ecuatorianos y de los guayaquileños”.***

Debo agradecer a la Providencia porque ha sido generosa conmigo y me ha permitido, en mi ya larga vida de servicio público, el ser protagonista y gestor de hechos de enorme trascendencia para el vivir de los ecuatorianos y de los guayaquileños.

Hoy, cerca ya de la terminación de mi segundo mandato como Alcalde del cantón, como corolario de una gestión que mis conciudadanos de buena fe han sabido calificar como histórica y apreciar en abrumadora mayoría, estoy aquí, para, luego de haber cumplido con todos los procedimientos legales, en forma irrestricta, solemnizar la firma de este contrato, el más grande de mi administración y, sin duda, uno de los más acariciados sueños de aquellos que aman la ciudad y que van a poder pasar, en poco tiempo más, antes de que concluya el año 2002, por el corazón mismo de sus cerros fundadores, resolviendo inmensos problemas de crecimiento y de tráfico, que plantea el Guayaquil de hoy y exige el Guayaquil del mañana.

Los túneles que, con sus obras complementarias, forman parte de este contrato, que por alrededor de sesenta millones de dólares firmamos hoy, con el consorcio español Obrascon Huarte Lain S.A., en asociación con la Compañía Nacional Semaica, consorcio que tiene experiencia y capacidad de sobra, y que fue seleccionado luego de un prolijo proceso de precalificación y licitación, en el que intervinieron doce de las más importantes compañías constructoras internacionales, en algunos casos en consorcios con nacionales, de conocida solvencia, habiendo sido precalificadas ocho y presentado oferta cinco de ellas, constituirán una trascendental obra para nuestra colectividad.

El proceso licitatorio que ha precedido a la suscripción del contrato para la construcción de los túneles que firmaremos, ha sido desarrollado con la diafanidad y claridad que acostumbramos en todos nuestros actos y que la cabalidad y la honradez certifican, una vez más, igual que siempre, hemos actuado en función de los mejores intereses de la ciudad. Es por ello que debo destacar la labor de todos los personeros municipales que han permitido, con su honesto y dedicado esfuerzo, llevar adelante esta monumental obra que hoy empieza a hacerse realidad; para ellos, mi público reconocimiento.

Sin abusos ni posturas exageradas, se garantiza la transparencia y no hace falta concurrir a la plaza de San Francisco, ni esperar un día soleado, porque en las plazas y en las calles, también, por desgracia, se atropellan y se violan procedimientos y se puede infringir la ley.

Tengan la seguridad los guayaquileños, que esta obra, como todas las que hemos indicado, se terminará, ya que la totalidad de la contrapartida que tiene que aportar el Municipio, por aproximadamente doce millones de dólares, ya está depositada en una cuenta del Banco Central del Ecuador, como prueba de responsabilidad y cumplimiento, permitiéndole a nuestra

querida ciudad ir hacia la conquista del mañana, dotada de un sistema vial que ha considerado el problema de la comunicación entre el sector norte y el sector sur de la ciudad, con particular referencia al área central, comprendida entre los cerros Santa Ana y del Carmen, la avenida Olmedo, la avenida Machala y el río Guayas, es decir, el verdadero centro direccional y comercial de Guayaquil.

Debo resaltar que en momentos de grave crisis para el país, cuando las plazas de trabajo han disminuido, cuando los hogares guayaquileños sienten lacerantes problemas de índole económico, esta obra, como todas las realizadas por el Municipio de Guayaquil, demandará cientos de puestos de trabajo, dando ocupación a quienes, frente a la paralización de la construcción, buscan desesperadamente ingresos para sus hogares y, naturalmente, poniendo en movimiento una serie de actividades que genera una obra de esta magnitud, en los diversos campos, que su logística y construcción requieren.

No son obras de cemento solamente. Tienen alma, llevan adelante el sueño y la emoción de nuestros conciudadanos; son parte de un proyecto al que le hemos puesto nervio y corazón y que ha abarcado todos los estamentos de la ciudad y de sus gentes.

Junto a los pasos a desnivel, el Museo y la Biblioteca de la ciudad; junto a las grandes avenidas, los parques arborizados, iluminados y bien mantenidos; frente al relleno, la conformación y pavimentación de las calles suburbanas, la recuperación del Palacio Municipal y los monumentos de la ciudad; por un lado, los mercados que hemos construido y modernizado y que seguimos inaugurando, y por otro, las canchas deportivas y el mejoramiento del ambiente. La ciudad que ayer era un albañal, en donde la basura cubría sus calles, hoy luce limpia, ordenada y agresiva en su crecimiento y optimismo; para ello el relleno sanitario, la legalización de la tenencia de la tierra, el Malecón 2000, la ampliación de la vía a Daule y de la avenida Orellana, el viaducto de la avenida Tanca Marengo con la Perimetral, los túneles ahora; y nuestra lucha, por siempre.

Vamos a seguir trabajando, vamos a seguir cumpliendo hasta el último día y vamos a defender a Guayaquil y a sus instituciones, pésele a quien le pese, cualquiera sea el costo, cualquiera el sacrificio.

Gracias, conciudadanos.

DISCURSO N° 29

Junio 6 de 2000

Aniversario 111 Cámara de Comercio de Guayaquil

***“Al final de mi segundo mandato como Alcalde, nuestra ciudad ha recuperado su prestigio e idoneidad...”***

Sin duda, distinguidos amigos, nada me cuesta más trabajo que el vencer mi natural inclinación a ser reacio a este tipo de homenajes y distinciones, al que, en virtud de ser consecuente con la generosidad de ustedes, he concurrido hoy, compartiendo la celebración del centésimo undécimo aniversario de esta institución.

Con satisfacción he recibido la presea, instituida en memoria de los dos distinguidos guayaquileños, don Luis Orrantía González y don Joaquín Orrantía González, ex presidentes de la Cámara de Comercio de Guayaquil y animadores de las mejores actitudes de civismo, que esta Cámara me ha conferido en acuerdo, cuyos considerandos resumen dos períodos de acción municipal en los que, sin descanso, me entregué a la bella tarea de intentar iniciar la transformación de Guayaquil.

Al final de mi mandato, nuestra ciudad ha recuperado su prestigio e idoneidad; se ha dotado de una estructura administrativa honesta, ágil y eficiente; se han implementado servicios de primer orden y se ha construido una obra pública que le permite a la ciudad insertarse, con pie firme, en las demandas del crecimiento y en los desafíos de un exigente siglo nuevo.

Hora de graves preocupaciones las que vive nuestra patria; hora de graves decisiones, en la que no tenemos oportunidad de equivocarnos; en la que gobernantes y gobernados estamos exigidos a encontrar los mejores caminos para que el país no se hunda; para que la miseria y el dolor no haga presa de nuestro pueblo; para que el Ecuador resurja al progreso y al bienestar.

Enorme responsabilidad, que entraña e implica grandes sacrificios; que no pueden obligar solo a una de las partes, sino que tienen que ser cuota del Estado y de los ciudadanos. Si así no se procede, no hay cuerda que soporte la estabilidad de la nación, que está empezando a vivir el caos y la anarquía.

La ley tiene que aplicarse; la impunidad tiene que acabar; el respeto a nuestra soberanía no puede menoscabarse; el Estado tiene que reducirse y los ciudadanos debemos aprender a vivir austeramente.

Una larga entrega de servicio a la nación y esta etapa que concluye, cumpliendo a cabalidad la responsabilidad con que se me ungió, al elegirme, por voluntad mayoritaria, en dos períodos sucesivos, Alcalde de Guayaquil, me permiten hacer un alto, manteniéndome atento, con la ayuda de Dios, a la evolución de los acontecimientos, haciendo ejercicio y aporte de la experiencia que me brindan cuarenta años de vida política activa y una clara formación empresarial, a cuya promoción dediqué la primera parte de mi existencia.



Producir, más que consumir; actuar más que hablar; resolver más que lucubrar; decidir más que dudar; cumplir más que amenazar; han sido el mensaje y el ejemplo con que he querido prevalecer, en la continua siembra de propuestas, que he considerado saludables para el Ecuador.

Esa es la base del éxito; y esa es también la fórmula que me he esforzado en aplicar, en todas las actividades de mi vida.

Estos ocho años frente a la Alcaldía de Guayaquil, me han brindado la posibilidad de darle a mi ciudad mi mejor contingente de capacidad y de amor: una obra, que ustedes reseñan y exaltan, ha sido realizada; y su consecución me depara, el ser objeto de esta condecoración, que la ostentaré, junto al latir intenso de este corazón guayaquileño, que se nutre y vive de la bella emoción de ser su servidor.

A la Cámara de Comercio de Guayaquil, a sus directivos y a sus afiliados, mi gratitud.

DISCURSO N° 30

Junio 13 de 2000

Condecoración de AME (Asociación de Municipalidades del Ecuador)

Salón de la Ciudad

***“...actuemos con honradez, pasión y amor; seamos justos y perseverantes y verán, sin duda, que sí se puede lograr un mejor Ecuador...”***

Señores:

Cuando acepté recibir de la Asociación de Municipalidades del Ecuador este tributo de aprecio y respaldo, lo hice pensando, fundamentalmente, en la necesidad de vitalizar y fortalecer la actividad municipal, a la que le he brindado mis mejores esfuerzos y mis mayores desvelos, en estos ocho años, en que, por voluntad mayoritaria del pueblo o del cantón Guayaquil, he ejercido a cabalidad la Alcaldía del cantón.

Soy testigo, señores, y protagonista como ustedes, del calvario al que están sometidos los cantones del país; de los sinsabores que representa la frustración de sentirse impotentes, frente al clamor y la necesidad de nuestros pueblos; del permanente atraso del Gobierno Central, en el cumplimiento de sus mínimas obligaciones de orden financiero; de la actitud indolente y egoísta de una burocracia centralista, que somete el aparato administrativo del país al vejamen continuo que, además de injusto y mezquino, es factor principal de nuestro subdesarrollo y de la postración de todas nuestras localidades.

Para ser solidario con ustedes, como lo he sido a través de estos años, he concurrido a este evento, en el que la distinción que he recibido la reproduzco con afecto en todos los que, al igual que yo, han puesto su capacidad y voluntad al servicio de sus pueblos.

No existe otra receta, ni mejor consejo, que el que nos conduce, inexorablemente, a terminar con la vieja estructura centralista, a través de una descentralización profunda, hasta llegar a una legítima y funcional autonomía, que, a más de hacer justicia, sea la herramienta que nos permita construir un país diferente, enfrentar las nuevas realidades, salir de la oscuridad e ir en busca de mejores destinos para nuestra gente.

Mucho se ha hecho en este aspecto en los últimos tiempos; hay una conciencia colectiva que se ha pronunciado por las autonomías en varias provincias del país, fundamentalmente en la provincia del Guayas, donde un porcentaje abrumador de la población declaró su voluntad de respaldar un proceso irreversible y autónomo, que en nada se opone, sino que más bien fortalece y afirma la unidad nacional, a la que tanto afecta el viejo y ruinoso sistema centralista.

No somos de los que creen que las cosas se hacen de la noche a la mañana; la autonomía tiene que lograrse, como una culminación de pasos dados, en el camino de la descentralización, que cada día tendrá que ser más profunda.

Ella debe ser el objetivo, no sólo porque es el mandato y la decisión de un pueblo, que acudió a las urnas y expresó su voluntad, sino porque no existe otra fórmula que nos permita despegar de la ya triste e insoportable situación de abandono y precariedad que viven nuestros pueblos.

Tenemos que unirnos; tienen que unirse los alcaldes y los pueblos que representan, para no permitir que se sigan poniendo obstáculos a la autonomía, para enfrentar sin temor y con firmeza a aquellos que, enquistados en los altos poderes del Estado, desoyen la voz del pueblo, oponiéndose a cualquier sistema que termine con sus privilegios y sus canonjías.

En esta línea me he mantenido y, si esa es la razón por la que ustedes me distinguen, yo les digo que sí, que por esta causa hay que seguir luchando, que cualquiera que sea el papel que me depare la vida, pueden contar conmigo, hasta ver hecha realidad esta aspiración, que será, sin duda, el más importante logro de los entes administrativos municipales.

Deben tener presente, quienes ejerzan las alcaldías en las diversas circunscripciones territoriales del país, que el mandato que les han dado sus pueblos supera los niveles partidistas y que el ejercicio correcto de sus funciones los obliga a eliminar cualquier tipo de distorsión, que permita una actuación politizada, que se oponga a la necesidad de actuar con civismo, sirviendo a toda la colectividad, sin otro distingo que no sea el del cumplimiento o incumplimiento de la ley y de las ordenanzas municipales.

Vivimos la más profunda crisis que ha soportado el Ecuador; mayor razón para unirnos para hacerle frente. La falta de medios económicos y la inflación han destruido las posibilidades de mantener presupuestos, acordes con la demanda y el costo de las obras, y los servicios que estamos obligados a realizar en beneficio de nuestras comunidades, pero juntos constituimos una gran fuerza, que debe ser escuchada por el Estado y que debe llevarle planteamientos factibles de cumplir, para lograr salir de la oscura situación a la que hemos llegado.

Se ha calificado de exitosa la gestión municipal que estamos terminando; sin duda, no ha sido fácil; fue necesario crear confianza y asumir un liderazgo, cuya convocatoria la recibieron todos aquellos que se sentían ciudadanos; empezamos a trabajar maximizando recursos, invirtiendo hasta el último centavo en la realización de obras prioritarias, poniendo orden y rígidos controles a las finanzas municipales, eliminando los privilegios y dando a todos un tratamiento igualitario y justo.

Alzamos nuestra voz y enfrentamos al poder central. Así pudimos, en ocho intensos años de entrega y acción -contando con la invaluable ayuda y esforzada cooperación de los señores concejales, de los funcionarios, empleados y trabajadores municipales, a quienes expreso mi gratitud y respeto- lograr realizar una obra que ha merecido el reconocimiento de una enorme mayoría de los ciudadanos.

Hemos actualizado nuestra legislación y modernizando la estructura administrativa, digitalizando el catastro y obteniendo altos niveles de eficiencia en todas las dependencias municipales; aplicando sistemas que deben servir, no sólo al Municipio de Guayaquil, sino a todos los entes municipales, que están obligados a remozar sus viejas estructuras e ir en la búsqueda de la modernización de sus corporaciones, presionando permanentemente para que se cumpla, con el principio constitucional de la asignación automática de los recursos, base fundamental de una acción eficaz.

Permítanme, ahora, rendir homenaje al pueblo de Guayaquil, a los ciudadanos de mi cantón, sin cuya voluntad y cooperación nada hubiera sido posible y, a ustedes, señores alcaldes, por su generoso gesto de adhesión.

Levantemos la autoestima de nuestros representados; alcemos los brazos en la búsqueda de un horizonte mejor para nuestras gentes; sigamos fortaleciendo la Asociación de Municipalidades del Ecuador; actuemos con honradez, pasión y amor; seamos justos y perseverantes y verán, sin duda, que sí se puede lograr un mejor Ecuador.

Gracias, muchas gracias.

DISCURSO N° 31  
Julio 25 de 2000  
Salón de la Ciudad

***“Les digo a todos gracias, y lo seguiré diciendo, mientras viva y pueda tener el privilegio de poder seguir mirando el ir y venir del río Guayas...”***

Cuando en lo alto de nuestro cerro -donde se inició la leyenda de esta Guayaquil del río y del estero- se oye tronar el cañón rindiendo honores a su fundación, renace en nosotros ese espíritu pujante, que nos ha caracterizado a través de la historia, empinándonos sobre las grandes pruebas, a las que nos sometieron el fuego, los piratas, las pestes y la envidia, con la que más de un infeliz trata de poner trabas a nuestro gran destino.

Atrás han quedado, ojala para siempre, las tristes horas; nos costó trabajo, nos costó sudores, pero pudimos. Una vez más, hemos sido capaces de levantarnos de las cenizas y el lodo, para hacer brillar con más luz la estrella de nuestro emblema, el celeste y blanco de nuestro pabellón; y pronunciar con voz sonora nuestro lema, generoso, de “Guayaquil por la patria”.

No puedo ocultar mi satisfacción al ver al noble pueblo de mi ciudad recuperado en su ánimo, volcado en sus calles, luchando con renovados bríos y honrada actitud, para contrarrestar la crisis en que la han sumido incapaces y equivocadas decisiones de improvisados y teóricos a quienes, como les consta a ustedes, advertimos a tiempo de sus errores, fundamentalmente a aquellos que no supieron oír el retumbar de la marcha de un pueblo, sobre el asfalto de las calles de Guayaquil, exigiendo rectificaciones. Pero prefirieron hundir al país, rodeados de adulos e intereses inconfesables, en demostración de envanecimiento y soberbia, digno de narcisos y cuenteros y no de verdaderos estadistas.

Hace algunos meses anuncié que este sería mi último mandato, como Alcalde de la libérrima Guayaquil, de esta ciudad y de este cantón, que me ha prodigado, no sólo el respaldo de sus votos, sino el aliento, con el que hemos logrado superar adversidades, encontrar fuerzas para cumplir con el deber, en la forma en que acostumbro.

Tengo fe en el destino de la ciudad y del cantón, en su vocación libertaria, en su sentir democrático, en su pujanza y en sus virtudes, en su gente cálida y entusiasta, en su esperanzado verdor, en su principal río que corre querendón, inspirando sueños; en su mar, que en esteros que a la ciudad se les adentra y la mantiene abrazada, en el celeste de su cielo, en su valor y en su audacia.

Aquí queda una ciudad distinta a la que me entregaron; el abandono y la vergüenza se han transformado en acción diligente y en plétórico orgullo y optimismo. La obra realizada y los servicios implementados, pese que aún queda mucho por hacer, supera mis mejores expectativas.

No quiero cansarlos, recorriendo una vez más centenares de kilómetros de nuevas calles, reconfirmadas, reconstruidas y construidas; enumerando y detallando más ordenadores de tráfico y pasos a desnivel; hablando de la labor social que ha continuado, de la entrega de

títulos en las zonas marginales, de la acción de las brigadas médicas, de la asistencia a las parroquias rurales; de los esfuerzos para embellecer el Museo y la Biblioteca, promoviendo la educación y la cultura de los parques que se multiplican; de labor comunitaria; de reordenamiento de los comerciantes informales; del cuidado del medio ambiente y del afán de prodigarnos para resolver problemas, cada vez mayores y complejos.

Empiezan a ser realidad las grandes avenidas, habiendo podido ya inaugurar la ampliación de la avenida Agustín Freire y el viaducto que une la avenida Juan Tanca Marengo con la vía Perimetral, mientras avanzan las obras correspondientes a la avenida Francisco de Orellana hasta la Perimetral y la reconstrucción y ampliación de la vía a Daule desde el kilómetro 4,5 hasta el 17.

Hemos licitado y adjudicado a través de un proceso licitatorio internacional, celosamente cumplido, la obra de los túneles que se financia, con el préstamo de la CAF, el aporte municipal y la contribución y garantía que concedió el Gobierno Nacional, y que beneficiará a la ciudad, permitiendo la unión del centro y sur de la misma, con el norte de la urbe y con el puente que conduce a la Puntilla, uno de los sitios de estratégico crecimiento del Gran Guayaquil.

La construcción de la obra se la ha iniciado ya, y deberá estar terminada para el año 2002.

La gigantesca obra de mercados avanza; se reemplazan los viejos y estrechos con nuevos y modernos establecimientos, que lucen hoy limpios y funcionales, dándole a la ciudad una nueva forma de vivir, en la que la presidencia del terminal de transferencia de víveres, construido con las mejores técnicas, ya en funcionamiento, permite el descongestionamiento de la ciudad y un mercadeo de alimentos, acorde con las necesidades y la realidad de Guayaquil.

Pese a la gravísima crisis y a las restricciones económicas, no nos hemos detenido; y, si bien debo decirlo con dolor, en nuestra ciudad, los gobiernos centrales no han realizado una sola obra desde hace muchos años, la gigantesca acción municipal ha cubierto, hasta donde ha sido posible, las necesidades de la ciudad que más aporta y contribuye al erario nacional.

Hemos podido revisar toda la legislación municipal, y el Concejo Cantonal, debidamente asistido, ha cumplido su labor legislativa, sin precedentes, dictando nuevas ordenanzas, que reemplazan a aquellas que estaban obsoletas, o que no cumplían los requerimientos de una ciudad que crece con pujanza, y a la que estamos dotando de un plan regulador de desarrollo urbano, que le permitirá un desarrollo planificado. Se trata de un instrumento, a través del cual se logrará el reordenamiento físico y espacial de la urbe, y del que saldrán las normas de control, con una visión de alcance, de por lo menos veinte años, para una metrópoli, que hoy tiene una población fija de más de dos millones doscientos mil habitantes y una población flotante de trescientas mil personas.

No hemos descuidado, ni un solo instante, pese a las dificultades graves, de índole económico y estabilidad política, que ha soportado el Ecuador, de insistir y vigilar el proceso que culminará con la licitación y concesión del sistema de agua potable y alcantarillado de Guayaquil, obra que no puede postergarse más y que debe ser prioridad fundamental, no sólo de la ECAPAG, sino de todos los involucrados.

Esta ha sido una labor que sólo podía ser realizada a base de mística, disciplina, orden y firmeza, a la que nos entregamos, sin retroceder, a sabiendas de que en la aplicación de la ley

hay que ser inflexible y que el precedente, afirmado en su cumplimiento, es la única fórmula de poner ejemplo y preservar el mañana.

Bien saben mis conciudadanos que en ese espíritu y bajo esas premisas, de patria y de futuro, que requiere de una democracia, que se haga respetar, clamé porque los poderes públicos no cedan ante presiones, cuando se dejaba sin sancionar a quienes atentaron contra su estabilidad, violando aun la Carta Constitucional del Estado.

Debemos continuar superando obstáculos; les toca a ustedes mantenerse en la línea de los logros conquistados; unirse a la nueva administración municipal, para que Guayaquil avance hacia el mañana que soñamos, exigiendo contribuciones justas por parte del Estado y manteniéndonos en permanente batalla, hasta conseguir que, a través de una descentralización profunda, se haga realidad la autonomía, por la que se ha pronunciado ya nuestro pueblo, y que debe ser materia de atención urgente, y no de olvido, de parte de la legislatura y del poder central.

Bajo ningún concepto se debe soslayar la responsabilidad del Gobierno Nacional, de dar seguridad a la vida y a los bienes de los guayaquileños.

Toda acción que tienda a luchar contra la delincuencia, a través de los órganos y medios, que para ello el Estado debe disponer, merece el mayor de los apoyos y la más abierta cooperación, de todas las instituciones.

Tenemos que seguir asumiendo el gran dolor de nuestra población marginal, buscando socorrer a los que más sufren, asistiendo allá donde el dolor y hasta la muerte acechan permanentemente, dando lo mejor de nosotros, en la búsqueda de soluciones, por las que tanto claman nuestras gentes.

Se acerca la hora, guayaquileños, en que, luego de cumplir con vuestro mandato, volveré a mi vida privada, sin que eso signifique que me alejo de ustedes, en cuanto a mis deberes como ciudadano y a mi preocupación permanente por la suerte de mi ciudad y de mi país.

Hasta el 9 de agosto seguiré recorriendo todos los puntos de la ciudad, inaugurando obras que se concluyen, reafirmando mi fe en las potencialidades de la ciudad, abrazándome con un pueblo que, generoso y cálido, ha sabido recibir mi corazón.

Esta misma tarde, pese a todos los avatares, inauguraremos la segunda etapa del Malecón 2000; una obra realmente encomiable y que constituye verdadero orgullo, para quienes la hemos liberado y en ella hemos participado, con la ilusión de ver transformada la parte más hermosa de nuestra leyenda de ciudad, que nació junto al río y al que tiene derecho a mirar vestida, con este encaje de obras, que irán culminando, a medida que continúe el aporte generoso de nuestros conciudadanos, de cuya entrega, pronta y completa, debemos y vamos a preocuparnos -hoy que todavía estamos al frente del Municipio de Guayaquil, y mañana, cuando engrosemos las filas de los cientos de miles de guayaquileños- que defiendan y luchen por lo que, por derecho, es ya patrimonio nuestro, de nuestros hijos y de las generaciones venideras.

Quiero pedirles ahora unirse a mí, en la demostración más elocuente de gratitud, al señor Vicepresidente del Concejo, a todos los señores concejales que durante estos años me han acompañado en la hermosa tarea de transformar a Guayaquil; ellos han actuado con sincera, honesta, valiente, desinteresada y leal demostración de guayaquileñidad.

Al señor Procurador Sindico Municipal, al señor Secretario del Municipio, a los jefes departamentales, a mis asistentes, a quienes nos acompañaron antes y no están hoy, mis rendidas gracias por una colaboración que la estimo invaluable, y cómo no hacerlo también con los funcionarios, empleados y trabajadores que forman parte de esta institución y sin cuyo concurso, capacidad y entrega, no hubiéramos podido cumplir con el mandato de nuestro pueblo.

Mi mayor gratitud a todos los habitantes del cantón, que me han respaldado y hasta comprendido, por supuestas y posibles equivocaciones.

Guayaquileños, el camino está trazado y construido su primer tramo; no hemos hecho otra cosa que poner las primeras huellas en un avanzar que tiene que ser cada día más luminoso. El informe, que por mandato de la ley y por escrito entregaré al terminar el último período para el que fui elegido, recogerá en detalle la lista de obras realizadas, la legislación que ha quedado aprobada y el manejo impecable, tened la seguridad, impecable, de los fondos municipales.

Me llevo, conciudadanos, amigos, la íntima convicción de haber sido parte del rescate de la autoestima de los guayaquileños, que hoy luce, como en el ayer distante, cuando en epopeya, que es leyenda, fundaron a la noble e hidalga Santiago de Guayaquil; cuando lucharon contra la adversidad, con el mismo temple y valor con que se dieron libertad, con el coraje de sus hombres, con la fortaleza interior y el gran amor de sus mujeres y madres.

Les digo a todos gracias, y lo seguiré diciendo, mientras viva y pueda tener el privilegio de poder seguir mirando el ir y venir del río Guayas, gran señor de nuestra historia, y escuchando el murmullo de las risas y las voces de este pueblo enamorado del sol y de la libertad.

Muchas gracias.



DISCURSO N° 32

Julio 8 de 2004

Conferencia magistral "Del Caos a la Modernidad"

Feria de Gobernabilidad

***"... Guayaquil en 1992, no sólo que estaba en "cero", realmente estaba bajo cero, comenzamos con saldos en rojo... abandonada a su propia suerte, explotada en sus propios recursos y virtualmente asaltada en su dignidad..."***

Señores:

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, ha distinguido a la M. I. Municipalidad de Guayaquil por haber mantenido durante doce años un continuo y sostenido desarrollo en los aspectos o ejes temáticos referentes a eficiencia institucional, regeneración urbana, movilidad y salud y acción social. Hace doce años, antes de 1992, esos conceptos eran desconocidos en el quehacer municipal, ni siquiera en la teoría y menos en la práctica. Porque hace doce años el Municipio de Guayaquil se dedicaba a cualquier otra cosa, menos a cumplir con el deber de hacer servicio público eficiente, menos hacer acción social y nadie se preocupaba de la vialidad urbana; la regeneración urbana era un simple sueño de los especialistas.

El mérito de Guayaquil, reconocido por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, es doblemente significativo, por cuanto nuestra ciudad se ha transformado del caos a la modernidad, y ha pasado de ser una ciudad en estado de franco desastre a una ciudad moderna, a tal punto de ser hoy reconocida como un modelo de eficiencia, y lo ha hecho en medio de una crisis bancaria y financiera que ha afectado terriblemente a los ecuatorianos, al extremo que el Estado tuvo que cambiar el esquema monetario.

La coordinación del evento ha considerado que deba ser yo quien ofrezca esta última conferencia, en la que deba expresar cuáles fueron las bases prácticas y teóricas de la transformación de Guayaquil.

Antes que una conferencia voy a intentar relatarles nuestra experiencia: la mía como Alcalde y la del grupo de ejecutivos, profesionales y trabajadores que me acompañaron en esta empresa de ocho años de gobierno local y de todo un pueblo, del pueblo de Guayaquil, que había llegado al nivel más bajo de la desorganización, por la ineptitud e indiferencia de los poderes públicos, locales y nacionales; este pueblo que resolvió unirse en una valerosa decisión patriótica, al margen de los intereses partidistas, para renacer de sus despojos.

La ciudad, estimados amigos, que ayer y hoy han comenzado a conocer, no siempre fue así. Voy a quitarles unos pocos minutos de vuestro tiempo para que contemplen las imágenes de hace doce años; un pequeño lapso de la vida de las ciudades, de cómo era Guayaquil, esta ciudad que hoy se presenta activa, progresista y orgullosa.

*(Se presentó un video que se expuso en televisión, doce años atrás, el 30 de agosto de 1992)*

He pensado mucho antes de mostrar estas pavorosas imágenes ante tan distinguidos visitantes de algunos países amigos; este video es un extracto de una larga y detallada denuncia ante el país, de cómo encontré la administración municipal el 10 de agosto de 1992, porque lo que encontré fue un desastre infamante que jamás debe repetirse.

Por eso, ocultar las lacras que soportó esta ciudad no es correcto, si realmente quieren conocer la génesis de su transformación y si el fin de este evento es el progreso y desarrollo democrático de los gobiernos locales, hay que aprovechar de nuestra experiencia para hacer uso inteligente de los instrumentos que la misma democracia pone en manos de los pueblos y evitar que otros incurran en los errores que terminan arruinándolos.

La realidad que acaban de ver no es un cuento ni un montaje, hice esta denuncia para que no volvámos a equivocarnos. Porque lo que acaban de ver no es consecuencia de un cataclismo, es consecuencia del desgobierno convertido en ineptitud, en coima y corrupción. Los regímenes que se administran bajo los principios de la legalidad y la legitimidad, que son los pilares de la gobernabilidad, a la que todas las ciudades deben enrumbarse, no son fáciles víctimas del engaño que trae como consecuencia a lo que hace doce años era Guayaquil: desordenada, carente de sus servicios esenciales al extremo de mantener hacinamientos de basura en pleno centro de la ciudad, sus vías de acceso destruidas, sus calles intransitables, mercados inmundos y llenos de roedores, los parques tradicionales abandonados y los espacios verdes convertidos en potreros. Esto en lo material, en cuanto a lo administrativo, el desorden era peor: sin sistemas de control alguno se propició la ociosidad y la corrupción al extremo de volverse cotidianos.

El exceso de empleados y jornaleros no se contaba por cientos sino por miles, muchas veces estos empleados jamás acudieron a su trabajo, simplemente cobraban sus remuneraciones y, otras veces, los supuestos beneficiarios de los salarios ni siquiera existían, otros cobraban por ellos; se traficaba con los nombres de estos empleados inexistentes y hasta difuntos para, entre funcionarios inescrupulosos, repartirse sus emolumentos. Las calles habían sido literalmente tomadas y los espacios públicos irrespetados; la ciudad era intransitable, los amplios portales que hoy ustedes pueden disfrutar y que caracterizaron siempre la arquitectura de Guayaquil fueron invadidos por escaparates, tendidos y comercio informal en desmedro de los comercios legítimos.

Si hoy decimos que las calles de la ciudad habían sido vendidas, se hace difícil de creer, pero eso sucedió, las calles se vendían, y como muestra, la amplia avenida Constitución, que no existía antes de mi primer período como alcalde; esa calle fue negociada por avivatos funcionarios o empleados municipales. Con mucha pena, pero haciendo cumplir la ley, ordené la demolición de las casas que habían sido ocupadas por edificaciones; hoy esa avenida es una amplia vía de acceso en el norte de Guayaquil y ojala sea un símbolo de lo que nunca debe volver a ocurrir.

Sin un sistema de catastro elementalmente ordenado, los cobros de impuestos prediales era imposible hacerlos, la base de datos del catastro se cambiaba por coimas y predios se subvaloraban. Resulta duro decirlo, pero como lo denuncié en el video hace doce años, se robaron cien mil fichas catastrales correspondientes a otros tantos predios. De los egresos presupuestados la mayor parte se destinaba a remuneraciones de gente ociosa e inexistente;

esto llegaba a más de 85% del presupuesto, y el resto se empleaba en obras sin planificación alguna, de acuerdo a los deseos de la clientela política.

Tres ejemplos que ustedes pueden comprender voy a mencionar: el sitio donde se inauguró este evento, hoy llamado Palacio de Cristal, fue una bella obra arquitectónica de comienzos del siglo pasado elaborada en los talleres de Eiffel, destinada a un mercado que poco a poco se fue convirtiendo en un lugar nauseabundo y antihigiénico, en la parte donde ahora existe una plazuela se expendían en forma antihigiénica y rudimentaria todo tipo de mariscos y se vertía al río Guayas los desperdicios: era una de las zonas de mayor depresión de la ciudad. Cuando comenzó la transformación de ese lugar –hay que decirlo- se sacaban las ratas por camionadas.

El Malecón 2000, que ustedes habrán recorrido, fue hace apenas una década, un sitio lúgubre, imposible de transitar por las noches. Al pie de esa hermosa torre de estilo morisco que exhibe el reloj público, se expendía marihuana y toda clase de estupefacientes, justo frente al Palacio Municipal.

Este mismo sitio, donde estamos en este momento, a pocos metros de la Universidad de Guayaquil, en el que sólo se podía transitar a la luz del día, experimentó una primera transformación como espacio verde.

Los cambios solo se advierten en comparación con lo que ha existido antes; y eso no es fácil captarlo, porque si bien los cambios físicos pueden mostrarse con el testimonio de las fotografías o de lo que consignó la prensa o lo que queda en nuestra memoria, hay otros cambios que sólo lo sentimos los que hemos vivido en una ciudad que se transforma.

Ese cambio, en la idiosincrasia de los pueblos, no puede testimoniarse gráficamente, como no puede testimoniarse la indignación de un pueblo que ve su ciudad ultrajada y destruida. Vale recordarlo de cuando en cuando, para que los desmemoriados no olviden que los principios de país y de democracia, si no se los cultiva con esmero, sucumben a los mercaderes de ofertas, baratas e incumplidas.

Y justo cuando los gobiernos locales en países modernos comenzaban a pensar en fortalecer las ciudades como los centros del convivir humano en que se concentra la mayor parte de la población, aquí en Guayaquil la ciudad comenzaba a deteriorarse cada vez más, al extremo de haber tocado fondo.

Los pueblos demuestran su grandeza en momentos de crisis. Guayaquil demostró la valentía y el talante de sus gentes cuando, luchando como luchan los pueblos civilizados, democráticamente, resolvió cambiar, resolvió superar una época de mediocridad, de bastarda politiquería y de insensato sometimiento a regímenes locales que sólo les interesaba su lucro personal y hacer del poder local un trampolín para nefastas ambiciones; las imágenes que me permití mostrar forman parte de la denuncia que hice ante el país veinte días después de posesionarme, pronto hará doce años de que el país las conoció.

Por eso, frente a este panorama de corrupción, de latrocinio, de incapacidad, Guayaquil se decidió a ser dueña de su destino: frente a la injusticia, se decidió por lo legal y lo justo; frente al abuso, se decidió por lo correcto; frente a la coima, el soborno y la extorsión, se decidió por lo moral y lo ético. Frente a la cobardía inerte de los que no tienen raíces que perder, los guayaquileños decidimos rescatar el patrimonio histórico de nuestra cultura, el esfuerzo siempre honesto y generoso, de las gestas de sacrificio y de perseverancia.

Cuando hace doce años hice ese llamado dramático, lo hice reflexionando en que esta ciudad, Guayaquil, sobrevivió a varios incendios que virtualmente la arrasaron; a las invasiones de corsarios y bucaneros, a pestes que diezmaron la población. Yo confiaba en que iríamos adelante, porque el espíritu de los pueblos no puede ser pervertido por la incapacidad, la corrupción ni la demagogia. Y por eso mi promesa de rescatar los preclaros valores del guayaquileñismo; la ciudad fue generosa conmigo y no sólo que creyó en mi promesa, sino que se sacrificó y esforzó, porque nada que valga en la vida se consigue sin esfuerzo y sacrificio.

Aquí uno de los elementos de la gobernabilidad: un liderazgo legítimo fundamentado en la cooperación entre gobernantes y gobernados y no puede haber cooperación si no hay gobernabilidad. Los gobernantes no podemos mentir al pueblo. Hace unos días un joven, que hace doce años debió ser apenas un adolescente, me preguntaba: “¿Y por qué la gente le creyó a usted cuando lo eligieron alcalde, si estaba desengañado de las ofertas de todos los políticos?” Le contesté: “Porque no le ofrecí nada que no podía cumplir, porque el pueblo es inteligente y su paciencia tiene un límite, porque sólo ofrecí perseverar y no rendirme ni desmayar nunca por sacar adelante al pueblo de Guayaquil recuperando, no los espacios públicos y haciendo obras, sino recuperando la autoestima perdida de un pueblo de noble temple que no podía continuar siendo humillado”. Le contesté: “Creo que cuando las sociedades tocan fondo, es el momento en que se demuestra el talante de sus gentes, y cuando ofrecí perseverancia, trabajo y sacrificio, no solo que el electorado lo creyó, sino que me acompañó solidariamente durante mis dos administraciones”.

Ofrecí lo único que podía ofrecer: trabajo, trabajo y más trabajo; y ese trabajo con una ambiciosa visión de futuro y esa visión con logros para una ciudad digna de todos los guayaquileños; pero también exigí que en ese trabajo acompañara la ciudadanía entera con su apoyo, los profesionales con sus conocimientos, los empresarios con su aporte; esta fue la mejor concertación que pude encontrar, la ciudadanía me acompañó, con decisión. Más que el invaluable apoyo del Partido Social Cristiano al que pertenezco, mi candidatura a la Alcaldía nació de las fuerzas vivas de la ciudad, que vieron en mis modestas ejecutorias la posibilidad de salir por los fueros de Guayaquil. Esas fuerzas vivas son los empresarios, los profesionales, los artesanos, los pequeños comerciantes, pero, fundamentalmente y sobre todo, el enorme número de habitantes de la ciudad, que me honraron abrumadoramente con su voto, en la esperanza de poder superar la crisis de la ciudad.

Guayaquil renació en 1992, realmente del caos que ustedes han visto brevemente en la filmación, ha pasado a ser la ciudad que hoy estamos mostrando: una ciudad pujante y bella, que ha conquistado su ingreso a la modernidad.

He asumido grandes retos en mi vida, en la empresa privada y en el orden público, pero en ninguna me he sentido más abrumado por la responsabilidad que al asumir la Alcaldía de Guayaquil y tener un sentimiento de desesperación, de impotencia al ver y analizar el caos en que estaba sumida la ciudad, complicado al infinito por el desorden administrativo, por la carencia de recursos, por la inexistencia hasta de los más elementales insumos, como máquinas de escribir y papeles membretados. Las tres primeras computadoras personales me fueron entregadas por amigos, luego la empresa privada donó algunas decenas de equipos, pues, y ruego que se tome literalmente mis expresiones, en el Municipio no existía una máquina de escribir funcionando. Un sistema telefónico colapsado no permitía atender al público.

El propio palacio municipal estaba en ruinas, como lo constatan las imágenes que han visto. Resolvimos, con el Concejo Cantonal, adoptar una medida sin precedentes: cerrar el palacio municipal, suspender la atención al público, para poner la casa en orden.

La revisión y el análisis del estado de la Municipalidad sólo logró agravar mis aprehensiones, el Municipio estaba en franco estado de quiebra y de emergencia; así fue declarado por el Concejo y por el Gobierno Nacional.

Antes de aceptar la candidatura a la Alcaldía muchos amigos me preguntaban si debía hacerlo, después que el pueblo ecuatoriano generosamente me había elegido como su Presidente Constitucional y había terminado el período normalmente, parecería un riesgo que no debía asumir en las elecciones para Alcalde de Guayaquil.

Hay quienes piensan que después de ser Presidente uno debe sentarse en una casa de campo a escribir sus memorias, o andar por el mundo dictando conferencias pagadas, y así convertirse en referente de la opinión pública. Mi bienestar me decía que esa era la opción más fácil, pero mi conciencia me recordaba que los caminos fáciles nunca son los más acertados.

Decidí seguir el dictado de mi conciencia, sabiendo que el trabajo era arduo, pero como hombre de retos asumí la confianza que la ciudad me brindaba. Me animó el sentido de responsabilidad para con una ciudad que se jugaba su identidad y su supervivencia. Los pueblos civilizados tienen el arma de la democracia y Guayaquil la utilizó para legitimar la acción en contra de los autores de su destrucción y así legitimar la tarea de reconstruirla.

Ejercí la Alcaldía con la más absoluta independencia política y solicité a las cámaras de la producción, a la empresa privada en general, su cooperación, para conformar un equipo de trabajo que, con creatividad y sin vinculaciones o ataduras políticas, concuerden la planificación de un Guayaquil digno de vivir en él.

Encontré el apoyo necesario. Los mejores ejecutivos y profesionales de la empresa privada pasaron a prestar servicios en la municipalidad; muchos de ellos dejaron mejores posiciones y altas remuneraciones por servir a Guayaquil, con sueldos realmente de hambre. Este grupo de profesionales y de ejecutivos desde meses antes de la posesión como alcalde me ayudaron a conformar el nuevo Municipio; ellos complementaron una ambiciosa visión de ciudad a largo plazo.

En esta imagen de un Guayaquil renaciendo pusieron su valioso aporte las universidades, la Junta Cívica, los organismos internacionales y nacionales de crédito, la prensa, la curia, etc...

Fue nuestro propósito que todos asumiéramos el reto de un nuevo Guayaquil, y tuvimos éxito; porque para tener éxito frente al pueblo no hay que mentirle, hay que ser frontales y no hicimos ofertas demagógicas.

Muchos, personas y profesionales, algunos de los cuales no conocía, acudieron a mi domicilio, día a día, desde meses antes del 10 de agosto de 1992 en que asumí la primera administración municipal, con ideas, con proyectos, con soluciones; muchas veces nos desesperábamos, frente a la ciudad en ruinas, pero el apoyo del pueblo y la fe en que lograríamos cristalizar nuestros propósitos, nos llenaba de bríos para las primeras acciones, que fueron difíciles y muchas veces incomprendidas. De ese grupo de buena voluntad salieron muchos funcionarios que aun hoy continúan brindando su aporte a la Municipalidad.

En esos días mucho aprendimos sobre la ciudad que debíamos administrar; cada cosa que examinábamos era una cosa para enmendar, pero también vislumbramos resultados y soluciones. Luego me enteré que familiarmente mis amigos dieron en la broma de llamar a mi residencia “la escuelita”, una escuelita en que no había maestros, todos aprendíamos de todos.

Ya elegido, hubo un propósito fundamental que nos hicimos, Alcalde y concejales, y que es necesario poner de relieve, y que fue nuestra carta de conducta: entre el legislativo local – representado por el Concejo como cuerpo colegiado- y la administración municipal, representada por su máxima autoridad que es el Alcalde: la Ley de Régimen Municipal no concede atribuciones administrativas a los concejales, pero la costumbre, muy mala y hasta dolosa costumbre, de lucrar y hacer política desde la función de concejal que es honorífica, había convertido las concejalías en cargos administrativos y se repartían las funciones como tronchas o botines de corsarios.

Cumplimos estrictamente lo que la ley manda: los concejales exclusivamente debían legislar a través de ordenanzas y trazar las políticas generales de la administración municipal mediante resoluciones; la administración es de responsabilidad del Alcalde. Esto quedó claro desde el primer momento, los concejales se dedicaron al estudio y a la elaboración del nuevo ordenamiento jurídico del Municipio y a la planificación general, a través de las comisiones que la Ley de Régimen Municipal dispone. Esta aclaración práctica fue de enorme importancia para el manejo de la administración municipal.

Los directores municipales fueron los administradores, ejecutores de las políticas y decisiones del Alcalde que siempre se rigieron por la Ley de Régimen Municipal, por las ordenanzas municipales y por las resoluciones del Concejo. Esto, que parece una verdad de Perogrullo, salvo contadas excepciones, no se había cumplido en la Municipalidad, siempre los concejales habían tenido su “cuota” de poder, que significaba una cuota de empleados, una cuota de contratos, una cuota de suministros, en fin, en términos más entendibles, existía un “reparto” de todo.

Me he quedado corto en esta crónica de los desastres de Guayaquil. Ya estando en la Alcaldía, era menester comenzar a tomar decisiones, para eso nos había elegido la ciudadanía.

De los más de 8.000 empleados, sólo nos quedamos con aproximadamente 2.000, básicamente los de menor categoría o aquellos cuya hoja de vida demostraba honestidad y capacidad. No se violentaron las normas laborales, por el contrario, se las cumplió con estricto apego a su letra y a su espíritu; simplemente se estableció que no existía una vinculación jurídica de trabajo y se dispuso su “desenrolamiento”.

Señores alcaldes, he querido relatar parte de la imagen y desafíos que nos tocó asumir y sería largo enumerar los planes que inmediatamente tuvimos que poner en ejecución, porque las necesidades de los pueblos no dan tregua y no permiten demoras ni evasivas, el pueblo demanda de sus gobernantes atención a sus problemas, por eso tuvimos que emprender inmediatamente, al asumir la Alcaldía, la tarea de rehacer un nuevo Guayaquil, este gran Guayaquil que vemos hoy y del que disfrutan propios y extraños.

Toda la acción de mi administración estuvo atravesada de un hilo conductor que fue y es norma de mi vida y debe ser de todo gobernante: el más severo respeto a la observancia y

cumplimiento de la ley y muchas veces ir más allá, cumpliendo la ley, no por el temor a la sanción, sino por el amor a la justicia.

Por eso, mis primeras preocupaciones fueron el dotar de un sistema legal sólido y justo a la nueva administración municipal, una cuidadosa depuración y actualización de las ordenanzas permitió un ordenamiento legal que día a día se fue depurando y perfeccionando y la maraña de normas obsoletas e inaplicables se convirtió en un sistema de ordenanzas congruentes y modernas. Hace unos días la coordinación me ha entregado algunos libros que relatan parte de los logros alcanzados y de los desafíos asumidos durante los ocho años del gobierno local que tuve el honor de presidir.

La serie de logros en obras y servicios están a la vista: dotar a la ciudad de una infraestructura vial sin precedentes, que permite el ahorro de combustible, de tiempo, de desgaste del parque automotor; fue una labor que permite actualmente la movilización de la fuerza laboral y estudiantil con facilidad; se logró organizar la privatización del servicio de recolección de desechos sólidos y construir un moderno relleno sanitario, reconocido a nivel internacional, permitió mantener las calles limpias y sacar casi del centro de la ciudad un botadero de basura, que constituía un baldón para la ciudad.

Nuestra administración propició las bases para la unificación y depuración de dos servicios públicos, deficientes e incontrolables: el servicio de alcantarillado y el de agua potable, cuya prestación se hacía mediante dos entes públicos diferentes, como paso previo para la concesión de ambos servicios, hoy en manos de una empresa privada que atiende positivamente a la ciudadanía, considero que es una de las prestaciones de servicios públicos a través de la empresa privada servicios hecha con éxito y eficiencia, además de la recolección de desechos sólidos y el relleno sanitario de la ciudad..

Un plan integral de áreas verdes permitió bajar el elevado índice de habitante por metro cuadrado, que superaba los estándares internacionales. Un sistema integrado de mercados permitió convertir sitios antihigiénicos e insalubres en modernas instalaciones de atención al público.

No quiero cansarlos con cifras y estadísticas que se consignan en esos documentos y que demuestran mi principal preocupación: reducir la burocracia inútil, reducir el gasto de operación, concesionar ciertos servicios municipales, a fin de darles eficiencia y agilidad; concertar con la sociedad civil los cambios trascendentales; asumir la responsabilidad de la administración con un equipo de concejales y funcionarios que representaban los mismos anhelos de superación y cambio que el pueblo deseaba.

La verdadera medida del éxito de los gobiernos locales está en la satisfacción de la ciudadanía, porque hay parámetros que más allá de las cifras, está reflejada en la población que recuperó el orgullo de pertenecer a una ciudad que, reconociendo y reconstruyendo el patrimonio histórico y cultural, que es el sedimento que alimenta el espíritu de los pueblos, hoy se muestra ante el mundo y las demás ciudades como ejemplo de lo que es capaz lograr cuando existe la decisión de cambiar.

Este conjunto de acciones permitió que los organismos y programas de crédito, como el Banco del Estado, la Corporación Andina de Fomento, el Programa de Desarrollo Municipal, etcétera, facilitaran los primeros créditos y los primeros estudios que lograron la transformación de la vialidad urbana de la ciudad, los primeros espacios verdes y la red de mercados

Para terminar, permítaseme citar la respuesta que di hace pocos días al joven interesado en saber cómo el electorado había confiado en mi propuesta y si yo había programado mi administración para cumplir con los paradigmas de la gobernabilidad.

Le decía, que en mi administración se impuso un *liderazgo*, que más que liderazgo de hombres fue de principios de servicio y eficiencia que deben representar los gobernantes, sólo así los gobernantes pueden tener *credibilidad*, lo que ofrecí lo cumplí, la prueba está en el video que acaban de ver de hace doce años; cumplí a costa de perseverancia y sacrificio, y siempre fundamentado en un severo e inquebrantable cumplimiento de la ley, habiéndome permitido revestir toda mi actuación administrativa de *legitimidad*, con un andamiaje legal de ordenanzas y resoluciones siempre basado en la ley y respeto al derecho de los demás. Con ello pude proponer una *visión estratégica* de ciudad a largo plazo, mediante obras que no son para superar emergencias o contentar al electorado, sino debidamente planificadas para veinte y más años. Toda la planificación fue debidamente estudiada de acuerdo a las reales necesidades de la ciudad y la comunidad, es decir, mediando una relación *propositiva con la ciudadanía*.

Cuando se habla de concertación, siempre pienso e invito a los señores alcaldes y prefectos a que trabajen en concertación, pero no en la concertación libresca y muchas veces de estadísticas mentirosas; quienes hemos tenido el privilegio de haber estado tanto al frente del gobierno central y como de algún gobierno local, sabemos que el gobierno municipal es el que más nos aproxima a las necesidades del pueblo, de sus esperanzas, de sus sueños, de sus anhelos.

Todo esto fue logrado por un Concejo que se dedicó a legislar localmente, permitiendo al Alcalde y su equipo administrar la ciudad de acuerdo a lo planificado, logrando desarrollar una eficiente capacidad institucional. Ello permitió lograr el fin y principio de toda administración pública: servir a la ciudadanía, propiciando su bienestar y desarrollo humano. Esto que le contesté al joven interesado es lo que puedo sacar como conclusión de esta charla.

Por eso puedo decir, para concluir, que la receta para la transformación y modernización de los pueblos y de los gobiernos locales puede sintetizarse así: un gobierno local fundamentado democráticamente en el respaldo no sólo electoral, sino permanente de una comunidad que legitime su actuación, realizada con un severo cumplimiento de la ley, que le permita cumplir y hacer cumplir a los ciudadanos y al Gobierno Nacional las obligaciones tributarias y presupuestarias, que en el ejercicio del poder rinda cuentas de su gestión, siempre fundamentada en la honestidad, la transparencia y el bien común, especialmente de los más desposeídos.

Señoras y señores, si un gobernante al concluir su mandato puede decir que ha cumplido con estas normas, puede estar tranquilo, porque ha cumplido con la ley, con el pueblo que lo eligió, con su conciencia y con Dios.

Muchas gracias, señoras y señores.



DISCURSO N° 33

Asamblea de Guayaquil

Abril 20 de 2005, en horas de la tarde, en circunstancias en que el Congreso Nacional estaba sitiado en el edificio de la CIESPAL.

Salón de la Ciudad

***“No es primera vez que lucho por Guayaquil; estoy recién operado, sin embargo, me tendrán a la cabeza, ¡carajo!, en las calles, defendiendo la democracia...”***

Estoy aquí porque, desde muy temprano en la mañana, hemos coordinado con el abogado Nebot la necesidad de que Guayaquil regrese a su espacio histórico. Que tome conciencia de las realidades del momento, donde el Ecuador está en riesgo, de no actuar, en caer en los caminos de la anarquía a los cuales es fácil entrar por actitudes débiles y es muy difícil salir; se puede casi incluso decir cuándo comienza la anarquía, pero es imposible predecir cuándo termina.

¿Acaso yo soy menos guayaquileño que alguno de ustedes?

¡Mi ancestro es guayaquileño! Nací, me eduqué, trabajé, procreé, serví y moriré en Guayaquil, pero no me pongo las manos frente a los ojos y no vivo de irrealidades. ¿Hablar de autonomías en este momento? ¿Hablar de descentralización?, que todos queremos, pero tiempo al tiempo...

Hoy día el país vive momentos dramáticos, reitero mi apoyo y mi aplauso incondicional al pueblo de Quito, que le ha dado una lección histórica al país, y se lo seguiré dando, porque yo, antes que guayaquileño, soy ecuatoriano.

¿O acaso no nos damos cuenta que el pueblo y sólo el pueblo es el que por su decisión pone o saca gobiernos espurios, a lo largo de la historia, muchas veces, y ahora, como el del sinvergüenza de Gutiérrez y su entorno corrupto?

Tenemos que aceptar que es el pueblo de Quito en las calles, ya incluso a costa de algunas vidas, quien le ha dicho a la dictadura ¡Basta! ¡Hasta aquí! ¡El Ecuador tiene que regresar o lo vamos hacer regresar a la fuerza, a través de la presencia viva de Guayaquil, a la democracia, a la institucionalidad, al desarrollo, al progreso, a la paz!... Pero perdamos el miedo. ¿Qué? ¿Nos tiemblan las piernas? Este no es el momento para hablar de otra cosa que no sea defender que el país caiga en la anarquía; el Congreso está prácticamente disuelto y el Congreso no hizo otra cosa que acatar la decisión soberana del pueblo ecuatoriano. ¡Qué fácil es para los líderes empresariales hablar de los “politiqueros”, sin hacer diferencia de que hay gente que venimos luchando cuatro meses desde el Congreso para que se dé lo que se ha dado el día de hoy! ¿Lo han hecho ustedes? ¿O nosotros, los políticos serios?

El Congreso el día de hoy, la oposición en el Congreso, a quien, una vez más, se le adhirió parte de esa famosa y desgraciada mayoría institucional. Es el Congreso que cesó usando un artículo constitucional a Gutiérrez, es el Congreso el que destituyó a un presidente incapaz de conducir a la República por los destinos que el país exige. Y ese Congreso está hoy día, con la mayoría de la oposición, abandonado; de eso preocupémonos. ¿De qué autonomía, descentralización, podemos hablar si no hay Constitución? ¿De qué sistema de economía social de mercado podemos hablar si no hay Constitución?

¡Dejemos el miedo a un lado! Salgamos a las calles a respaldar la constitucionalidad, la paz, la democracia. De eso preocupémonos... ¡No nos asustemos!

Guayaquileños, nosotros fuimos la génesis de la independencia de este país. Nuestros antecesores dieron generosamente su sangre, no preocupándose de sus intereses económicos, sino preocupándose de la libertad del pueblo ecuatoriano. Imitémoslos. Demostremos que Guayaquil es Guayaquil y seguirá siendo Guayaquil, señor Alcalde. Y si bien yo apoyo su iniciativa de buscar un régimen político administrativo que permita en sus inicios una absoluta descentralización para culminar en el momento necesario en la autonomía administrativa, no política, porque eso implicaría la destrucción de la República, ahora no es el momento para esto. Es el momento para defender la democracia, las libertades, el sistema económico, la economía social de mercado, que para defenderlos hay que entender su responsabilidad social, mientras tanto, perdemos el tiempo...

Yo no he venido a confrontar con nadie, he venido invitado, y el abogado Nebot conocía mi punto de vista y es mi obligación ética, moral y ciudadana que ustedes la conozcan.

No es primera vez que lucho por Guayaquil; estoy recién operado, sin embargo, me tendrán a la cabeza, ¡carajo!, en las calles, defendiendo la democracia.

Ya basta de discursos, vamos a las acciones. ¿O es que nos hemos olvidado que somos auténticos guayaquileños?...

Gracias.